

Tesnière.
Manual de la Adoración



DAD AU
CIÓN. GE

Associates

WESTLAL

Co. Inc.

Adaptación

BX2215

T41

N.C. 10M

RALD

012268



1080023351

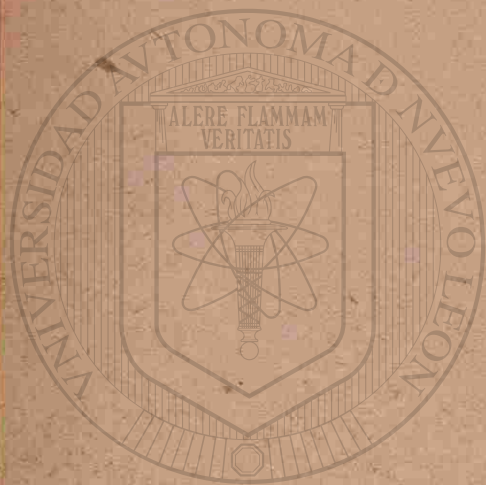


ALERE FLAMMAM
VERITATIS

EX LIBRIS

HEMETHERII VALVERDE TELLEZ

Episcopi Leonensis



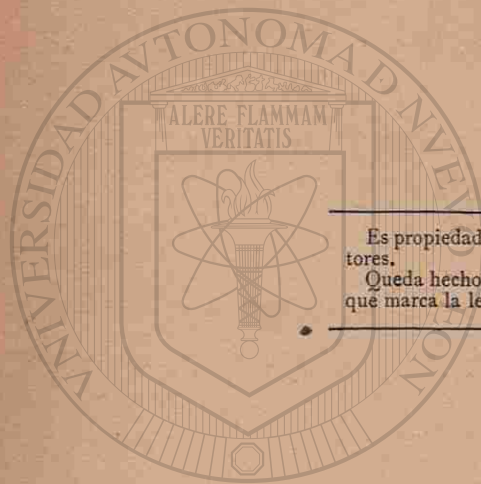
MANUAL
DE LA
ADORACIÓN DEL SANTÍSIMO SACRAMENTO

UANL

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS





Es propiedad de sus editores.
Queda hecho el depósito que marca la ley.

MANUAL DE LA ADORACIÓN

DEL

SANTÍSIMO SACRAMENTO

POR EL

R. P. A. TESNIÈRE

de la Congregación del Santísimo Sacramento.

Primera serie

LA PERSONA DEL CRISTO EUCHARÍSTICO

Adveniat regnum tuum eucharisticum.

Obra escrita en francés y traducida al castellano.

bajo la dirección del

Ilmo. Sr. D. Joaquín María Díaz y Vargas

aumentada con un prólogo del mismo.



UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN

Biblioteca Valverde y Tellez Capilla Alfonsina

MÉJICO

LIBRERÍA RELIGIOSA

HERRERO HERMANOS, EDITORES

San José el Real, 3

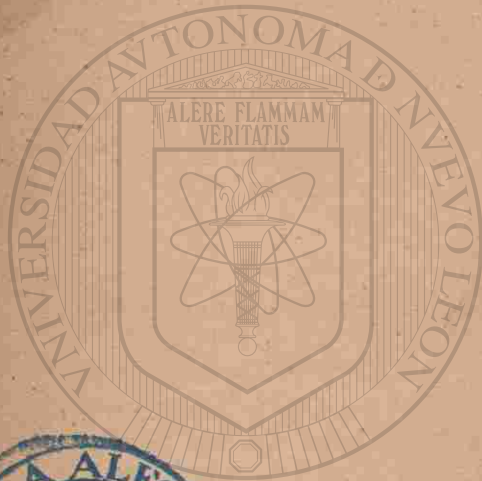
1894

48278

MÉJICO.—Imprenta de la Librería Religiosa.

Bx2215

T41



FONDO EMETERIO
VALVERDE Y TELLEZ



PRÓLOGO.

EN medio de las grandes calamidades que afligen á la sociedad en los tiempos presentes, es altamente consolador, y como un signo de bendición y prosperidad, el espíritu de ferviente devoción, cuyo incremento es mayor cada día y más universal hacia el Santísimo Misterio de la Eucaristía. Parece que el Señor, en su inexcrutable Providencia, ha reservado para los últimos siglos del mundo la admirable propagación del fuego celestial que el Salvador vino á encender en la tierra (1); fuego divino destinado á extender sus misteriosos incendios por todos

(1) Lucæ, XII, 49.

012268

los pueblos y naciones, renovando la faz del orbe en sus relaciones morales y en las aspiraciones que le atraen al orden sobrenatural.

Sabemos que para alcanzar la vida eterna estamos obligados á conocer, amar y adorar á Dios; y este triple deber se cumple y se perfecciona en toda su plenitud si llevamos á Jesucristo Nuestro Señor, presente en la Adorable Eucaristía, todo nuestro entendimiento y toda nuestra voluntad. Si aprendemos á conocerle, también aprenderemos á amarle con todas las fuerzas de nuestra alma, y aprenderemos también á tributarle la adoración que le es debida. *Hæc est vita æterna, ut cognoscant Te, Solum Deum verum, et quem missisti, Jesum Christum* (1).

La adoración, pues, de la Divina Eucaristía en que nuestro Amantísimo Redentor se contiene real y verdaderamente, es al mismo tiempo el testimonio elocuente de nuestra fe y el medio seguro de aumentarla. Con esta nobilísima virtud, cuya pérdida es verdadera

(1) Ioann., XVII, 3.

desgracia, vendrán prontos á domiciliarse en el alma la esperanza y el amor, vínculos de altísimo precio que preparan y consuman nuestra perfecta unión con Dios.

¿Pero qué singulares caracteres deben hallarse en el perfecto adorador de Jesucristo? Él mismo quiso marcarlos diciéndonos que permanezcamos en Él y que sus palabras permanezcan en nosotros. ¿Y qué cosa es permanecer en Jesucristo? ¡Ah! es tener la misma voluntad que Él tiene en orden á nuestra eterna salvación; es alimentar todos los días en nuestro corazón el eficaz deseo y la valiente resolución de sacrificarlo todo por su amor; es renunciar á las depravadas inclinaciones que tantas veces nos hacen enemigos de Dios y nos despojan del derecho que hemos adquirido al reino de los cielos. Y, para decirlo de una vez, es conservar fielmente el tesoro de las verdades reveladas por Dios, abriendo nuestra inteligencia á los resplandores de la fe, y encender constantemente la vivísima llama de la caridad, obedeciendo y haciendo que todos obedezcan á la ley divina. ¡Qué felicidad tan

digna de desearse y conseguirse es venir á la presencia del misterioso trono en que nuestro Salvador nos espera, y darle allí un testimonio tan afectuoso como solemne de que permanecemos en Él por la fe y por el amor! ¡Qué suavidad, qué gozo para nuestro corazón escuchar á los pies de Jesucristo, lejos del mundo, en el silencio del Santuario, las dulces inspiraciones y las palabras de vida eterna! (1).

Quando nuestro miserable corazón, oprimido por el peso de las adversidades, desgarrado por la ingratitude de los demás, y abatido por los crueles desengaños del mundo, se acuerda de que está muy cerca del Salvador, entonces viene y se postra y pide el remedio de sus penas. Pero ¿cómo describir lo que pasa entonces en nuestro corazón? Todavía oye el sordo murmullo de los negocios temporales, todavía se agita por el sobresalto de la contradicción y del engaño, todavía siente las heridas que le abrieron sus enemigos. ¿Pero qué? Apenas comienza á entrar insensible-

(1) Ioann., XXXV, 69.

mente en ese sosiego que tanto ha deseado, en ese silencio respetuoso que inspira el lugar santo, cuando sin quererlo y sin oirlo, siente llegar una voz que le dice: «Aquí estoy.» Suben entonces de punto nuestra fe, nuestro amor y nuestra confianza; porque nuestro corazón, por criminal que sea, está criado para Dios y debe sentir necesariamente la presencia de nuestro Dios..... y palpita, y se humilla, y se entenece..... y, por fin, sin sentirlo, saltan las lágrimas á los ojos..... Allí entonces el recuerdo de la grandeza de Dios y de sus infinitas misericordias; allí el olvido de todos los bienes de la tierra; allí el conocimiento de nuestra ingratitude para con Dios; allí las palabras de agradecimiento y de gloria para celebrar el amor que Jesucristo nos tiene en la dulcísima Eucaristía. Y nuestra confianza crece al comprender tanta benevolencia, y nos convencemos profundamente de que estamos unidos con Dios y de que hemos escuchado su palabra, y se cumple entonces en nosotros la promesa que nos ha hecho de concedernos cuanto le pidamos para nuestro verdadero bien. *Si man-*

seritis in me, et verba mea in vobis manserint, quodcumque volueritis, petetis, et fiet vobis (1).

Este libro, por tanto, especialmente se dedica á la *Asociación de Sacerdotes Adoradores del Santísimo Sacramento*. Se dedica también á los fieles de toda edad, sexo y condición que, deseando siempre gustar cuán suave es el Señor con los que le buscan, cifran su consuelo, su bienestar y su gloria en humillarse y gemir á las puertas del Tabernáculo.

Y, no lo dudemos, vendrán para la Santa Iglesia días más tranquilos, porque el Señor, que vive con nosotros en la Eucaristía y es verdaderamente rico en misericordia (2), se apiadará, por fin, de nosotros y escuchará benigno nuestros ruegos. *Tu exurgens miseraberis Sion; quia tempus miserendi ejus, quia venit tempus* (3).

Joaquín María Díaz y Vargas.

México, 12 de Diciembre de 1893,
FIESTA DE LA SANTÍSIMA VIRGEN DE GUADALUPE.

(1) Ioann., XV, 7.

(2) Ad Efes., II, 4.

(3) Psalm. CI, 14.



INTRODUCCIÓN

CONSIDERACIONES PRÁCTICAS

SOBRE LA

ADORACIÓN DEL SANTÍSIMO SACRAMENTO

I.

Del objeto y fin de la Adoración.

PARA comprender bien la naturaleza de una virtud, los deberes que impone, los actos que debe inspirar y con qué espíritu se les debe cumplir, es necesario conocer, con la mayor claridad posible, su objeto y su fin.

¿Cuál es, pues, el objeto, cuál es el fin de la Adoración del Santísimo Sacramento, de este acto excelente entre todos, de la virtud de la

seritis in me, et verba mea in vobis manserint, quodcumque volueritis, petetis, et fiet vobis (1).

Este libro, por tanto, especialmente se dedica á la *Asociación de Sacerdotes Adoradores del Santísimo Sacramento*. Se dedica también á los fieles de toda edad, sexo y condición que, deseando siempre gustar cuán suave es el Señor con los que le buscan, cifran su consuelo, su bienestar y su gloria en humillarse y gemir á las puertas del Tabernáculo.

Y, no lo dudemos, vendrán para la Santa Iglesia días más tranquilos, porque el Señor, que vive con nosotros en la Eucaristía y es verdaderamente rico en misericordia (2), se apiadará, por fin, de nosotros y escuchará benigno nuestros ruegos. *Tu exurgens miseraberis Sion; quia tempus miserendi ejus, quia venit tempus* (3).

Joaquín María Díaz y Vargas.

México, 12 de Diciembre de 1893,
FIESTA DE LA SANTÍSIMA VIRGEN DE GUADALUPE.

(1) Ioann., XV, 7.

(2) Ad Efes., II, 4.

(3) Psalm. CI, 14.



INTRODUCCIÓN

CONSIDERACIONES PRÁCTICAS

SOBRE LA

ADORACIÓN DEL SANTÍSIMO SACRAMENTO

I.

Del objeto y fin de la Adoración.

PARA comprender bien la naturaleza de una virtud, los deberes que impone, los actos que debe inspirar y con qué espíritu se les debe cumplir, es necesario conocer, con la mayor claridad posible, su objeto y su fin.

¿Cuál es, pues, el objeto, cuál es el fin de la Adoración del Santísimo Sacramento, de este acto excelente entre todos, de la virtud de la

Religión? Vamos á indicarlo aquí de un modo sencillo y práctico á la vez, para la mayor utilidad de las almas á quienes la gracia del Espíritu Santo ha conducido á filiarse en nuestras diversas Asociaciones Eucarísticas, de las cuales todas tienen, aunque con prácticas diferentes, la Adoración por deber esencial. El lazo espiritual que une en una sola familia de adoradores los miembros de la Obra de los Sacerdotes Adoradores, los de la Agregación y los de la Exposición mensual en las parroquias, con los religiosos de la Congregación del Santísimo Sacramento, permite dirigirles las enseñanzas que el P. Eymard daba á sus hijos en su Regla, expresión perfecta de su pensamiento y de su espíritu. Efectivamente es la misma savia la que debe alimentar el tronco religioso y las ramas seculares del árbol eucarístico, plantado por el venerable Fundador para que produjera los frutos de amor, de honor, de satisfacción y de gloria, que desea tanto y tan legítimamente saborear el divino Rey del Sacramento.

La Adoración tiene un triple objeto, y debe considerarse bajo una triple relación: primeramente con relación á Nuestro Señor Jesucristo,

á quien debe honrar bajo los velos eucarísticos; en segundo lugar con relación al alma del Adorador, á quien debe santificar, y finalmente con relación al prójimo, á quien debe asistir y ayudar particularmente en esta forma, la más excelente de todas, que es la Santa Iglesia.

LA ADORACIÓN CON RELACIÓN Á NUESTRO SEÑOR.

I. — Que Nuestro Señor Jesucristo, verdaderamente presente en el Santísimo Sacramento, tiene todo derecho á ser adorado, lo proclaman hasta la evidencia su Divinidad con todas sus infinitas perfecciones; su título de primer Principio y de Creador de todas las cosas; su título de Conservador universal de todo lo que existe; su título de Fin supremo y de remunerador soberano.

Lo proclama su Humanidad deificada en el seno de María por la unión personal al Verbo, y aun más esta Humanidad glorificada á la diestra del Padre en los cielos, donde, en compensación de sus abatimientos y su muerte, ha recibido por recompensa ejercer el imperio universal.

Lo proclama no menos evidentemente la Eucaristía, es decir, la presencia real de Jesu-

cristo bajo los velos del Sacramento, su realidad, su perpetuidad y su universalidad. Pues si está presente aquí abajo, en la verdad de su ser divino y humano, reclama la Adoración debida á su divinidad y á su humanidad; si permanece de una manera asidua y continua que desafía al tiempo, es para recibir desde ahora sobre la tierra, como las recibe en los cielos, las adoraciones á que, después de su victoria, tiene un derecho riguroso é inviolable; si extiende á todas partes su augusta y benéfica presencia, es para que el imperio que ha conquistado se extienda á toda la tierra, y porque quiere verle reconocido de hecho por todas las naciones y en todos los lugares.

He aquí la razón fundamental, y que se impone á todos los hombres, de la Adoración: rendir á Jesucristo, Dios, Hombre y Rey, presente en el Sacramento, y á causa de esta presencia misma, todas las adoraciones que por todos los títulos le son debidas.

II. — He aquí otra razón particular á todos los que han sido llamados, en mayor ó menor medida, á la vocación eucarística.

Nuestro Señor se presenta al P. Eymard, y durante más de veinte años le habla al cora-

zón. Cierta día le dice por la dulce voz de María: «Todos los misterios de mi Hijo tienen un cuerpo religioso que les honra: la Encaristía no lo tiene por sí sola; es preciso uno.» Y el P. Eymard, para responder á esto, funda la Asociación del Santísimo Sacramento, consagrada al único servicio de la Eucaristía, cuyo acto esencial es la adoración perpetua y solemne del Santísimo Sacramento.

El Cristo Sacramental nos especifica sus derechos y su voluntad de ser adorado en la Eucaristía, y nos hace de esto una obligación personal y el deber más importante de nuestra vocación particular. Evidentemente nos pide así que consideremos la Adoración como nuestro fin supremo aquí en este mundo, como nuestro único negocio, como el fin de todos nuestros esfuerzos.

Parece que nos dice: «Todos me deben adoración fiel y asidua en mi Sacramento, y muchos me la rehusan absolutamente.

»Un gran número de los que me rinden este homenaje no lo hacen ni bastante, ni bastante bien.

»Nadie hace de adorarme su supremo deber, su única ocupación, su vida; y sin embargo: *Unum est necessarium*, una sola cosa es abso-

lutamente necesaria, antes y sobre todas las demás: Que Dios sea adorado, y yo, Jesucristo, el Hijo de sus complacencias.

»Al menos, vosotros rendidme este homenaje, dadme la satisfacción de hacer la adoración que me es debida, á mi Padre y á mí, que he venido á buscar al hacerme hombre, y que sigo buscando en mi permanencia en la Eucaristía; dadme la satisfacción de hacer de esta adoración vuestro estado, vuestro único todo.»

Tal es el sentido de la fundación de la Asociación del Santísimo Sacramento, y de la vocación individual de todos los que la gracia divina llama á ella.

«La razón suprema de la Asociación del Santísimo Sacramento, dice el P. Eymard, consiste enteramente en esto: en dar á Nuestro Señor Jesucristo verdaderamente presente y siempre permanente en el Sacramento por amor á los hombres, verdaderos y perpetuos adoradores y propagadores de su gloria eucarística, á fin de que Jesucristo sea adorado socialmente en el mundo entero.

»También que todos los que han sido llamados sepan que no se han dado más que para una sola cosa, para el servicio de la Adorable Persona de Jesucristo en la Eucaristía, y que

consagren á este servicio sus cualidades y sus dones, sus gracias y sus virtudes, su persona y todo lo que tienen, sin guardar nada en propiedad ni aun su personalidad. *Absque sui proprio.*»

III.—De allí dos importantes consecuencias: una que nos hace apreciar la Adoración en su justo valor; otra que nos enseña cómo debemos practicarla con respecto á Nuestro Señor.

Primera consecuencia: valor de la Adoración.

Esta es un ejercicio santo, una función angélica, una cosa casi divina, puesto que nos da á la realidad de nuestro Dios, en su presencia terrestre, por objeto inmediato á quien honrar, á quien servir, á quien adorar cara á cara.

Es un servicio real, puesto que nos exige que le sirvamos en el trono que tiene en este mundo, para ejercer las funciones de su majestad en la tierra, y recibir homenajes en compensación de las humillaciones que sufrió en su Pasión, y de las que le alcanzan aún en su estado Eucarístico.

Es, pues, el deber, la tarea, el empleo más noble, más elevado y más glorioso que pueda

asignarse á una vida, puesto que la Persona y los derechos personales de Jesucristo, á los que hay que satisfacer, le elevan evidentemente sobre los derechos y las necesidades del prójimo, que no es más que una criatura: *Optimam partem.*

Ella tiene, pues, el derecho legítimo y fundado, absolutamente y por sí misma, de que se prefiera á cualquier otro trabajo, á cualquier otro servicio, y en caso de concurrencia de exigir que todo se posponga á ella y le sea sacrificado. Aquel que obra así, es simplemente lógico con la fe conforme á la verdad; obra bien y nadie puede reprochárselo: *Quæ non auferetur ab ea.* Lo que hace simplemente es rendir á la Persona adorabilísima de Jesucristo aquello á que tiene derecho. Y aquel que no lo hace, ó es ignorante ó ilógico con su fe, ó perezoso para cumplir el primero de todos sus deberes. Desconoce de hecho, si no es que formalmente, á Nuestro Señor Jesucristo, puesto que deja al último el servicio de su Persona.

Segunda consecuencia: Espíritu práctico de la Adoración con relación á Nuestro Señor.

Teniendo á Nuestro Señor Jesucristo por

objeto inmediato que reconocer y honrar, la adoración exige de nosotros:

La pureza y la santidad de la vida. Nadie es capaz de presentarse al servicio de un rey que esté en el trono, de una manera inconveniente; en el cielo los ángeles que rodean el trono de gloria son la pureza misma, y los santos no son admitidos á la Adoración eterna hasta que están purificados de las más ligeras manchas, no sólo del pecado, sino de todo lo que tiende al pecado ¿No es al mismo Dios de santidad á quien adoramos bajo los velos del Santísimo Sacramento?

Se requiere una preparación inmediata ó próxima del espíritu, de la memoria y del corazón. Porque Dios es espíritu, y busca, no adoradores de pura forma, sino adoradores que le adoren en espíritu y en verdad por todos los homenajes interiores de sus facultades: la fe, el amor, la alabanza, el don, la sumisión, la humildad y los actos interiores de todas las virtudes. Pues bien; sin preparación, que hace salir al espíritu de sus ocupaciones habituales y fija su atención sobre un punto preciso, nuestra alma, absorta por los cuidados inmediatos de las cosas sensibles, agobiada por el peso de la carne, es incapaz de elevarse hasta

la región de la fe y entregarse á un comercio espiritual con Dios.

En fin, debemos proponernos, como fin principal en la Adoración, honrar á Jesucristo, satisfacerle y servirle, y servirnos á nosotros mismos santificándonos y santificando á nuestros intereses, aun los espirituales. Sin excluir este último fin, y procurando favorecerlo, como después veremos, la Adoración debe practicarse ante todo, sobre todo y primero que todo. Esta es, en su naturaleza, la expresión de la caridad más perfecta, del amor más puro, que sólo encuentra su perfección y su reposo en la satisfacción del objeto amado, y no en su propia satisfacción, pues está gobernada por la presencia inmediata y los derechos superiores de Jesucristo. La primera de todas las cosas ¿no es que Dios sea Dios y que sea reconocido como tal? Su gloria sobrepaja á nuestros intereses, y por esto debemos quererla y pedirla ante todas las cosas que nos son necesarias, aun para esta misma gloria. ¿No es así que el Señor nos ha enseñado pedirle en el *Padre Nuestro*, antes que nuestro pan de cada día, antes de que nos perdone y nos preserve de la tentación y del mal, la santificación del nombre de Dios, el advenimiento de su reino y el

cumplimiento de su voluntad? Luego ante todo y en primer término de la Adoración, debemos dedicarnos á reconocer á Nuestro Señor en sus misterios, en su persona y en su vida, en sus palabras y en sus virtudes, en sus bellezas, sus amabilidades y sus bondades, en su amor sobre todo, y en su amor al Sacramento, en sus ternuras, sus larguezas, sus sacrificios, sus anonadamientos conmovedores.

Debemos estudiar todas las maravillas de hermosura, de grandeza y de verdad; esforzarnos en verlas, en comprenderlas, en penetrarlas por la fe aplicada y activa, humilde y perseverante: este es el homenaje y el don del espíritu. Después, amar todas esas amabilidades, adherirnos á ellas, desearlas, recrearnos en ellas, y al mismo tiempo alabarlas, bendecirlas, exaltarlas, felicitarlas, cantarlas en nuestros corazones. En seguida, contemplar, adorar en el silencio de la admiración, de la contemplación y del éxtasis, última expresión del amor: este es el homenaje del corazón. Finalmente, darnos, someternos y conformarnos á lo que nos parezca tan hermoso y tan bueno, como nos damos al Infinito Bien, sin reserva y totalmente, para poseer, para depender, para vivificarlos, para asimilarlos, para transformarnos

interiormente en la semejanza del divino objeto que adoramos, á fin de que sea todo en nosotros: autoridad, principio y vida, y que desaparezcamos y nos perdamos totalmente en Él.

Tal es el primer fin de la Adoración, tal el principal empleo del tiempo consagrado á ella: este es el homenaje de todo el ser interior á Jesucristo; sin más razón sino que lo merece soberanamente; sin más interés que satisfacerle, honrarle y amarle. En el cielo no se hace más que amar, alabar, darse y perderse en Dios: este es el supremo homenaje, la glorificación más alta que Dios puede recibir de sus criaturas. El Dios del Sacramento la reclama y la espera. Él está allí para eso; quiere recibirla sobre la tierra, en cuanto es posible aquí abajo, en que la fe reemplaza á la visión, la caridad militante al amor consumado, y la esperanza á la posesión; pero en que la fe, la esperanza y la caridad nos unen realmente á Él, en el sacramento de su real presencia y de su verdadero don. *Adveniat regnum tuum..... sicut in celo et in terra.*

LA ADORACIÓN CON RELACIÓN Á NOSOTROS MISMOS.

La adoración, con relación á nosotros, reviste un doble carácter: 1.º Es nuestro principal deber; 2.º Es nuestro principal medio de santificación. Por este doble título nos impone obligaciones que importa mucho conocer.

I.—Principal deber.—El P. Eymard declara formalmente que «la Adoración es el fin supremo de su instituto,» y al formar Apóstoles, quiere que «éstos tengan por único objeto hacer adorar al Santísimo Sacramento por todos los hombres y en el mundo entero.» La razón fundamental de todas las Obras seculares que completan la Asociación del Santísimo Sacramento es pues, la Adoración. En consecuencia, á todos, y en la escala que les corresponde, se dirigen estas otras palabras del Padre, intimando el gran deber de la Adoración: «Como el servicio de la Adoración es por sí mismo el principal de todos nuestros deberes, que debe ser preferido á todo, nadie omite, ni cambie, ni disminuya las horas de Adoración que tiene asignadas.» Dice además con incom-

parable suavidad: «Mirad la hora de Adoración que os toque en suerte como una hora del Paraíso; id á ella como si fuerais al cielo, al divino banquete; y esa hora será deseada y saludada con alegría; mantened suavemente ese deseo en vuestro corazón. Cuando tuviereis una hora penosa en su naturaleza, regocijaos mucho más, pues vuestro amor será más grande mientras mayor sea vuestro sufrimiento. Cuando por algún achaque, enfermedad ó imposibilidad no pudierais hacer vuestra Adoración, dejad que vuestro corazón se aflija un momento; después poneos á adorar en espíritu; unios á los que adoran en aquel momento, teniéndos durante aquella hora en un gran recogimiento.»

Estas palabras dicen muy claramente que la Adoración es el primero de todos nuestros deberes, de donde se deduce que es preciso darle más importancia que á cualquiera otro, y que si no se le cumple, ó no se le cumple bastante bien, toda nuestra vida sería inútil.

De allí la necesidad de reconocer prácticamente la importancia de la Adoración por los medios siguientes:

Prefiriéndola al estudio, al servicio del prójimo, al ministerio de las almas, á la predica-

ción y al celo, á todos los ejercicios de devoción particular, y aun á la salud misma y al cuidado de la vida.

Tratándola con todo el esmero y las atenciones que reclama, esmero para preparar á ella el espíritu, por la fijeza del motivo de la Adoración; esmero para preparar á ella el corazón, por el recogimiento habitual en el amor de nuestro Señor: *Manete in me, in dilectione mea*; esmero para preparar á ella la voluntad, por la fidelidad al deber, el fervor al trabajo espiritual, la conformidad á la voluntad de Dios y el abandono á su voluntad; esmero para preparar á ella la conciencia por la pureza, la delicadeza asegurada por exámenes frecuentes; esmero para preparar al cuerpo guardándose de todo exceso, aun de trabajo y de celo que le haga impropio á causa de la excitación ó de la fatiga, para que coopere á la Adoración con el recogimiento de los sentidos. Finalmente, si la Adoración es el primer deber, todo debe tender á ella y prepararla: los estudios y la oración, el oficio divino, la misa y la comunión, las acciones y las virtudes, el trabajo y la mortificación, los goces y las penas; la vida entera debe moverse sobre ese eje y converger hacia su centro.

II. — Principal medio de santificación.—La Adoración sería imperfecta si, tendiendo á honrar á Dios, no procurase la santificación del alma. También se la considera en su naturaleza como teórica y práctica, especulativa y moral.

Ella prosigue honrando á Dios en la fe, en el amor, en la alabanza del espíritu y del corazón y de la voluntad. Pero Dios tiene derecho á más: á la vida entera, á la vida práctica, que debe alabarle por el concierto de todas las virtudes, probadas por acciones manifiestas. La perfecta alabanza de Dios es la semejanza con Él en la santidad: se inaugura en la convicción, el deseo y la resolución, y debe acabar en las obras. De suerte es que la Adoración tiene un doble fin: honrar á Dios por la alabanza de las facultades interiores, y después santificar al hombre para ponerle en aptitud de dar á Dios la alabanza de las virtudes y de las obras. Pero las virtudes, para tomar raíz en el alma, tienen necesidad del trabajo preparatorio de la oración. Porque sólo en el silencio y el recogimiento los gérmenes sobrenaturales se entreabren, arrojan sus primeras raíces, forman su tallo, que desde luego ha de aparecer en las acciones. La oración es la ela-

boración interior de la santidad. Los maestros de la vida espiritual están de acuerdo en que es el medio indispensable de la santificación, sobre todo para el sacerdote y el religioso, porque es el único medio de llegar al conocimiento y á la reforma de nosotros mismos.

Pues bien; nuestra oración es la Adoración. No tenemos otra. Y ¿podría haber otra mejor que la que se pasa á los pies de Jesús, objeto, maestro, medio y modelo de toda oración; que la que se hace á su vista, en unión con su oración, en el lugar santificado por la oración y donde se respira una atmósfera impregnada enteramente de las gracias de la oración?

La Adoración debe, pues, producir en nosotros, como toda oración asídua, el resultado de la santificación efectiva y de las virtudes prácticas; pero con la condición de que hagamos un ejercicio de conocimiento de nosotros mismos y de reforma de nuestras costumbres.

1.º En la Adoración hemos de trabajar al conocimiento de nosotros mismos, lo que quiere decir:

Que consagremos una parte del tiempo de la Adoración á un trabajo enteramente personal, de examen de nuestro estado espiritual, de discusión de nuestros actos y de aplicación á

nuestra propia vida de las consecuencias prácticas y morales de nuestro objeto de Adoración.

Que tengamos cuidado de considerar en todas las verdades, aun las más especulativas, las enseñanzas morales que contienen; de escoger, de vez en cuando, por asunto de nuestras adoraciones, algunas verdades exclusivamente positivas y prácticas; y, finalmente, de escoger de preferencia aquellas que tengan relación con nuestro estado de alma actual, nuestros deberes de estado, cuyo cumplimiento es urgente, nuestras necesidades inmediatas, nuestras tentaciones del momento y nuestras debilidades ordinarias.

2.º Nos ocuparemos durante la Adoración en reformar nuestras costumbres, en corregir nuestros defectos, nuestras pasiones y nuestros vicios, por exámenes atentos, precisos y prolongados, inquiriendo las causas y efectos de todo, añadiendo el arrepentimiento, la contrición y la detestación del mal reconocido en nosotros, y tomando resoluciones formales y precisas que tengan por objeto ocasiones netamente definidas.

3.º Nos dedicaremos al ejercicio interior de las virtudes. Toda virtud debe primeramente practicarse en el reino interior de la intelligen-

cia, del corazón y de la voluntad, de donde el Rey Jesús espera actos tan numerosos y tan preciosos. El alma debe, ante todo, santificarse en sus potencias para que en seguida broten vigorosos y frecuentes los actos exteriores de las virtudes. Es un deber activar nuestras facultades para el ejercicio regular y sostenido de las virtudes que les convienen: al espíritu, los actos de todas las virtudes intelectuales; á la voluntad, los de las virtudes morales; al corazón, los innumerables frutos del amor.

Será preciso, pues, en la Adoración, hacer actos positivos y precisos de las virtudes que se encuentren en el asunto meditado. Ver en un misterio de Jesús, por ejemplo, la humildad, la dulzura, la paciencia que tuvo siempre; y si en seguida no se forman en la voluntad actos esas virtudes, sería hacer una Adoración incompleta é interrumpida.

Estos actos deben ser tan precisos como multiplicados, tan prolongados como sea posible. Aun cuando no pudiéramos darles demasiada intensidad, es fuerza que se acumulen en el interior para que obren en seguida en la vida exterior; el desarrollo de ésta será en razón directa de la fuerza adquirida en el interior.

Para poner de relieve la práctica de las virtudes que deben manifestarse en la vida, particularmente en el cumplimiento de los deberes de estado, en el ejercicio interior de las virtudes, en la Adoración, es preciso considerar su encuentro, las circunstancias en que se les encuentran, y tomar resoluciones muy netas y muy firmes de conducirse de tal ó cual manera, de evitar tal ó cual exceso, de hacer tal ó cual esfuerzo.

En cuanto al tiempo que debe emplearse en este práctico trabajo de santificación, puede decirse que debe llenar poco más ó menos la mitad de la Adoración, puesto que, según el método de los cuatro fines del sacrificio, la segunda parte de la Adoración está consagrada á la Reparación y á la Súplica. La reparación exige naturalmente el examen, la discusión de los actos, la satisfacción por el arrepentimiento y cambio de vida. La súplica sólo se hará debidamente si se piden gracias precisas, conforme á las necesidades reconocidas de nuestra alma, con la firme resolución de aprovecharse de ellas, ó lo que es lo mismo, corresponder á ellas efectivamente; lo que supone que se han reconocido esas necesidades y se ha formado la resolución de obrar con firmeza y constancia.

Ultimo consejo.— Para cumplir plenamente con la ley del trabajo de la santificación personal en la Adoración y sacar todo el fruto, es preciso guardar y adoptar los mismos asuntos de Adoración, sobre la corrección de los defectos ó sobre los progresos de la virtud, por todo el tiempo necesario mientras no conste la enmienda ó el provecho intentados. La santificación es obra de toda la vida, y cada uno de los obstáculos que hay que vencer ó de los pasos que hay que dar, exigen un largo y perseverante trabajo. Andar de asunto en asunto es curiosidad y ligereza; el trabajo de la santidad es por demás serio y continuo.

III.— Tales son las reglas prácticas de la Adoración considerada con relación á nosotros mismos. Si no se cumplen, la Adoración recae forzosamente en uno de los defectos siguientes:

La pura especulación, el estudio, el trabajo exclusivo del espíritu, la curiosidad intelectual, son cosas que, puestas en lugar de la oración, son el más sustancial alimento del orgullo espiritual: esto conduce, tarde ó temprano, á la alianza extraña y funesta de los bellos pensamientos y de las bellas representaciones imaginarias sobre todas las verdades

de la religión con una vida indiferente, poco arreglada, y finalmente culpable.

Una sentimentalidad exagerada y la sobreexcitación de la imaginación, que engendran la piedad floja, egoísta, personal, variable é indiferente, sin virtud, sin estímulo, sin fuerza para el sacrificio; en que todo se pasa en sueños más ó menos bonitos, en proyectos más ó menos hermosos, en promesas sin fidelidad, en ilusiones sin causa, en principios sin consecución.

Y lo que es peor: la pereza espiritual, una especie de somnolencia del espíritu, del corazón y de la voluntad, que engendra la torpeza, después la rutina y lleva á la Adoración absolutamente nula; nula como homenaje de religión, nula como causa de santificación.

De allí nace el fastidio en la Adoración, el disgusto de tan santo ejercicio y la infidelidad al deber capital. Si damos este último paso, seremos infieles al mismo divino Rey, infieles á nuestra divina vocación y apóstatas al servicio de la Eucaristía.

LA ADORACIÓN CON RELACIÓN AL PRÓJIMO.

I. — La adoración es esencialmente un fruto de la caridad perfecta, para que teniendo presente su primer y adorable objeto, que es el Dios Hombre del Sacramento, sea necesariamente conducida por el mismo movimiento de caridad al servicio del prójimo. El amor del prójimo es inseparable del amor de Dios: el primero no es solamente señal del segundo, sino que es su efecto necesario, su fruto natural. La misma savia alimenta al uno y al otro; son dos ramas de un solo tronco. Ellas crecen, florecen, se cubren á un mismo tiempo de los mismos frutos; pero también el disecamiento y la esterilidad los alcanzan al mismo tiempo y en la misma proporción. «Quien dice que ama á Dios y no ama á su prójimo, miente», dice el Apóstol de la caridad. No cabe duda que las formas exteriores de la caridad hacia el prójimo pueden variar y algunas veces no manifestarse sino en un número de actos muy restricto. Esto depende de las vocaciones particulares, de las cuales unas se aplican más al servicio del prójimo y otras menos. Pero para el amor del fondo, para la predilección, para

la abnegación del corazón y para el celo íntimo, ninguna vocación puede dispensarse: aquel amor debe ser sin medida, y marchar á la par con el amor de Dios.

En la vocación adoradora los ministerios directos hacia el prójimo están bastante limitados, pues no pueden disponer más que de una parte de nuestro tiempo y de nuestros recursos; la primera y la mayor parte pertenece á la Adoración, al servicio personal del divino Rey en la oración, en la alabanza divina y en el culto solemne. Pero esto no nos dispensa de servir al prójimo con un amor inmenso. Y este amor debe procurar el servicio y la utilidad del prójimo por el apostolado de la oración, por la proposición y reparación en la Adoración misma.

Aquél es un deber de vocación. La Asociación del Santísimo Sacramento fué fundada para el fin de la oración apostólica, de la reparación por los otros y de la propiciación por el mundo entero. ¿Podría ser de otro modo, cuando pide á sus miembros que se mantengan suplicantes ante el trono de la gracia, donde expone solemnemente y hace subir entre la tierra y el cielo á Aquel de quien dice San Juan: «es el abogado, el justo Jesús, la

propiciación por nuestros pecados, y no sólo por nuestros pecados, sino por los del mundo entero»?

Pues bien; entre todos los prójimos que tienen derecho á nuestra caridad y á nuestras oraciones, el primero, el más augusto, el que nos obliga más estrechamente que cualquiera otro, es la Santa Iglesia Católica, esposa amadísima de Jesucristo, por cuyo amor vertió toda su sangre «á fin de que le fuese una esposa bella, pura y sin mancha»; y por la cual ha instituído la Eucaristía, á fin de serle siempre presente, de conducirla, de guardarla, de defenderla y de alimentarla con su sustancia. A la Iglesia, pues, ante todo, y al Soberano Pontífice en quien ella resume enteramente todo nuestro amor, toda nuestra abnegación, todo nuestro celo en la Adoración y en la oración. Después á todos los miembros de la Iglesia en el orden que les ha colocado su mayor ó menor participación á la autoridad, á la santidad y á la vida de la Iglesia: á los Obispos, á los sacerdotes y á los obreros apostólicos, á los fieles, á los pecadores, aun á aquellos que no hacen caso de la Iglesia aunque ésta tenga sobre ellos todos los derechos de su Real Esposo, á quien «han sido dadas todas las na-

ciones en herencia», á los herejes, á los cismáticos, á los judíos y á los infieles.

Y más allá de este mundo, en las sombrías prisiones del Purgatorio, debe ejercitarse nuestra caridad en la persona tan interesante y tan digna de piedad y amor que se llama «Iglesia purgante».

Queda por decir que todas las obligaciones particulares que se pueden imponer al tributo de la caridad de cada uno de parte de la sangre ó de la afinidad sobrenatural ó del reconocimiento, deben ser respetadas y satisfechas en el ministerio apostólico de la Adoración. Y entre estos lazos que crea la gracia, ninguno es más sagrado ni más fuerte que aquel que liga juntamente á las almas en la unidad de una familia religiosa ó de una asociación reconocida por la Iglesia. A nuestros hermanos, pues, miembros del mismo cuerpo eucarístico, y á la sociedad que nos tiene unidos y nos da á todos la gracia de nuestra santa vocación, toca una parte excelente en el ejercicio de nuestra caridad filial y agradecida.

Pero dejemos que el Padre nos diga, con su autoridad de fundador, lo que debe ser la Adoración con relación al prójimo.

II.—«Que el adorador se consagre al sublime ministerio de la Adoración como diputado de la sociedad y de la Iglesia.»

La oración es uno de los fines esenciales de la Adoración, según el método de los cuatro fines del sacrificio; ella debe, pues, ocupar un tiempo normal, que es el cuarto de hora de Adoración.

«La súplica ó impetración, dice el Padre, debe coronar vuestra Adoración y hacer su glorioso trofeo. La impetración es la fuerza y el poder de la oración eucarística. No todos pueden predicar á Jesucristo por la palabra, ni trabajar directamente en la conversión de los pecadores y en la santificación de las almas. Pero todos los adoradores tienen la misión de María á los pies de Jesús: ésta es la misión apostólica de la oración y de la oración Eucarística, en medio de los esplendores del culto, al pie del trono de la gracia y de la misericordia. La oración eucarística va directamente al corazón de Dios, como dardo inflamado; ella hace trabajar, obrar y revivir á Jesús en su Sacramento; ella da actividad á su poder. El adorador hace más aún: ruega por Jesucristo y le pone sobre su trono de intercesión cerca de su Padre, como abogado divino de sus hermanos rescatados,

Vuestra misión es pedir gracia con Él por todos los culpables, pagar su rescate á la Divina Misericordia que tiene necesidad de corazones suplicantes; á vosotros os toca hacer os víctimas de propiciación con Jesús Salvador, quien, no pudiendo sufrir ya en su estado resucitado, sufrirá en Vos y por Vos.

Esta divisa: *¡Adveniat regnum tuum!* debe ser como la regla de la oración de todos los adoradores. Que ellos ofrezcan su Adoración por el Soberano Pontífice y por todas sus intenciones; por la exaltación de Nuestra Madre la Santa Iglesia, para obtener las bendiciones de Dios sobre la sociedad y la santificación de sus socios; por todas las personas constituidas en dignidad, tanto en la Iglesia y la Religión como en el Estado, especialmente por todos los sacerdotes, á fin de que Jesús viva en ellos por amor y santidad; por la destrucción de las herejías y de los cismas, para obtener á los judíos el reconocimiento de Jesucristo, á los paganos la Adoración de su Salvador; y, finalmente, porque todos los hombres del mundo entero lleguen á amar á Nuestro Señor Jesucristo y se precipiten hacia su Sacramento de vida.

III. — Resulta de estas palabras, y de las consideraciones que preceden, que tenemos en la Adoración un verdadero ministerio de caridad que cumplir para con el prójimo; debemos ser en ella propiciadores, abogados, mediadores y apóstoles.

Pensar, en la Adoración, únicamente en nosotros; no pedir sino para nuestros intereses personales, por santos que éstos sean, no es bastante: debemos hacer á nuestros corazones generosos, desinteresados, abnegados, abiertos á todos los santos intereses de Jesucristo y á las necesidades del mundo entero. Los grandes deseos, los ardores excesivos, las santas torturas de la angustia por las almas y por la Iglesia, deben inflamar y consumir nuestros corazones.

Para esto, nos basta comprender cuán extensa, inmensa é infinita es la obra de la Redención del Mundo, que prosigue el Divino Salvador en su oración y en su inmolación perpetua en el Sacramento. Él trabaja allí de noche y día. ¡Qué labor! ¡Qué labor tan ingrata, tan contrariada y combatida, exponiéndose á la malicia obstinada, á las traiciones torbas, al odio sin compasión! A esta tarea nos convida. Y como en la oración y la inmo-

lación perpetua la prosigue, Él reclama las asiduidades de nuestras súplicas, de nuestros llamamientos, y espera los sacrificios de todas las penas secretas, de todas las torturas del alma y de todas las mortificaciones conocidas sólo por Él.

¡ Ah! ; Quién querrá rehusarle aceptar de buen corazón y con alegría, humillarse, sufrir el desprecio, la traición y el abandono, la calumnia, las acusaciones y las condenaciones injustas; quién le rehusará estar privado en la oración, de toda alegría; en la vida espiritual, de todo consuelo; en el trabajo, de todo éxito personal; en la vida entera, de toda satisfacción, para completar su Pasión y cooperar por este medio á obtener su reino Eucarístico, ó la exaltación de la Iglesia, ó la libertad del Soberano Pontífice, ó la conquista de un país infiel, ó la firmeza y prosperidad de la sociedad dedicada al único servicio y al único apostolado de su Sacramento de amor, ó el éxito de tal ó cual obra particular que cada uno conozca, á la cual le unan lazos personales de vocación ó de predilección: la conversión de una parroquia, la conversión ó la santificación de una sola alma, sobre todo si es el alma de un padre, de un esposo ó de un

hijo; más aún, si se trata de un alma, de la cual Dios parezca esperar, por los dones exquisitos que le haya prodigado, más satisfacción y mayor gloria!

Tal es la Adoración con relación al prójimo: obra de perfecta caridad, de celo apostólico, de abnegación universal é infatigable. Sus medios son, ante todo, la oración y la inmolación interior. Pero debe tenerse presente que la condición indispensable á todo mediador, si quiere ser escuchado, es la pureza, la santidad, la separación del pecado y la vida sobrenatural; á lo menos, bajo estos rasgos San Pablo nos representa al Pontífice Eterno y Adorador Perfecto Nuestro Señor Jesucristo. Sólo á este precio nuestra oración, unida á la suya, será agradable á Dios. *Talis enim decebat ut nobis esset pontifex: sanctus, innocens, impollutus, segregatus à peccatoribus et excelsior*

calis factus.

II.

Del Método de Adoración para los cuatro fines del Sacrificio.

IDEA DEL MÉTODO LLAMADO DE LOS CUATRO FINES.

Todo arte, además de los principios generales, tiene su método; es decir, una disciplina elemental, una cierta manera de proceder por medio de la cual se inicia á los discípulos al conocimiento de este arte, después á su práctica aplicada y, por último, á sus secretos y á su perfección. Santos y maestros ilustres han dado diversos métodos del gran arte de la oración, cuya excelencia queda bastante demostrada. Dichos métodos tienen caracteres comunes, los cuales tienen este doble fin necesario: poner al alma en estado de glorificar á Dios por el homenaje de la Religión interior, después santificarse por la contemplación de las verdades eternas, el conocimiento de sí misma y la preparación de sus deberes. Ellas varían según el punto de vista especial que ha

dirigido á sus autores y el fin particular que pretenden obtener.

Cuando la oración tiene por objeto principal preparar al obrero de Dios para los buenos trabajos, ó armar al soldado de Cristo para los santos combates, el método exige mucho al trabajo del espíritu, por la reflexión, el discurso interior y el estudio: ella se dirige, sobre todo, á los resultados prácticos, á las resoluciones fuertes y precisas de la voluntad, que disponen inmediatamente á la acción. Si, al contrario, la oración está destinada á permitir al alma encontrar á Dios desde luego, para conversar con Él y unirse á Él en el reposo activo del amor; si se dirige á hacer un contemplador más bien que un trabajador, un orador más bien que un apóstol, el método exige menos trabajo abstracto al espíritu, menos resoluciones actuales y determinaciones precisas á la voluntad. Sin perdonar estas cosas, haciéndolas una parte legítima y necesaria, ella esperará más de la simple mira del espíritu, de los sentimientos del corazón, de las aquiescencias apacibles de la voluntad. Ella fijará la mirada del alma sobre Dios, sobre Jesús, sus misterios y su espíritu; sobre su interior y sus sentimientos más que sobre sí misma; sobre

sus deberes que cumplir, y sobre sus pasiones que reprimir. Que no excluya el alma al trabajo santificador, homenaje necesario de toda verdadera religión: así como el método de la oración que forma al obrero apostólico no podría excluir la unión á Dios, el reposo en Dios como término de sus actos diversos. Pero combinando estos dos elementos necesarios de la oración, este método dará más al trabajo sobre sí mismo, y aquél más á la contemplación de Dios: el primero conducirá más á la discusión de los actos personales, y el segundo á la alabanza de las perfecciones divinas.

El Padre Eymard, reemplazando en su plan de vida espiritual, tal como lo estableció para las almas llamadas á servir á la Eucaristía, la oración por la Adoración del Santísimo Sacramento debía adoptar un método que favoreciese sobre todo á la contemplación, la alabanza, la conversación, la unión con Dios. La Adoración, en efecto, debe hacerse á los pies del Santísimo Sacramento, sea al pie del trono de la exposición solemne, sea ante el Tabernáculo, cuya lámpara ardiente anuncia al Dios Vivo que le habita.

El hecho sólo de esta presencia reclama que el adorador, saliendo de sí mismo, fije

todos los pensamientos de su alma sobre la augusta Persona del Dios Hombre que le muestran los velos transparentes del Sacramento. Aun parece que se faltaría á grandes conveniencias si se ocupase más de sí propio que de Él, sin darse bastante cuenta de lo que reclama su próxima presencia. Por necesarios que sean el estudio y la reforma de nosotros mismos, parece que, presentándose tan claramente á nuestras miradas el Dios oculto que desea tanto ser reconocido, nos solicita que le estudiemos, que le conozcamos, que nos dediquemos á Él; procura luego bajar á nosotros mismos, seguros de que jamás veremos lo que somos, hasta que hayamos visto bien lo que Él es. *Noverim te, noverim me!*

Aun más; queriendo que el Adorador una su oración á la que, detrás del velo Eucarístico, verdadero Santo de los Santos, Jesús, el único Pontífice, ofrece á su Padre, y que es la continuación de su Sacrificio, es decir, de su muerte, verificada por la mañana en el altar, el P. Eymard debía buscar un método que permitiese al Adorador apropiarse los actos, los homenajes, los sentimientos y los deberes, cuya expresión solemne y perfecta es la Misa. Pues bien; por la Misa ó por su Sacrificio,

Jesucristo rinde á Dios cuatro principales homenajes, que el Concilio de Trento define: la Adoración, la Acción de gracias, la Reparación ó Propiciación y la Oración. Estos cuatro homenajes resumen todos los deberes de la Religión, es decir, el reconocimiento teórico y práctico de todos los lazos que unen al hombre con Dios. Santo Tomás ha definido en estas breves y profundas palabras la religión del hombre hacia Dios: «El hombre está obligado y ligado para con Dios, sobre todo, por cuatro razones: á causa de su Majestad soberana, compuesta de todas sus excelencias divinas; á causa de sus beneficios pasados, testimonios de su amor y su bondad; á causa de las ofensas cometidas hacia su santidad, que le hacen deudor de su Justicia; á causa de los bienes que son necesarios para el porvenir del tiempo y de la eternidad, y que no pueden obtenerse más que de su bondad liberal y rica de todos los bienes (1).

Cada uno de esos homenajes encierra una multitud de las virtudes más preciosas y más

(1) Homo maxime obligatur Deo propter majestatem ejus, propter beneficia jam accepta, propter offensam et propter beneficia sperata. 1.^o 2.º ae. q. CXII, a. III ad. 10.

necesarias; todos cuatro contienen todo lo que puede expresar el reconocimiento de las perfecciones y de los derechos de Dios, la confesión de todos los deberes y de todas las obligaciones del hombre. Pues no hay en realidad más que una oración de todo punto perfecta: la Santa Misa; cualquiera otra oración vale únicamente por su unión más ó menos grande con esta oración personal de Jesucristo. Lo mismo sucede con las virtudes cristianas que componen, con los homenajes de la oración, la religión del hombre hacia Dios; ellas no valen sino según la medida en que tomen su origen y se consuman en el Sacrificio de Jesucristo. No hay, pues, para el cristiano ninguna forma de oración más perfecta que la participación en espíritu y en verdad del Santo Sacrificio. Pero nótese bien, que durante todo el tiempo en que el Cristo guarda en el Sacramento el estado de víctima inmolada que revistió al ofrecer á su Padre su muerte misteriosa, pero real en el Sacrificio de la Misa, continúa la religión expresada entonces, y los homenajes rendidos entonces por la continuación de este estado rindiéndolos á su Padre, y todos los días y las noches en la permanencia de su estado de víctima anonadada, bajo las

especies de pan y vino, adora á la Majestad, da gracias á la Bondad, hace reparación á la Justicia é implora la Liberalidad de Dios.

He allí lo que inspiró al P. Eymard su método de adoración que llama Método de los cuatro fines del Sacrificio. Considerando á los adoradores en presencia de Jesús, ¿el Adorador perfecto podría pedirle alguna cosa más oportuna, más conveniente y aun más necesaria que unirse al Maestro de la oración, al Pontífice en el ejercicio de su oración, y orar como Él, con Él y por Él?

Él pide, pues, á sus discípulos que procuren, ante todo, en sus adoraciones producir actos de Adoración, de Acción de gracias, de Reparación y de Oración; dirigirlas á Dios Padre, Mediador y Pontífice; dirigirlas también al mismo Jesucristo, que es Dios y Sacerdote y Fin eterno de todas las cosas, al mismo tiempo que mediador entre su Padre y los hombres.

Mas como estos homenajes deben nacer de todo lo que Dios nos ha revelado de sus Excelencias, de todo lo que su Bondad nos ha dado, de todo lo que debemos á su Justicia, de todo lo que esperamos de su Plenitud infinitamente buena, el P. Eymard enseña á sus discípulos á descubrir en todas las verdades, en todos los

misterios, en todos los asuntos de meditación, en una palabra, los asuntos de Adoración, de Acción de gracias, de Reparación y de Oración que ellos contienen necesariamente. El mismo Padre les enseña los actos de virtud que comprende cada uno de estos homenajes primordiales para ser bien rendidos: unos que convienen mejor á la Adoración, otros á la Acción de gracias; éstos á la Reparación y aquéllos á la Oración. Y, por último, no pudiéndose descubrir estos motivos, estos actos ser bien producidos, más que por cierto trabajo de las facultades y de las potencias, el P. Eymard pide á la inteligencia, al corazón y á la voluntad su concurso regular, que reclaman todos los métodos de oración. Así se ve á todo el ser exterior emplearse en producir sucesivamente, en unión con el Pontífice Eucarístico, los homenajes de la grande y perpetua oración de su Sacrificio.

Bajo el punto de vista estrictamente metódico, cada uno de estos homenajes debe sucederse en el orden en que el Concilio de Trento enumera los fines del Sacrificio Eucarístico: Adoración, Acción de gracias, Reparación, Oración. El P. Eymard recomienda también que se divida la hora de Adoración (pues

exige que la Adoración dure ordinariamente una hora) en cuatro cuartos de hora, y consagrarse respectivamente á rendir á Dios los cuatro grandes homenajes. No obliga absolutamente á medir el tiempo con estricta precisión, pues se puede, si la gracia mueve á ello, prolongar tal ó cual homenaje más que los otros.

Mas, cualquiera que sea el tiempo dedicado á cada uno, la sucesión de estos cuatro pensamientos facilita singularmente el ejercicio de la Adoración aun para los más inexperimentados, pues se hace como cuatro oraciones sucesivas de un cuarto de hora cada una, enlazadas juntamente por la unidad del mismo asunto, pero variadas por cuatro los diversos puntos de vista bajo los cuales se le hace pasar, y en cada uno todas las facultades entrar en juego, para sacar de ellas los motivos diversos de los cuatro fines, y producir los actos de las virtudes propias á cada una. ¿Qué cosa puede haber más sencilla, más elemental y más fácil? La misma verdad repetida cuatro veces al día de diferente manera: 1.º de la Adoración ó de las Excelencias divinas que se reflejan en ella; —2.º de la Acción de gracias y de los rasgos de la Bondad divina que presenta, y de los beneficios que nos recuerda; —3.º de la Repa-

ración y de las diferencias que manifiesta, y lo que deberíamos ser para satisfacer á los deberes que ella nos revela;—y 4.º de la Oración y de las gracias cuya necesidad conocemos para cumplir las obligaciones que ella nos impone.

Tal es el método de los cuatro fines del Sacrificio. ¿No se ve claramente que por este método de Adoración hacemos que nuestra oración participe de una manera particularísima de la oración augusta de Jesucristo, y que unimos nuestra religión privada á la religión pública del Santo Sacrificio; que nos ponemos, por consiguiente, en una estrechísima relación con el Pontífice Eucarístico, y que honramos muy directamente su estado y su acción en el Sacramento?

Para facilitar el ejercicio, vamos á enumerar los actos de las diferentes virtudes que pueden ser producidos por nuestras diversas facultades para expresar los homenajes de cada uno de los cuatro fines del Sacrificio. No obliga en manera alguna que se hagan cada vez los actos de todas estas virtudes. Los ponemos en lista para que puedan escogerse, según la naturaleza del asunto, ó la disposición del alma, ó el movimiento de la gracia, los actos que más agraden.

III.

Actos de las facultades y de las virtudes en cada uno de los cuatro fines.

I. — ACTOS Y VIRTUDES DEL PRIMER FIN.—

La Adoración, considerada como el primero de los fines del Sacrificio, tiene por objeto el reconocimiento de la Majestad divina, dice Santo Tomás: *Propter Majestatem*; y, como dice en otra parte: todo lo que compone su excelencia es sobre toda criatura: las bellezas, las perfecciones, las amabilidades de Dios; todo lo que constituye su ser infinito. Y con relación á nosotros, sus derechos soberanos de primer Principio y de Fin supremo, de Criador y Conservador de todo lo que somos.

Los actos del espíritu en la Adoración son: *la fe* á la verdad propuesta como asunto de Adoración, á la palabra, á la autoridad divinas; *la inteligencia* sobrenatural de esta verdad; *la contemplación* de las perfecciones y de las amabilidades de Dios que se manifiestan en ella; *la admiración*; *la alabanza*.

Los actos del corazón ó de la voluntad afectiva son: *la complacencia*, *el deseo*, *la benevolencia*, *la alegría*.

Los de la voluntad propiamente dicha: *el don*, *la tradición de nosotros mismos* á las excelencias, á las perfecciones, á las amabilidades, á los derechos, á la soberanía de Dios; y este don no se puede manifestar como conviene, sino por una especie de *anonadamiento de nosotros mismos* ante tanta grandeza, tanto esplendor de los derechos tan altos, una majestad tan sublime. *La humildad*, *la sumisión absoluta*, *el abandono sin reserva*, *el santo temor*, *el silencio religioso y profundo*, son las expresiones que convienen á rendir este anonadamiento de la criatura ante su Criador, á quien adora.

II. — ACTOS DE LAS VIRTUDES DEL SEGUNDO

FIN.—La Acción de gracias tiene por objeto los dones, los beneficios de Dios: *Propter data*, tales como nos son manifestados en la verdad que meditamos; por consiguiente, su objeto formal es la bondad y el amor de Dios, probados por sus beneficios.

Los actos del espíritu son los siguientes: *consideración* de la parte que ejercen la bondad y el amor de Dios en la verdad propuesta, por las vistas, los designios misericordiosos que se revelan en él; *recuerdo y enumeración* de los beneficios relativos á esta verdad, que hemos recibido en nuestra vida pasada ó que recibimos todavía; *estudio* del valor, de la grandeza, de la magnificencia de estos beneficios, sacada de las diversas circunstancias que les dan más ó menos valor; *la gratitud; la grandeza del donante; la indignicia y la indignidad del donatario; la continuación de los dones*, á pesar del abuso ó el poco provecho; *la admiración; la alabanza.*

Los actos del corazón son: *el amor de reconocimiento, la complacencia y la alegría, la bendición y la jubilación, las efusiones de gratitud y de ternura, la dicha y el reposo, el silencio de beatitud.* Estos actos salen de las consideraciones de espíritu enunciadas más alto, el corazón siguiendo al espíritu en vista de la bondad divina y la revista de sus dones.

Los actos de la voluntad son: *el reconocimiento efectivo, testificado por las protestas de*

fidelidad hacia un benefactor tan magnífico; *la humildad*, ó la aceptación muy humilde de la situación de *deudor y de obligación insolvente; las resoluciones* de no servirse de sus dones más que por su gloria, de rendirle el fruto de estas semillas de su liberalidad; *las promesas* de establecer un comercio espiritual con Él, y, por último, *el don de sí mismo*, de todo lo que tenemos, de todo lo que somos, de todo lo que hagamos, *en testimonio de reconocimiento y á cuenta de nuestra deuda.*

III. — ACTOS DE LAS VIRTUDES DEL TERCER FIN. — La Propiciación ó Reparación tiene por objeto las ofensas y las insuficiencias que se encuentran en nuestra vida, respecto la verdad de que meditamos y que nos descubre esta meditación: *Propter offensam.* La reparación supone primeramente la confesión de la falta cometida hacia la Santidad de Dios y la aceptación de la deuda contraída hacia su Justicia; después, por la oración, la entrada en favor cerca de su Misericordia. El objeto formal de la Reparación es, pues, apaciguar la Justicia y ganar después la misericordia de Dios.

Actos del espíritu.—*El examen ó la atenta*

012268

consideración del contraste de nuestra vida con la verdad propuesta, sea por nuestros pecados formales, sea por nuestras imperfecciones; la meditación de la gravedad de este estado, de la gravedad y del número de nuestras faltas, de las consecuencias que este estado y estas faltas arrastran ante Dios, ante Jesús sobre todo, ante nuestras obligaciones para con el prójimo, ante nuestra vocación en el tiempo y nuestro porvenir en la eternidad, la confesión sincera y humilde de todos nuestros errores.

Actos del corazón.—Estos consisten sobre todo en el *amor humillado, la compunción, el destrozo del corazón, la contrición; el disgusto, la amargura, el temor saludable, la santa tristeza, el horror del pecado; la compasión, la piedad sobre todos nosotros como víctimas del pecado, la compasión sobre Jesús sobre todo, primera, universal, inocente y dulce Víctima de nuestros pecados.*

Actos de la voluntad.—*La detestación y el aborrecimiento al mal, la huida de sus ocasiones, la ruptura de sus lazos, la conversión interior, el propósito firme, la satisfacción y la resolución de hacer penitencia, la humilla-*

ción voluntaria, la aceptación de todas las penas que Dios puede imponernos en expiación de todas nuestras faltas, y por último, el don de nosotros mismos, en el anonadamiento humillado del pecador: á la Justicia, para que ella se satisfaga en este mundo en nosotros; á la Misericordia para que tenga piedad, tenga paciencia y nos conceda nuevas gracias; á la Santidad para que nos restaure y nos transforme.

IV. — ACTOS Y VIRTUDES DEL CUARTO FIN.

— La súplica ú oración tiene por objeto los dones, los beneficios y las gracias que hay que pedir á Dios para el porvenir, así como la acción de gracias tiene por objeto dar gracias de los beneficios ya recibidos: *Propter beneficia sperata.*—Ella tiene por razón formal la Bondad, la Liberalidad, la Plenitud, la Providencia de Dios que se trata de impetrar y de hacer atentas y generosas para darnos todos los bienes necesarios á nuestra indigencia de criaturas miserables. La vista de esta indigencia aparece necesariamente durante la *Reparación* en la consideración de las insuficiencias y de las faltas que hallamos en nuestra alma con respecto á la verdad propuesta como asunto.

Esta indigencia se había dejado ver ya por el contraste de las manchas del alma contempladas en la *Adoración*, con los beneficios y los dones reconocidos en la *Acción de gracias*.

Actos del espíritu.— *Vista* neta de nuestras necesidades; *consideración* de las gracias precisas que tenemos que pedir para hacer que nuestra alma aproveche todos los frutos contenidos en la verdad propuesta; *consideración* de la *Riqueza*, de la *Plenitud*, de la *Providencia* de Dios, quien, sin empobrecerse, tiene con que enriquecer á millones de miserables; *recuerdos* de las *promesas* por las cuales Dios se ha comprometido á dar, ó *hechos* ó *prendas* que muestren que quiere ser más liberal, habiéndolo sido ya tan magníficamente.

Los actos del corazón consisten en la *esperanza*, en la *confianza*, en los *deseos* vivos y ardientes avivados por el *sentimiento de lo que se ha recibido ya*; en el *sufrimiento* que uno experimenta de su indigencia; en la *piEDAD* por sí y por los demás, cuyas necesidades, idénticas á las nuestras, se conocen en la *caridad*, el amor *desinteresado*, *generoso*, *celoso*, *apostólico*, que hace que se desee y pida con insis-

tencia lo que debe ser un bien para Dios ó para el prójimo.

Los actos de la *voluntad* son: la *oración formal* ó la *petición*, expresada por el corazón ó por los labios; la *oración repetida*, *obligatoria*, *perseverante*; la *oración humilde* y *humillada*, *llena de ardor* y *de abandono* al mismo tiempo; *deseando* lo que pide, pero más lo que sea del agrado de la *Voluntad divina*, que puede preferir, por razones conocidas de su insondable sabiduría, retardar en lugar de conceder inmediatamente, permitir el cumplimiento de la prueba en lugar de preservar de él; la *resolución de poner en obra*, en seguida y muy fielmente las gracias pedidas, la *petición* de los mismos dones *para todos aquellos que los necesitan*, y por último el *don de nosotros mismos*, la oblación de nuestro ser y de toda nuestra vida al Dios bueno de quien esperamos socorro, para pagarlos, á lo menos en pequeña parte, por el poco precio de lo mejor que podemos ofrecer.

Al terminar, es preciso dirigir una mirada sobre los deberes que van á seguir inmediatamente á la *Adoración*; pedir las gracias muy precisas que nos han de ser entonces necesari-

rias; después implorar, por la intercesión de María y del señor San José, la bendición de Nuestro Señor.

Los asuntos de adoración que van á leerse están compuestos solamente de estos diversos actos; si no los hemos especificado ni colocado en una evidencia metódica, es para permitir al piadoso adorador expresarlos por sí mismo según se sienta inspirado, y creemos que si es bueno sostener y reglamentar la oración, es preciso dejar á cada alma la tarea y el consuelo de hacerla.

MANUAL
DE
LA ADORACIÓN.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

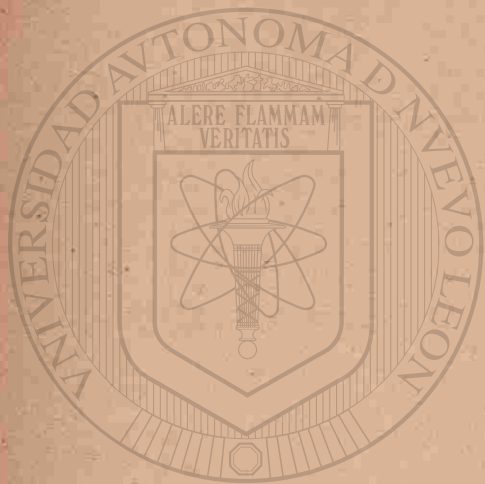
rias; después implorar, por la intercesión de María y del señor San José, la bendición de Nuestro Señor.

Los asuntos de adoración que van á leerse están compuestos solamente de estos diversos actos; si no los hemos especificado ni colocado en una evidencia metódica, es para permitir al piadoso adorador expresarlos por sí mismo según se sienta inspirado, y creemos que si es bueno sostener y reglamentar la oración, es preciso dejar á cada alma la tarea y el consuelo de hacerla.

MANUAL
DE
LA ADORACIÓN.

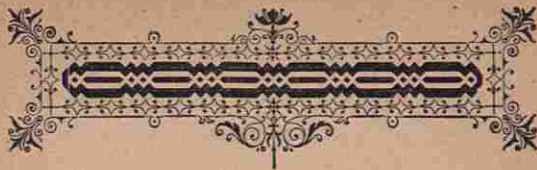
UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



LA INSTITUCIÓN DE LA EUCARISTÍA.

El Hecho.

I. — ADORACIÓN.

ADORAD á Nuestro Señor instituyendo el Sacramento de la Eucaristía en el exceso del más grande amor.

Contempladle en el último día de su vida, en la tarde de su muerte, en su última hora de libertad, sentado en medio de sus apóstoles, entre San Pedro y San Juan. Acaba de humillarse ante ellos hasta el grado de lavarles los pies; los apóstoles están emocionados, conmovidos: ¿qué va á suceder?

Jesús toma el pan, levanta los ojos al cielo, da gracias á su Padre, bendice el pan y lo

parte, diciendo: «Tomad y comed todos. Este es mi cuerpo, que será entregado por vosotros. Haced esto en memoria de mí.»

En seguida toma el cáliz lleno de vino y mezclado con un poco de agua; le bendice, da gracias y dice: «Tomad y bebed. Esta es mi sangre, la sangre de la nueva alianza, que será derramada por muchos en remisión de sus pecados.»

Adorad á Jesús en esos diversos actos; escuchad sus palabras y seguidlas atentamente con el respeto del amor. Ved qué dulce majestad ostenta toda su Persona, qué bondad su mirada, qué acento de ternura sus palabras.

Después, haced un acto de fe formal y detallado á todo este misterio.

Yo adoro, oh Jesús, vuestra veracidad; yo creo que verdaderamente habéis pronunciado aquellas palabras adorables; creo que son ciertas y que producirán eficazmente lo que ellas enuncian.

Yo creo que, á vuestra palabra, el pan se convierte en vuestro propio Cuerpo, y el vino en vuestra propia Sangre.

Creo que toda la sustancia del pan y del vino fué cambiada ó transustanciada en vuestro cuerpo y en vuestra sangre.

Creo que sólo quedaron del pan y del vino las apariencias ó accidentes exteriores, tales como el color, el sabor, el peso y la cantidad, y que sólo en vuestra sustancia quedaron convertidos esos accidentes.

Creo que entonces estabais tan verdaderamente presente bajo las especies consagradas, como en la mesa á la vista de vuestros apóstoles.

Creo que toda vuestra sangre se unió á la sustancia de vuestro cuerpo, bajo la apariencia del pan, y toda vuestra carne á la sustancia de sangre, bajo la apariencia del vino.

Y creo también, oh Jesús, que lo que hicisteis una vez en la cena, lo verifican como Vos, por orden y poder vuestro, los sacerdotes, en virtud de las palabras: «Haced esto en memoria de Mí.»

Creo, pues, que estáis presente en todas las Hostias consagradas, en todos los Tabernáculos del mundo, y os adoro en ellos, os alabo en ellos, os bendigo en ellos, ¡oh Jesús, autor de este Sacramento de amor! Uno mi adoración y mi fe á la de los apóstoles en la cena; os adoro con los ángeles que velan silenciosos y ardientes de amor en torno de vuestros Tabernáculos.

II. — ACCIÓN DE GRACIAS.

« Jesús dió gracias: *gratias egit.* »

Oh Jesús, Vos disteis gracias de que hubiera llegado el momento en que pudisteis dar libre curso á vuestro amor, y dejarle franquear todos los límites que pueden imaginarse.

Disteis gracias á vuestro Padre de que os permitiese entregaros á todos para siempre, sin reservar nada de Vos mismo, ni vuestro ser, ni vuestra gloria, ni vuestros derechos.

Os congratulasteis y expresasteis vuestro reconocimiento como si hubiese sido una ganancia ó un provecho para Vos.

¿Qué ganáis, pues, con daros así personalmente? ¿Qué esperáis sacar para Vos de tal exceso de amor? Las alabanzas y los homenajes ¿compensarán los olvidos y los desprecios, los insultos que habéis sufrido en la larga vida sacramental que comenzasteis en aquella hora?

¿Recibís tanto amor como ingratitud?

¿Creéis que se estimará ese tesoro en todo su valor?

¡Ah! ¡Vos sabéis qué cáliz tan amargo, siempre lleno y desbordante, os prepara este estado sacramental; sabéis muy detalladamente todo

lo que os espera; prevéis todas las circunstancias de la malicia humana; conocéis todos sus dobleces; medís toda su obstinación, y dais gracias porque queréis hacer el bien á muchas almas, á vuestras pobres criaturas: este es vuestro objeto supremo, vuestra alegría, vuestra recompensa, la necesidad siempre ávida y jamás saciada de vuestro corazón!

Y si Vos dais gracias porque podéis daros, ¿cuál deberá ser mi reconocimiento para Vos de quien recibo el don de vuestro infinito amor?

Es por mí y por nosotros todos por quienes instituisteis este Sacramento: *Pro nobis.*

¡Por mí aquella idea, por mí la invención sublime de la Eucaristía!

¡Por mí las maravillas del poder y el cúmulo de milagros que exige su institución!

¡Por mí esos esfuerzos de amor, de paciencia y de perdón, y los sacrificios sin número y sin nombre que cuesta su perpetuidad!

¡Por mí, por mi bien y salvación, por mi fuerza, asistencia y consuelo!

¡Por mí! ¿Y quién soy yo? Nada y pecado, impotencia é ingratitud.

Y Vos, que os dais así, ¿quién sois? ¡Todo ser, toda perfección, todo amor!

¡Oh amor, oh bondad, oh condescendencia, oh tesoros inagotables de las ternuras del corazón de Jesús! ¿qué os daré?

Reconozco, al menos, mis deudas, que no puedo satisfacer; confieso para gloria vuestra que os debo todo, ¡oh Jesús! Os doy gracias y os bendigo por todo.

Y alabaré y cantaré, para siempre jamás, la bendita hora de vuestro Sacramento y de mi Sacramento; fuente que no se agotará, principio siempre activo, foco inextinguible de la vida, de la gracia y de la misericordia de la Iglesia.

Ella produjo la Hostia llena de purísimas delicias de mi primera comunión; de esta cepa bendecida recojo todos los días el fruto fortificante que mantiene mi vida desfalleciente, porque la hora de la institución dura siempre, fija como un sol al firmamento de la Iglesia, y de quien espero el viático de mi día postrero. ¡De Vos, oh Jesús Eucaristía, espero mi Cielo eterno!

Entonces, en aquellos días que no tendrán noche, será cuando os rinda dignamente gracias por la institución de vuestro Sacramento, ya que mi inteligencia esté abierta para comprender las maravillas, y mi corazón abrasado

del amor infinito para amarle bastante. Y aun en el Cielo, ¿será capaz mi reconocimiento de subir á la altura del beneficio de vuestra Eucaristía?.....

III.—REPARACIÓN.

Al instituir la Eucaristía, dijo el Señor: «Este es mi Cuerpo, que será entregado por vosotros; esta es mi Sangre, que será derramada por muchos en remisión de sus pecados.»

Estas palabras demuestran que la Eucaristía es un sacrificio, una inmolación, una muerte por el pecado.

Efectivamente, ¿no es estar muerto y más que muerto, para un hombre vivo, que reducido al estado de una hostia, se constituye en alimento del hombre? Ya no hay brillo en sus ojos, ni majestad en su persona, ni vida en sus labios; sólo reina el silencio, la obscuridad, la inercia y la muerte. ¡Ved si hay alguna diferencia entre un hombre vivo y su cadáver, y entre Jesús vivo, sentado en la mesa con sus apóstoles, y Jesús convertido en el pan que comen temblando.

El estado Eucarístico es, pues, un estado de muerte. Jesús le instituye, se reviste de él para

expiar nuestros pecados. Su sabiduría le muestra que es el único medio de contrabalancear ante el Padre el peso de los crímenes del mundo.

Es necesaria la humillación profunda de Jesús en la hostia para oponerse á nuestro orgullo; su obediencia, contra nuestras continuas contradicciones; su pobreza, contra la ostentación de nuestro lujo; su pureza y su desprendimiento de todo lo creado, contra nuestra sensualidad y las inclinaciones de nuestro corazón.

¡Padre santo, recibid esta hostia por mis pecados! ¡Jesús, yo os pido perdón de todas mis faltas y de la malicia persistente que tengo en renovarlas, cuando Vos aceptáis tan grandes sacrificios para expiarlas! ¡Yo las detesto con Vos, como Vos y tanto como Vos!

Además del estado de muerte que Vos mismo escogisteis, en el momento de la institución de la Eucaristía, ¡cuántas otras muertes llenas de ignominia os imponemos, oh víctima divina!

¡Muerte del aislamiento, muerte del insulto, muerte de la ingratitud, muerte del sacrilegio!

Y Vos las veis dirigirse á Vos, odiosas, depreciativas, amenazadoras, insultantes, en la persona de Judas.

¡Y, sin embargo, instituíis vuestro Sacramento, y aceptáis sufrirlas!

Pero, ¡desgraciados de aquellos que os las infieren! ¡Perdón para ellos, oh Jesús! ¡Perdón para todos los que os abandonan, os desprecian y os insultan! Aceptad en reparación mi fe, mi respeto, mi poco amor.

«Esta es mi Sangre, que será derramada por muchos.» ¿Qué significa ese «muchos», sino que esta Sangre, dada por todos, no ha de servir en realidad á todos, y que habrá algunos endurecidos que se abstraigan obstinadamente á su acción redentora?

¡Ah! ¡Muy bien lo vemos! Esa Sangre se digna correr sin interrupción y brotar de mil fuentes á la vez, para extender por todas partes sus olas saludables, y hay almas que tienen la funesta ciencia de desaprovecharla.

Y pensando en estos pobres extraviados, padecisteis, al instituir la Eucaristía, el más penetrante dolor. Los visteis á todos en Judas; en aquel Judas que fué insensible á todas las muestras de vuestra ternura, que comulgó sacrilegamente, que murió impenitente, á pesar de los avisos, de las prendas sinnúmero de vuestro amor.

Y aquella idea os conmovía tristemente y os

hacia estremecer; os llenaba de profunda turbación. En esto estuvo el tormento supremo de vuestro corazón: en considerar inútil para muchas almas este Sacramento, prueba de un amor inmenso, fruto de innumerables sacrificios, renovación diaria y continuada de vuestra muerte.

¡Oh Jesús, yo participo de vuestro dolor y de vuestras angustias; yo os pido por los obstinados; os suplico que tengáis misericordia de los moribundos que rehusan, en aquella hora, recibir el Viático de su eternidad!

IV.—SÚPLICA.

«Haced esto en memoria de mí.»

Cuando Jesús nos ha dado todo; cuando en el acto sólo de la Cena se hizo á la vez nuestra víctima, nuestro alimento y nuestro compañero: nuestra víctima, para ser inmolado hasta el fin; nuestro alimento, para darse á todos los hombres de todos los siglos, pequeños ó grandes, pecadores ó santos; nuestro compañero, para guiarnos, seguirnos á todas partes y en todas las latitudes, y vivir con nosotros como un padre en medio de sus hijos, y como un amigo con sus amigos; cuando hace este

don que abraza todas las plenitudes, la de su ser divino y humano, la del tiempo y la del espacio, entonces, en cambio, hace á sus apóstoles, y á nosotros en persona de éstos, una humilde y conmovedora súplica: «Acordaos de mí.»

¡Sí, en pago de este amor, que reviste tantas formas magníficas, que es tan liberal, constante y magnánimo, sólo nos pide un recuerdo! ¡No olvidar que Él está allí; acordarnos que está á nuestra disposición; saber que nos espera y nos ofrece sin cesar todos sus bienes, es todo lo que Él desea, todo lo que exige, todo lo que solicita de nosotros! Sólo nos pide, sólo nos suplica que «nos acordemos de Él.»

¡Ah! ¡Quién comprendiera lo que encierran de amor y de ternura estas palabras del Salvador! ¡Con qué armonía, dulzura y poder suenan al oído del corazón! Pobres, débiles, afligidos, tentados, turbados, desfallecidos, ciegos, desnudos, hambrientos, pecadores, á todos vosotros os pido, por vosotros y por mí: «¡Acordaos de mí!»

¡Salvador de mi alma, Jesús-Hostia, yo quiero acordarme de Vos! Me lo propongo desde este momento. Pero ya sabéis lo que valen, lo que pueden, lo que duran mis reso-

luciones si vuestra gracia no las previene y sostiene.

¡Haced, pues, todo! Concededme la gracia de acordarme de Vos y guardadla Vos mismo en mi alma. Dadme que piense en Vos, en vuestro Sacramento, con un recuerdo constante; que no ceda ni á las preocupaciones de mi trabajo, ni á las distracciones de la vanidad, ni á las seducciones del mundo, ni al agobiamiento de mis disgustos. Dadme que me acuerde de vuestra Eucaristía por todas partes; en la soledad de mi morada, en mi familia, en mis relaciones sociales, en todas partes.

Que vuestro divino recuerdo temple y santifique mis alegrías y mis placeres; que dulcifique, sobrenaturalice y haga útiles y fecundos mis sufrimientos y mis lágrimas.

Que os consagre un recuerdo de amor con mi corazón. Que os consagre un recuerdo tal como Vos lo queréis; que me haga fiel á vuestro Sacramento, respetuoso en su presencia, solícito en recibirle; siempre digno de Él.

Que mi vida esté enteramente ordenada, instituída para Vos, dirigida hacia Vos, vivificada por Vos.

¡Oh Eucaristía! Que tu recuerdo sea el sol

de mi vida, la luz de mi espíritu, la pasión de mi corazón, la salvaguardia de mi conciencia, la pureza de mis intenciones, el móvil de mis pasos, el poderoso apoyo de mi oración; en una palabra, mi fe, mi esperanza y mi amor.

¡Que yo viva de tu recuerdo, Sacramento de Jesús!



LA INSTITUCION
DE LA EUCARISTÍA.

La obra maestra de Dios.

I. — ADORACIÓN.

ADORAD el Poder divino de Jesús, desplegando la fuerza de su brazo y acumulando las más admirables maravillas en la institución de la Eucaristía. La Transustanciación es su obra maestra, que contiene y resume todos los prodigios que ha obrado en el transcurso de los siglos.

La Omnipotencia, con una sola palabra, cambia el pan y el vino en el Cuerpo y Sangre de Jesucristo: es obra de una fuerza tan grande como la creación misma, porque hace desapa-

recer, ó mejor dicho, sumerge en la nada toda la sustancia de los dos elementos. Pues bien; para hacer entrar en la nada á un ser, se necesita tanto poder como para sacarlo de ella, y para esto Dios debe vencer la inclinación natural de su bondad, que es de dar el ser más bien que restringirlo.

Después de esto, los accidentes ó las apariencias del pan y del vino quedan en su estado primitivo, con el mismo gusto, la misma apariencia, la misma forma y el mismo aspecto que antes. Esta es otra maravilla, porque estas apariencias no pueden, según las leyes de la naturaleza, existir sin estar sostenidas y sin reposar sobre la sustancia, para la cual son creadas, como sobre su base natural. El Cuerpo de Jesucristo no es su punto de apoyo, pues no tiene ni la forma, ni la blancura, ni el sabor de la Hostia. ¿Quién, pues, sostiene en su soledad, y como suspendidos sobre el abismo de la nada, sin dejarlos caer en él, á estos seres tan frágiles, á los que el cuerpo de Jesús no sostiene? La Omnipotencia.

Jesús tiene treinta y tres años cuando instituye la Eucaristía; es un hombre hecho, de alta estatura, de miembros fuertes y ágiles, de

rostro noble, tal, en fin, como el primer hombre salido de las manos del Criador. Pues bien; de repente este hombre es reducido á un punto, no conservando ni dimensiones, ni talla, ni tamaño, ni cantidad; todo ha desaparecido, sin que los ojos puedan percibir más que el velo del pan, que le cubre como una piedra de sepulcro. ¿Quién, pues, ha podido ejercer esta destructora acción sobre el cuerpo de Jesús? El brazo de la Omnipotencia.

Y en el punto del pan consagrado, imperceptible, indivisible, inaccesible á la vista y á la mano, así como á la inteligencia del hombre, el Cristo continúa vivo, organizado en las proporciones tan bien arregladas de su cuerpo, con todos sus miembros, con su rostro de dulce mirar, con su corazón, cuyas pulsaciones violentas, ó apaciguan nuestro amor ó nuestra frialdad. ¿Quién es, pues, esa mano que juega así entre las maravillas más admirables y más contradictorias en apariencia? La mano de la Omnipotencia.

Y como este adorable juego recrea soberanamente al Amor, la misma Omnipotencia que lo inauguró en la Cena lo continúa á través de los siglos, confiando sus admirables resortes á pobres ministros escogidos entre los hombres;

y he ahí que á cada hora del día, en toda la superficie del globo, millares de sacerdotes repiten y perpetúan esos insondables prodigios, sin esfuerzo, con la acción más simple, pronunciando algunas palabras en voz baja.

¿Quién piensa en esa acción incesante de la Omnipotencia, que transforma la tierra en un campo de innumerables maravillas? ¿Quién piensa en ella para adorar, para bendecir á la Omnipotencia y vivir en el santo temor que deberían inspirarnos su presencia que nos rodea, su acción que se ejerce tan cerca de nosotros, y las maravillas sembradas bajo nuestros pasos, á través de las cuales pasamos sin fijarnos en ellas, de un modo semejante á los monarcas de Oriente, acostumbrados á pisar tapices de oro, cuyo valor equivaldría á la fortuna de una provincia?

¡Omnipotencia de Jesús, yo os adoro! La Eucaristía es vuestra obra por excelencia; sólo Vos pudisteis crearla, y sólo Vos podéis mantenerla: bien sé que cuando el Amor lo desea, todo es posible, y creo en todas las maravillas que reunís en la Eucaristía.

II.—ACCIÓN DE GRACIAS.

Dad gracias á la divina Sabiduría por la parte que toma en la institución de la Eucaristía; estudiad los medios admirables que toma, los recursos variables que despliega, los prodigios de inteligente ternura que verifica para ajustar la Eucaristía á nuestras necesidades, y para hacer de todo la obra maestra de amor, de bondad, de dulzura y de condescendencia, que ella ha sabido hacernos tan familiar.

Teníamos necesidad de que nuestro Dios se hiciese presente á nosotros de una manera al mismo tiempo sensible y espiritual, accesible y oculta: sensible, para que nuestra alma, encerrada en la prisión del cuerpo, no pudiese ver nada sino por la ventana de los sentidos; oculta, para que la fe se ejercitase á través de los velos de lo incomprendible; sensible, para ayudar á nuestra fe; oculta, para templar el esplendor del cuerpo glorioso de Jesús y abatir su majestad.

La Sabiduría inventó la presencia bajo las apariencias sensibles del pan; vemos entonces á nuestro Dios, sabemos dónde está, vamos derechos á Él sin temer, y no le palpamos: la

fe tiene lugar de ejercitarse, al mismo tiempo que el amor, estimulado por el velo discreto que le encubre, anuda con Él las íntimas relaciones de la amistad familiar.

Teníamos necesidad de encontrar en un alimento divino y reparador la vida sobrenatural que perdimos al comer el fruto prohibido y envenenado.

La Sabiduría ha puesto la propia vida de Dios, la vida con que vive en sí misma, en la carne de Jesús, pues la ha envuelto y reducido á un poco de pan, á fin de que podamos recibirla sin la repugnancia que causaría la vista de la carne viva, el estupor que causaría Jesús si viese á nosotros con su grandeza natural.

En fin, era preciso que todos los hombres, teniendo las mismas necesidades, pudiesen disfrutar de la misma felicidad que los Apóstoles en la Cena. La Sabiduría hizo á un tiempo las dos maravillas de la perpetuidad y de la multiplicación de la Eucaristía, y gracias á este medio la Eucaristía se reproduce todos los días, en todos los lugares, y la Mesa se encuentra por todas partes para alimento y consuelo de todos.

Sabiduría eterna, Sabiduría encarnada, Sabiduría que habéis inspirado las armonías de

la Eucaristía, ¡cuán dulce es vuestro espíritu! Para testificarme vuestra ternura, me da el pan celestial, que encierra en sí todos los sabores: ¡Vos le habéis preparado expresamente para mí, y tan bien apropiado á su objeto, que no pudiera encontrar nada más accesible á mi amor, más creíble á mi fe, más conveniente á vuestra majestad y más conforme con mis necesidades! Sed alabada, bendecida, y dénsenos gracias para siempre jamás, ¡oh Sabiduría eternamente amante, eternamente amable! Vos sois la Eucaristía misma, y venís á nosotros en el dulce maná del Sacramento.

III.—REPARACIÓN.

Contemplad á la Divina Misericordia en la parte que ha tomado en la institución de la Eucaristía. En ella ha depositado el perdón, la expiación y la reparación perpetua por los pecados del mundo.

Y el pecado, ¡ah! el pecado sigue cometiéndose después que Jesús murió sobre la Cruz para destruirlo y expiarlo. ¿No era preciso que la muerte de Jesús continuase persiguiéndolo y reparándolo á medida que fuese cometido?

La Misericordia ha hecho que la Eucaristía sea, no sólo un sacramento, sino un sacrificio, y ha puesto en éste todos los méritos, todas las satisfacciones, todas las eficacias del sacrificio de la Cruz. Cada día ella repite en nuestro favor la obra del Calvario: ella inmola á Jesús, ella consume la víctima, y no cesa de tener al mundo empapado en su sangre redentora.

¡Oh Misericordia, cómo os esmeráis en perdonar!

¿No era preciso que todas las almas pudiesen acercarse al Calvario, empapar sus vestiduras en la sangre del Cordero para purificarse, beber en aquella fuente saludable para santificarse, y comer su parte de la víctima para participar plenamente de la virtud del sacrificio de Jesús? ¿No era una necesidad que el pecado fuese perseguido hasta en los retiros profundos del cuerpo y del alma de cada uno, donde se extienden sus raíces? ¿Que la Carne purísima purificase nuestra carne, y que la Sangre inocente apagase los funestos ardores de nuestra sangre corrompida?

Y la Misericordia conserva en la carne resucitada de Jesús todas las virtudes santificantes de la Víctima sacrificada en el Calvario; hace de ella un bálsamo, un colirio, un remedio

soberano, y todos los días nos lo da en la comunión; ella entra en nosotros con la Hostia santa y se dedica á restaurar, á extinguir, á arrancar, á curar: nada de lo que está enfermo y herido, ni el sufrimiento, escapa á su acción, en el alma ni en el cuerpo.

¡Oh Misericordia, cómo os ocupáis en restaurar!

¿No era necesario también que los hombres culpables y obstinados tuviesen sobre ellos, para que rogase por ellos y desviase los rayos de la Justicia, un sacerdote santo, inocente, sin mancha, que no necesitase perdón para El y que pudiese desde luego ofrecer en favor de aquéllos todas sus oraciones y todos sus méritos, y que hiciese oír, noche y día, la voz de su sangre voluntariamente derramada?

Y he ahí que la Misericordia ha colocado á este Sacerdote soberano, á este mediador omnipotente, á este infatigable abogado, á este vigilante centinela en todos los Tabernáculos, en todas las Hostias; y la misma Misericordia le ordena que defienda nuestra causa con instancia, que vigile sin tregua, que dé el toque de alarma, que llame á socorro, que acepte los ultrajes, las humillaciones, las heridas y aun la muerte; que en lugar de desertar de ese

lugar avanzado de la protección, de esa ciudadela de salud que cubre el mundo, le defienda y asegure sus comunicaciones con Dios. Y Jesús se queda cumpliendo su misión. Y el mundo vive, y la paciencia de Dios no se cansa.

¡Oh Misericordia, cómo evitáis castigarnos!

¿Qué tengo yo que hacer, sino unirme á vuestros designios, reparar con la Víctima del altar, pedir perdón para mí y para mis hermanos, con el Sacerdote del Tabernáculo, y santificarme por la recepción cotidiana de esa Hostia tan saludable, oh Misericordia infinita de mi Dios?

IV.—SÚPLICA.

Abrid vuestra alma; dilatadla en la confianza para admirar la parte que toma en la institución de la Eucaristía la Liberalidad divina.

«Señor, dijo el Profeta, Vos abris vuestra mano y colmáis á todos los seres de vuestra bendición.» Esta bendición es el pan bendito y consagrado por Jesús en la Cena, por el Sacerdote en el altar; es la Eucaristía que la Liberalidad de Dios derrama sobre nosotros á

manos llenas. «Tomad, comed, bebed todos.» La Liberalidad de Dios, tan magnífica en todas sus obras, pasa en esto de toda medida. A todos nos dice, todos los días y en todas partes: «Tomad y comed, tomad y bebed; este es mi Cuerpo..... esta es mi Sangre, que os entrego.»

Pero si Dios se nos da á sí mismo, ¿qué no nos dará consigo?

¿Los bienes humanos y divinos? La Eucaristía nos da á la misma Divinidad.

¿Bienes del alma? Ella nos da el Alma de Jesús.

¿Salud, vigor y pureza del cuerpo? Ella nos da el Cuerpo de Jesús.

¿Socorros temporales, pan de cada día, utilidad en el comercio, salario en el trabajo? Ella nos da todos los socorros, todos los bienes, todos los tesoros encerrados en el Corazón de Jesús.

¿Quien da lo más, puede rehusar lo menos?

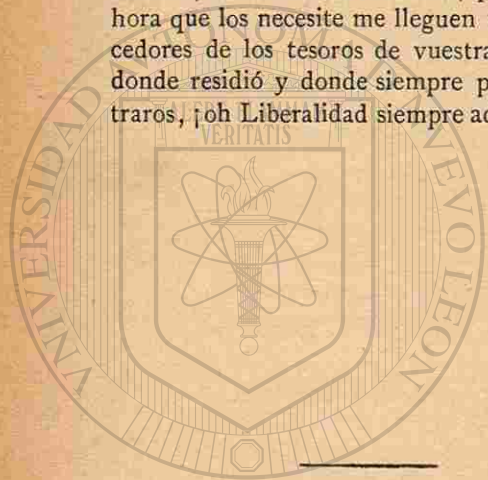
Y esto que la Liberalidad de Dios nos da así, sus bienes, sus gracias, sus tesoros, sus socorros y su Eucaristía, nos los da siempre, sin cansarse y sin rehusarlos ni aun á los que abusan de ellos.

¡Siempre! ¡á todos! y ¿á qué precio? Al

precio de un simple deseo, de una mirada dirigida hacia el Tabernáculo, de una necesidad que se expresa, de una miseria que se confiesa. «Venid, venid todos; venid también los que no tenéis ni oro, ni plata; venid en grupo y comprad sin desembolsar, sin dar ninguna compensación; comprad el pan y el vino que sacian; venid, bebed, comed, embriagaos, carísimos.»

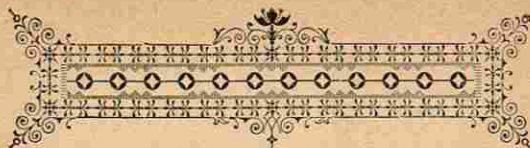
Dulce Liberalidad de mi Dios, que queréis colmarme, hacerme abundar y oprimirme bajo vuestros beneficios, yo confío en Vos, á Vos me dirijo sin temor y sin poner límite á mis deseos, pues mis necesidades no los conocen. ¡Ah! Entre todos los pobres, cuyos ojos están abiertos y dirigidos hacia Vos, esperando todo de vuestra mano, dignaos contarme y dadme á mí también como á los demás mi alimento en la hora favorable. Y este alimento, ¡oh inefable Liberalidad! es la luz, la fuerza, el consuelo, la paciencia, el amor á vuestra voluntad y la humildad; es la salud del cuerpo y del alma para mí y para los míos; es todos los socorros, innumerables é incesantes de que tendré necesidad hoy y mañana y todos los días de mi vida, hasta aquel en que os posea en el cielo. Dádmelos abundantes, prontos y

eficaces; tenédmelos en reserva, para que á la hora que los necesite me lleguen vivos y vencedores de los tesoros de vuestra Eucaristía, donde residió y donde siempre podré encontraros, ¡oh Liberalidad siempre adorable!



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



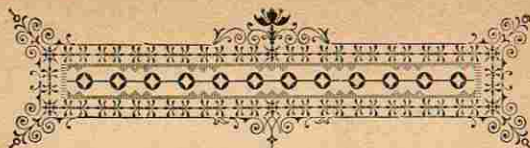
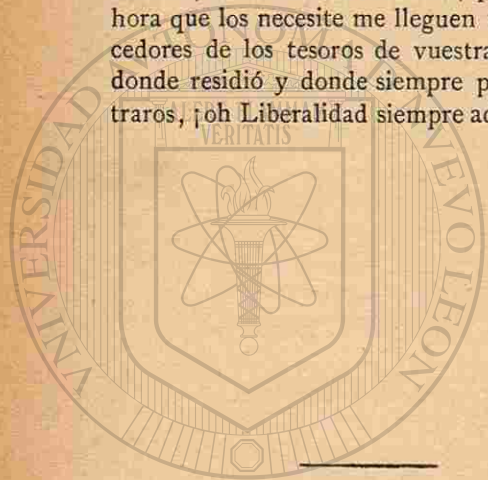
LA INSTITUCIÓN DE LA EUCHARISTÍA

El Sacerdote.

I.—ADORACIÓN.

REUNID todos los sentimientos de respeto, de veneración, de reconocimiento, de amor y de fe que pueden entrar en el acto de adoración, para adorar á Nuestro Señor Jesucristo como lo merece, bajo su nombre sacrosanto y admirable é inefable de Sacerdote. Descorred por la fe el velo de las especies, y en este Santo de los santos en que ejerce hasta el fin la función suprema de su sacerdocio eterno, adorad al Sacerdote por excelencia: «*Tu es sacerdos in æternum.*» Vos sois Sacerdote, Vos sois el único Sacer-

eficaces; tenédmelos en reserva, para que á la hora que los necesite me lleguen vivos y vencedores de los tesoros de vuestra Eucaristía, donde residió y donde siempre podré encontraros, ¡oh Liberalidad siempre adorable!



LA INSTITUCIÓN DE LA EUCARISTÍA

El Sacerdote.

I.—ADORACIÓN.

REUNID todos los sentimientos de respeto, de veneración, de reconocimiento, de amor y de fe que pueden entrar en el acto de adoración, para adorar á Nuestro Señor Jesucristo como lo merece, bajo su nombre sacrosanto y admirable é inefable de Sacerdote. Descorred por la fe el velo de las especies, y en este Santo de los santos en que ejerce hasta el fin la función suprema de su sacerdocio eterno, adorad al Sacerdote por excelencia: «*Tu es sacerdos in æternum.*» Vos sois Sacerdote, Vos sois el único Sacer-

dote eterno, oh Jesús, hijo de Dios hecho hombre. Vos sois Sacerdote como nadie lo ha sido ni lo será, Sacerdote por esencia, Sacerdote por naturaleza, así como por elección, y vuestra elección es vuestra naturaleza misma que os ha constituido Hombre-Dios. Vos sois Sacerdote en toda la plenitud de la forma sacerdotal, en toda la perfección de las cualidades sacerdotales, en toda la extensión posible del poder, de la acción y de las funciones del Sacerdoció: *Tu es sacerdos*. Oh Jesús, nuestro Sacerdote, yo os saludo, os aclamo y me prosterno delante de Vos, os adoro y quisiera fundirme de reconocimiento y anonadarme de respeto ante la verdad profunda é incomprendible, ante las cualidades preeminentes, ante la acción infinita é inefable de vuestro nombre, de vuestra perfección, de vuestras funciones de Sacerdote: *Tu es sacerdos*.

El primer oficio de Cristo como mediador es el sacerdocio, y su primer acto es intervenir entre Dios y los hombres para ser el intermediario auténtico de sus relaciones religiosas, *Sacerdos, quasi sacra dans*, dice Santo Tomás: propio es del sacerdocio comunicar al pueblo los dones sagrados de Dios, la verdad, la gracia, el perdón, la vida sobrenatural, y hacer

subir hasta Dios los dones sagrados de los hombres, sus adoraciones, sus oraciones y sus ofrendas. Tal es el sacerdocio: es el poder dado por Dios á un hombre, escogido por Él, de ofrecerle en nombre de la sociedad humana los homenajes religiosos que le debe, en la forma que á Él le agrada recibirlos, é igualmente el poder de traer á los hombres las palabras, las órdenes y los dones de Dios. El Sacerdote es, pues, á un mismo tiempo, el hombre de Dios, su ministro para con los hombres, el hombre de los hombres, su embajador y su ministro cerca de Dios. El acto esencial del sacerdocio es el sacrificio, cumbre de la Religión desde donde Dios se arroja sobre la sociedad humana, para honrarle con la ofrenda de una víctima que expresa todos sus deberes, y desde donde le concede sus perdones, le envía sus socorros y la asegura de su satisfacción soberana.

Concentremos nuestra atención en la persona de nuestro adorable Sacerdote. Es claro que el Sacerdote necesita un llamamiento de Dios, para que pueda pretender, sin temeridad sacrilega, aproximarse á Él é interceder por sus hermanos. La delegación del pueblo no bastaría: ¿en qué podría ésta comprometer á

Dios? Dios no se compromete sino con aquellos á quienes llama y á éstos los consagra; es decir, que les da todas las cualidades que quiere encontrar en sus Sacerdotes. ¿Cuándo, por qué signo, unción ó sacramento ha sido Jesús consagrado sacerdote de Dios y de la humanidad?

¡Ah! remontaos á la fuente de su vida, penetrad en lo más íntimo de su ser: ¿veis el momento esperado desde la creación del mundo, en que el Espíritu Santo, habiendo formado un cuerpo de la más pura sangre de María, le infundió una alma más bella que todas las almas creadas? En aquel momento, más violento que el relámpago, pero más grande que el momento de la creación misma, la segunda Persona de la Trinidad, el Verbo, atrae á sí á esta humanidad privilegiada y le da la existencia, haciéndose su propia persona; Dios Padre contempla á su Hijo, no ya en su seno solamente invisible y espiritual, sino hecho Hombre, hecho carne, teniendo un cuerpo propio y una alma propia; y á pesar de este nuevo estado, como su Verbo no ha perdido nada atrayendo á sí á esta humanidad, Dios Padre dijo á este Verbo, ya hecho verdadero hombre por su naturaleza humana, y Dios por su naturaleza divina: «*Tu es filius meus, ego hodie*

genui te. Tú eres mi Hijo, oh Verbo encarnado; yo te engendro hoy hecho carne, como te engendré desde la eternidad, espíritu puro, en mi seno. *Tu es filius meus.*» Y al mismo tiempo, dice San Pablo, el Padre añade: «*Tu es sacerdos in æternum.* Tú eres Sacerdote por toda la eternidad.» ¡Al mismo tiempo! Es una misma cosa para Jesucristo ser hecho Verbo encarnado y Sacerdote eterno: el llamamiento de Dios consiste en separar esta humanidad de la masa humana infectada del pecado, y unirla á la Persona del Verbo. Allí, como las olas del óleo santo sobre la cabeza del Sacerdote figurativo, todas las perfecciones, la santidad, la verdad, la justicia, la vida, todos los dones y tesoros del Padre á que el Hijo tiene igual derecho, son derramados en la humanidad de Cristo sin medida y sin reserva. Ella goza de todas las infinitas complacencias del Padre, recibe todos los dones divinos, entrando por su Persona en posesión de la naturaleza divina, fuente de todos los bienes; ella se ha hecho santa, inocente, sin mancha, puesta al abrigo de todo pecado, y no teniendo deuda ninguna delante de Dios. Tal es la consagración de nuestro Sacerdote. Y al mismo tiempo, como es el hombre perfecto por excelencia, el más

noble, más puro y más rico de los hijos de los hombres y por la naturaleza y por la gracia su preferido por todos motivos, encuentra en este hecho el derecho de representarlos á todos delante de Dios, resumir en Él todos sus homenajes, todas sus necesidades, todos sus votos, como un jefe de familia representa á todos sus miembros. He ahí su sacerdocio y su doble delegación: la de Dios, que le consagra y acepta, y la de la humanidad, que le delega y envía. ¡Oh Sacerdocio sublime! ¡Sacerdote perfecto! ¡Consagración superabundante! Jesús, yo os adoro en la plenitud y la perfección de vuestro Sacerdocio. Subid á vuestro altar, «trono eterno de la justicia; Dios, vuestro Dios, aquel que es vuestro Padre, os ha consagrado por la unción del más glorioso sacerdocio, sobre todos los ángeles y todos los hombres, vuestros hermanos: *Thronus tuus Deus..... unxit te Deus, Deus tuus, oleo exultationis præ participibus tuis!*» De Vos descollarán, como de su única fuente creada, todas las gracias sacerdotales, y todos los que sean llamados al envidiable honor del sacerdocio participarán de vuestra incomparable elevación, y deberán mostrarse dignos de Vos, por una santidad que los haga más semejantes á Vos que todos sus hermanos.

II.— ACCIÓN DE GRACIAS.

La consagración sacerdotal de nuestro Sacerdote es tan conmovedora como sublime. Porque por nosotros, en nuestro nombre, para representarnos y para provecho nuestro, se hizo Sacerdote el Unigénito del Padre. Como pecadores y culpables, como deudores é indigentes, somos tan impotentes como indignos de llegar á Dios para glorificarle, apaciguarle y solicitar de nuevo sus beneficios. He aquí al Sacerdote santísimo y omnipotente, que siempre será escuchado, porque su mérito infinito le da derecho para ello: *Exauditus pro sua reverentia*. Mas su eminente santidad, que lo sobrepone á toda la masa culpable, ¿no le hará olvidar ó despreciar á la tierra? No; la bondad divina ha querido que, revistiéndose de todas las cualidades de un Dios, tomase todas las miserias, todas las enfermedades, todas las debilidades de un hombre, excepto el pecado. Y aun del pecado, de nuestros horribles pecados, que son nuestro mal esencial y la causa de nuestros innumerales males, nuestro Sacerdote santísimo (y aun parece ser más misericordioso que santo)

toma la tentación, la responsabilidad y el castigo. Él se carga de todo esto, á fin de tener por siempre piedad, condescendencia, misericordia y amor inagotables para el pecador. ¡Ah! Gustad, saboread estas palabras de San Pablo, dichas en alabanza de nuestro Sacerdote infinitamente bueno: «Por lo mismo que los hijos de los hombres son carne y sangre, Él ha querido nacer en la carne y en la sangre, á fin de destruir en su propia muerte al demonio, príncipe de la muerte, y libertar á aquellos que, por temor á la muerte, pasaban toda su vida en la esclavitud. Él no tomó la naturaleza de los ángeles, sino la de los hijos de Abraham. Quiso también ser semejante en todo á sus hermanos, para ser misericordioso y fiel Sacerdote que ofrezca á Dios el sacrificio de propiciación por los pecados del pueblo. Quiso sufrir ser tentado para hacerse omnipotente en socorrer á los que son tentados. (Heb., capítulo II.)—Vayamos, pues, con confianza hacia el trono de la gracia, á fin de encontrar allí misericordia, gracia y socorros oportunos en todas nuestras necesidades. Porque nosotros no tenemos un Sacerdote incapaz de compadecer á nuestras necesidades: nuestro

»Sacerdote ha sido tentado y probado como nosotros para asemejársenos en todo, salvo en el pecado. (Heb., cap. IV.)—Porque es preciso que todo Sacerdote sea sacado de entre los hombres y establecido para ofrecer á Dios, en nombre de éstos, dones y sacrificios por sus pecados; es preciso que el Sacerdote pueda compadecer á los que ignoran y caen; y por esto Él mismo se sometió á la miseria humana.—(Heb., cap. V.) Así, nuestro Padre Jesús, durante los días de su vida mortal, ofreció á Dios oraciones y súplicas con lágrimas y sollozos: y aunque fuese Hijo de Dios, aprendió, por todo lo que sufrió, la sumisión y la paciencia; y habiendo sido consumado en la muerte, se hizo para todos los que le obedeciesen la causa segura de su salvación eterna.» (Heb., cap. V.) Jesús, nuestro Sacerdote, se vió, como cualquiera de nosotros, tentado, débil, desolado, abandonado y perseguido, á fin de comprender todo por experiencia, y compadecer más misericordiosa y tiernamente á nuestras tentaciones, á nuestras debilidades, á nuestras miserias, á nuestras ignorancias y á nuestras caídas. ¡Oh amante y dulce Jesús caritativo y condescendiente, Sacerdote de compasivo corazón! Que

mi confianza en volver siempre á Vos, sin dudar de vuestro corazón, sea mi eterna acción de gracias.

III.—PROPICIACIÓN.

La vista de la incomparable dignidad de sacerdocio de Jesucristo hace comprender muy bien el crimen que comete el mundo cuando, por exigencia ó violencia, lucha contra los sacerdotes que en la Iglesia continúan visiblemente el sacerdocio de Cristo, y son la personificación real y visible en este mundo del Pontífice eterno. Por baja que sea su cuna, vulgar su espíritu, corta su instrucción, y comunes sus virtudes, desde el momento en que el más humilde de los hijos de los hombres ha sentido correr en su alma de la unción santa, que consagró nuestro soberano Sacerdote, Jesús, quien desde la obra adorable del sacerdocio se difunde hasta á los grados más inferiores de la jerarquía sacerdotal, aquel humilde es Sacerdote, Sacerdote por elección de Dios, Sacerdote por comunicación del sacerdocio de Jesús, Sacerdote por toda la eternidad. Él es la parte de Dios, su propiedad, su ministro; es su instrumento, su órgano, su

boca, para decir sus palabras y su ley, sus perdones y sus condenaciones; su brazo para obrar las maravillas de la vida sobrenatural, crear las realidades del sacramento, aplicar sus bálsamos y distribuir todos los dones de la vida sobrenatural. Él imprime á lo más íntimo de su ser un carácter único é imborrable. El habita en el Santo de los Santos; está sobre todos los pueblos, súbditos y reyes; no pertenece sino á Dios; es el hombre de Dios. Y salvo una apostasía pública, que obligue á la Iglesia á desterrarle de su santuario, tiene derecho á la libertad absoluta de su divino ministerio, á los respetos, á la sumisión, al concurso fiel de todos. Este ha sido el sentir unánime de todos los siglos y de todos los pueblos que no han caído en el delirio de la sinrazón social. ¿Cómo caracterizar entonces los atentados de los poderes públicos contra los derechos, la libertad y la vocación de los clérigos? Este es el más grande de los crímenes sociales, y se comete contra los clérigos de toda jerarquía, desde el niño que es violentamente arrastrado á cambiar contra el escándalo de los campos la paz del Santuario, tan necesario á su vocación naciente, hasta el Soberano Pontífice, cuya libertad está encadenada y su

dignidad ultrajada por las usurpaciones de un poder sacrílego. Reparad también por los juicios temerarios, los cálculos miserables y la inteligencia injuriosa que gufan á un gran número de cristianos en su juicio práctico sobre el sacerdocio; por las oposiciones irracionales, las maniobras desleales, tiránicas y sacrílegas, por las cuales algunos se oponen, hasta entre las familias cristianas, á las vocaciones sacerdotales. Y, por último, si algún astro, cayendo del firmamento de la Iglesia, contrista á las almas por el ruido de su caída y deshonor á la Iglesia por su apostasía, reparad también por oraciones, lágrimas y penitencia este crimen, que fué el de Lucifer en el cielo y el de Judas en el Cenáculo.

IV.—ORACIÓN.

Nuestro Señor decía á sus Apóstoles: «Ved cómo las mieses se extienden y blanquean á lo lejos; pedid, pues, al Amo que envíe obreros á su mies.» *Rogate ergo Dominum messis ut mittat operarios in messem suam.* Que sea nuestra oración ardiente y apremiante al terminar la Adoración. Si el sacerdocio es tan magnífico, tan poderoso y tan benéfico; si es

el medio necesario de su mediación y, por consiguiente, de la Redención del mundo, pidamos para innumerables almas la gracia y el honor de participar al sacerdocio de Jesucristo, de extenderlo, de multiplicarlo según las exigencias de la gloria de Dios, del servicio de la Iglesia y de la santificación de los hombres. Pidamos sacerdotes, más sacerdotes, á Aquel que sólo los discierne, los escoge y los llama. Ayudemos por consejos, entusiasmo y limosnas las vocaciones sacerdotales, tan contrariadas en nuestros días por la debilidad de la fe en las familias y por el espíritu del mal que anima á los poderes contra Cristo y contra su Iglesia.

Sobre todo, no cesemos de pedir para todos los sacerdotes una abundante y nueva efusión del espíritu sacerdotal del Sacerdote por excelencia: la santidad de Jesús; es decir, la separación del mundo y de su espíritu; el afecto cordial y profundo al Dios que está en el Tabernáculo, único á quien deber aspirar; el celo por sus intereses en las almas, y, por último, el amor que no retrocede ante el sufrimiento, para completar en ellos el sacrificio no sangriento que ofrecen cada día, y cooperar así á la Redención del mundo: *Sacerdotes tui induantur justitiam et sancti tui exultent.*



LA INSTITUCIÓN
DE LA EUCHARISTÍA.

El Sacrificio.

I.—ADORACIÓN.

CONTEMPLAD hoy al magnificentísimo y poderoso Sacerdote, cuyas perfecciones habéis reconocido y adorado, no ya en su persona, sino en su oficio sacerdotal por excelencia: la oblación del sacrificio. Pues aunque los sacerdotes tengan diversos oficios que cumplir ante Dios y ante los hombres, el más importante, el que es al mismo tiempo la razón fundamental, el carácter esencial y el punto culminante de su sacerdocio, es ofrecer á Dios el sacrificio público. Este sacrificio, en efecto, no es el homenaje arbitrario de un individuo, de una fa-

milia ó de un grupo. Es el homenaje religioso de la gran familia cristiana esparcida en el mundo entero. Aun más: habiendo sido Cristo consagrado Sacerdote á nombre de toda la humanidad, de la cual es jefe, su sacrificio es la expresión solemne de la religión de toda criatura, en todos los tiempos y en todos los lugares. Ved, pues, al adorable Pontífice vestido, no de un traje de lino deslumbrante de blancura, ni con mitra de oro y cingulo precioso, sino envuelto en el espléndido vestido de la divinidad, en que brillan como bordados preciosos todas las variedades de los dones, de las cualidades, de las virtudes y de los méritos de su santidad creada; vedle subir al altar para ofrecer á Dios el sacrificio que reclaman á la vez su majestad soberana, su liberalidad inagotable y su justicia herida por el pecado; vedle elevarse del seno de la multitud, más grande, más santo que todos, llevando en su alma las obligaciones, las necesidades y los deseos de todos. Él va á satisfacer á la vez á Dios y á los hombres, á unirlos en una amistad que sea igualmente digna de Dios y necesaria á la criatura, pagar la deuda de los hombres é inclinar la bondad de Dios, presentar á Dios los dones sagrados de la humanidad y

atraer á la tierra los dones sagrados de Dios.

Pero no hay sacrificio sin víctima. ¿Dónde está la víctima de este Sacerdote? Ella debe ser digna de su sacerdocio. Como Sacerdote de una dignidad infinita por la elevación de su persona divina, la tierra no podrá encontrar, ni en sus verjeles, ni en los tesoros de sus minas, ni en los seres que la pueblan, una víctima digna de ser puesta en sus manos sacrosantas y asociada á su función divina. ¡Atención! Sí: la tierra ha encontrado, ha dado el fruto: *Terra dedit fructum suum*, y este fruto ha sido aceptado como dignísimo del Sacerdote divino. Pero ¿dónde está? Mirad bien con los ojos de la fe: sólo la luz de lo alto puede hacérsela descubrir. Cristo es una persona divina que posee dos naturalezas, ¿no es esto? Pues bien; esta persona, que es el Verbo de Dios, Dios mismo, toma, se adapta la naturaleza humana, el alma y el cuerpo de Cristo, su humanidad, en una palabra, la separa de la masa corrompida de la humanidad, de manera que las manchas de ésta son ignoradas absolutamente por aquélla; Él la santifica, la adorna de todos los dones, la habilita de todas las potencias, la atrae hasta Él, se une á ella y la penetra de tal manera, que forma una sola cosa con ella. En

esta unión, ella se hace digna de Él: santa de su santidad, fuerte de su fuerza, poderosa de todos sus derechos, agradable á Dios necesaria y plenamente, como su Verbo, su propio Hijo, el objeto de sus eternas complacencias.

Y entonces, cuando la ha escogido, preparado y adornado, la toma con sus manos, la presenta y la ofrece á su Padre: «Padre, Tú no has querido carne de corderos y machos de cabrío, sino que me has dado un cuerpo y me has pedido que satisfaga á tus voluntades: la primera de éstas, conforme á tus derechos, es que la criatura te rinda todos sus deberes, cosa que no podrá hacer sino anonadándose delante de ti (pues sólo Tú mereces ser) y sacrificándose á tu majestad y á tu justicia: heme aquí: *¡Ecce venio!* ¡Toma Tú, en nombre de toda la creación, esta alma y este cuerpo, que valen más que todo lo que ha salido de tus manos; tómalos, pues te pertenecen, que te sean inmolados y que en su inmolación den plena satisfacción á todos tus derechos, y merezcan á la criatura tus perdones y tus beneficios!»

La humanidad de Cristo: tal es la víctima santa, de un precio infinito, soberanamente digna del Sacerdote infinito. La Persona del

Verbo, que tiene todos sus derechos sobre la humanidad, porque es su Criador y su Dios, se apodera de ella, la consagra y la ofrece en holocausto.

El hombre, que se debe á Dios en su doble naturaleza espiritual y corporal, habiendo recibido una y otra de Dios, y habiéndole ofendido en una y en otra; el hombre se verá rescatado por el sacrificio de la naturaleza, á la vez espiritual y corporal de Cristo, y Dios será plenamente satisfecho. *Christus est Sacerdos et Hostia. Ipse enim Dominus hostia omnium sacerdotum est, qui semetipsum pro omnium reconciliatione Patri libans, victima sacerdotii sui, et sacerdos suæ victimæ fuit.* (S. Paulino de Nola.) Comprended la hermosura, la grandeza y la profundidad de este misterio, por el cual el Cristo Sacerdote encuentra en sí mismo su víctima, digna de su sacerdocio, digna de Dios, á quien debe satisfacer, y suficiente á todas las exigencias del rescate de los hombres. Adorad á la santa Víctima con respeto y con amor. Pero contemplad su inmolación: el reconocimiento se unirá á la admiración para que produzca en vosotros el amor que hace á la adoración perfecta.

II.—ACCIÓN DE GRACIAS.

El Verbo hace la ofrenda de su humanidad á su Padre, como víctima de su sacrificio desde el momento de la Encarnación en que la toma en las manos de su poder. Él la tuvo á la vista de su padre, ofrecida, presente, inmolada en su voluntad y en su deseo, durante los treinta y tres años de su vida. Y entonces sonó la hora de inmolarla realmente. Esta inmolación se hizo en dos actos, en dos momentos y bajo dos formas distintas. La inmolación sangrienta del Calvario á la faz del cielo, sobre una colina como en altar elevado, ante todo el pueblo reunido, con gran brillo. Los verdugos no eran más que los instrumentos materiales y exteriores del Sacrificio en que el soberano Sacerdote inmolaba su cuerpo, en los ardores de las llagas y las efusiones de sangre, y su alma en las angustias, los terrores, las humillaciones y los abandonos. El verdadero sacrificador era el Verbo divino, el Cristo mismo, quien quería su inmolación y permitía á los tormentos que le consumiesen poco á poco; pero no había de entregarse á la muerte hasta que lo juzgase oportuno, hasta que fuese

consumado todo lo que tenía que hacer en este mundo, y decía á voz llena: «Nadie puede quitarme la vida; yo la depondré cuando quiera.» Sin esta voluntad del Verbo, que entregaba toda su humanidad, pero quedando siempre dueño de ella hasta el fin, ni los verdugos le hubiesen podido aprehender, ni los tormentos alcanzarle, ni la muerte vencerle. Esta inmolación sangrienta es conocida de los cristianos: jamás se bendecirá ni se comprenderá jamás su amor, sus virtudes y su heroísmo.

Hay otro acto de sacrificio que concurre á la inmolación de la santa Víctima y que ha precedido al acto sangriento del Calvario: es la inmolación que tuvo lugar en la Cena, en la víspera sangrienta de la muerte de Cristo. Sin duda no hubo dos sacrificios extraños el uno al otro, ni dos muertes distintas de la santa Víctima, constituyendo dos distintos sacrificios. San Pablo enseña que «en su único sacrificio, el soberano Sacerdote consumó toda la obra de santificación.» Pero este único sacrificio tuvo dos partes, dos actos: uno en la Cena y otro en el Calvario. El sacrificio de la Cena implicaba el del Calvario; y al mismo tiempo que daba al sacerdocio de Cristo su carácter

distintivo, debía quedar permanente el sacrificio, y siempre renovado, de la nueva alianza. No es, según el orden de Aarón, por el sacrificio sangriento por el que Jesucristo es Sacerdote, sino, según el orden de Melchisedec, por el sacrificio no sangriento del pan y del vino. *Mysterium nostrum*, dice San Jerónimo, *in verbo ordinis significatur, nequaquam per Aarón irrationabilibus victimis immolandis, sed oblato pane et vino, id est corpore et sanguine Domini Jesu*. Luego el sacrificio sangriento del Calvario, necesario para poner fin á la ley de sacrificios sangrientos, acabando su obra de santificación, que sin este complemento hubiera sido totalmente ineficaz, estaba ordenado al sacrificio no sangriento de la Eucaristía, él no debía ser más que momentáneo, pasajero, y terminar, acabar y hacerse permanente en la inmolación espiritual de la Eucaristía.

Asimismo hubo en la Cena verdadera y real inmolación, verdadero y real sacrificio; sacrificio no extraño al del Calvario, sino implicándolo, conteniéndolo, ejecutándolo ya. ¿Acaso no decía el Salvador á sus apóstoles: «He aquí mi cuerpo que es entregado; he aquí mi sangre que es derramada por la remi-

sión de los pecados? *Corpus quod traditur; Sanguis qui effunditur.*» Que es como si dijera: Mi humanidad, que sacrificaré mañana de una manera sangrienta, la sacrifico desde ahora de una manera no sangrienta, reduciéndola á ser vuestro pan, vuestra bebida: Yo la destruyo, la inmoló y la anonado, haciéndola capaz de ser comida y de ser bebida. Y como el sacrificio de una víctima tiene por objeto la expiación del pecado y la satisfacción de Dios, doy gracias á mi padre, elevo los ojos hacia Él, le ofrezco mi vida, la anonado bajo las especies sacramentales por su amor, y esta inmolación sirve para expiar los pecados de todos. ¿No es ser inmolado y morir en verdad aquel que siendo hombre perfecto se convierte en estado de pan, toma el estado de éste y sus condiciones llenas de abatimiento, perdiendo todo lo que constituye el estado y las condiciones de la vida humana? Como el cadáver privado por la muerte de la vida que le animaba no es ya un hombre, sino una cosa, una vil materia, así Cristo, convertido por la inmolación eucarística en el pan y en el vino del sacrificio, no es ya el Hombre Dios, Rey del cielo y de la tierra, sino una cosa que se toma, que se come, que se bebe, y que su-

fre las humillantes condiciones de la materia. Pues bien; este sacrificio, esta inmolación que Cristo cumplió en el Cenáculo, en persona, la cumple también todos los días sobre toda la tierra, del Levante al Occidente, en la persona de sus sacerdotes, quienes no son más que sus formas visibles, sus instrumentos y sus órganos. Es Él quien, diciendo por su boca: «Este es mi cuerpo; esta es mi sangre», se inmoló reconstituyéndose presente bajo las apariencias de pan y vino, tomando la condición de éstos á costa de todas las prerrogativas de su estado humano glorificado. ¡Y esto es todos los días! ¡Por todas partes! ¡Hasta el fin! Sin que la ingratitud, las profanaciones y la inutilidad de su inmolación para un gran número, puedan hacerle renunciar á sacrificarse con tanto amor como cuando, «habiendo amado á los hombres, resolvió amarlos hasta el fin», y les entregó su santa humanidad, su cuerpo, su sangre, su alma y su divinidad en sacrificio y en alimento. ¿Qué acciones de gracias serán bastante extensas, bastante ardientes, bastante humildes y bastante perseverantes para responder á la verdad y á la perpetuidad de este Sacrificio de nuestro tan amoroso Padre?

III.—PROPICIACIÓN.

Teniendo por objeto todo sacrificio reconocer de hecho y de derecho el ser soberano de Dios y todas sus perfecciones, infinitas como su ser, debe confesar al mismo tiempo, y por una correlación necesaria, la nada de la criatura, la nada de su ser y de todas sus cualidades: esta doble confesión supone un abatimiento claro y voluntario de la criatura ante su Criador, una especie de libre despojo de sí misma y de entrega de todo lo que es, en manos y á disposición de Aquel que es su principio y su fin. Este justo anonadamiento de lo que no es más que nada por origen y por naturaleza, se expresa en las criaturas puramente espirituales por un homenaje espiritual; mas el hombre, que es á la vez espíritu y cuerpo, debe traducir su religión interior por un signo exterior y material. Hay más; habiendo el pecado merecido el castigo de la muerte, precedida de sufrimientos y rodeada de humillación, el sacrificio que tuviera por fin arrancar al hombre esta condenación, apaciguando la divina Justicia, debería después cumplirse por una muerte sangrienta, por una destrucción

humillante, por una muerte violenta, sufrida como un castigo, llevando consigo los sufrimientos, los gritos y las resistencias naturales de la víctima, la efusión horrible de su sangre y, por último, su destrucción y su consunción. Así el hombre confiesa su culpabilidad, acepta su castigo y lo sufre en la víctima que lo representa; y Dios, habiendo recibido satisfacción, olvida el pecado y concede el perdón.

El sacrificio por excelencia debía cumplir esta ley en su perfección. El adorable Sacerdote entregó su humanidad, que cargaba el peso de todos los pecados de los hombres, á todas las causas que podían destruir, consumir y anonadar la vida: interiormente, los bienes del alma, del espíritu y del corazón, la alegría, la paz, la tranquilidad, el afecto, la amistad, la estimación y la reputación le fueron cortadas, arrancadas unas tras otras; los ultrajes sobre las calumnias, los abandonos sobre las traiciones; las condenaciones sobre las acusaciones, los terrores, las angustias, la tristeza mortal y desfalleciente, herían su alma, la devastaban, «*la hacían fundir y agotarse*», no dejándole nada sano. Y exteriormente, el cuerpo de la santa Víctima había sido herido de tantos golpes, atravesado con tantos dardos,

que de pies á cabeza no era ya más que una inmensa y profunda llaga sangrienta, odiosa á la vista, mezclada de lodo, que desfiguraba á Cristo á tal punto, que no tenía ya apariencia alguna de ser humano.

He ahí la muerte sangrienta, humillante é ignominiosa, merecida por el pecado, y que el Divino Sacerdote debía imponer á su Víctima para que su sacrificio expiase la falta del hombre y pagase su deuda: *Vulneratus est propter iniquitates nostras.*

Esta destrucción ignominiosa de la víctima, testimonio de la aceptación del castigo merecido por el pecado, se encuentra necesariamente en el sacrificio eucarístico, porque forma una sola cosa con el sacrificio del Calvario; pero con las diferencias que distinguen el sacrificio no sangriento según el orden de Melchisedec, del sacrificio sangriento de los hijos de Aarón. No hay ya heridas en la carne, ni efusión visible de sangre, ni muerte por la separación violenta del alma del cuerpo. Mas, sin embargo, ved cómo la Víctima es destruída, consumida, anonadada: en el Calvario fué herida, aquí es destruída: *Attritus est propter scelera nostra!* Ser destruído, es perder la forma, la extensión, la organización: el grano de

trigo es destruído y se convierte en harina, un polvo sin consistencia compuesto de moléculas casi imperceptibles; es el ser en su más ínfima esencia, casi sin forma, casi sin extensión, casi sin cantidad, sin acción aparente, sin lugar bien determinado. Polvo y nada son dos términos tan semejantes, que á menudo se toma el uno por el otro.

Pues bien, considerad la acción y el resultado del sacrificio eucarístico. ¡Vedle en la Cena, vedle en el altar! El hombre perfecto en la fuerza de sus treinta y tres años, en la hermosura viril de sus facciones, en el pleno uso de sus sentidos, de sus miembros, de su palabra, de sus movimientos, de su libertad, ¿en qué se convierte al estar en las manos del mismo Cristo que consagra? En un poco de pan, cuyas migajas todas y cada una, que caen cuando el Salvador le rompe para darle á los doce, le contiene todo entero. ¿Dónde están, pues, su cuerpo, sus miembros, su forma, su vida humana? Todo ha sido comprimido, destruído, reducido á una migaja imperceptible. Cristo está personalmente todo entero, todo vivo, en este polvo, en esta nada; ¿no es esto el colmo del abatimiento, de la depresión y un verdadero anonadamiento? Pero

¿qué es lo que puede pesar bastante sobre el Hijo de Dios para reducirle á esta impotencia, á esta debilidad, á esta degradación, á esta muerte? El pecado, el peso, la vergüenza, la responsabilidad, el castigo y la expiación del pecado. «Tú eres polvo y en polvo te has de convertir», había dicho el Criador temblando de ira al hombre rebelde. Y el Hijo de Dios hecho hombre, tomando y apropiándose este castigo, se hace polvo, y aparece humillado á la vista del Juez soberano en este estado que implora por los culpables.

La inmolación eucarística que ejerció en la Cena sobre la humanidad mortal de la santa Víctima, se ejerce ahora sobre su humanidad glorificada. Esto es un grado más en el anonadamiento. El divino Sacerdote hace pesar, no solamente sobre la vida y la forma humana, sino también sobre la vida y la forma gloriosa de su divinidad, la acción sacrificadora que la reduce y la destruye hasta hacerla la Hostia frágil de nuestros altares. ¿Qué poder incomprensible y admirable hay como el del sacrificio eucarístico, que es capaz de traer, de comprimir, de encerrar en el polvo de nuestras Hostias la humanidad glorificada de aquel que impera en lo más alto de los cielos, en la

posesión más abundante de la más poderosa y bella de las vidas posibles? Tomad una partícula consagrada, escapada á la piadosa solicitud que pone el Sacerdote en recoger este polvo divino y que queda olvidada sobre el altar: ¿dónde está la forma exquisita, dónde la hermosura, dónde la gloria, dónde el esplendor del que contempláis en el sueño de vuestras esperanzas en la cumbre de la mansión gloriosa, digna de fijar vuestras miradas, de extasiar vuestro corazón y de sumergiros por toda la eternidad en una admiración que será vuestra beatitud? Escrutad, analizad, interrogad. ¡No hallaréis en ella nada de hombre y mucho menos del Cristo glorioso! Sólo hallaréis la obscuridad, la fragilidad, la vulgaridad del grano de polvo, el átomo y casi la nada; y en todo caso, casi la nada de las prerrogativas, de las manifestaciones y de las operaciones de la vida humana.

Después, á esta partícula que contiene al Rey triunfante, al Cristo que ha conquistado las naciones y que tiene el riguroso derecho actual é inmediato de ser honrado, glorificado, exaltado por toda la tierra, ponédla en el Tabernáculo; aunque la olviden, aunque la abandonen en la pobreza, la miseria, la soledad y

el desprecio; aunque no vea pasar á lo lejos más que á los indiferentes y que los que se acercan sean enemigos secretos ó enemigos públicos; aunque la toquen con mano sacrílega ó la profanen pisoteándola ó arrojándola en la cloaca de una alma contaminada, cuyo jefe reconocido y rey obedecido es Satanás, la Víctima Eucarística sufrirá todas estas privaciones, todas estas degradaciones, todas estas ignominias que acaban de inmolarla, de hacerla descender hasta lo que no es; al polvo y á la nada: *Attritus est propter scelera nostra!*

¡Oh, qué bruscamente pasa el pecado sobre la Víctima perpetuamente anonadada del Tabernáculo! Para expiarlo es por lo que abraza y acepta todos estos abatimientos que la inmolan tan profundamente. Pero ¡cuánto aumenta su humillación y dolor cuando, desde el fondo del abismo en que su amor le ha arrojado y la mantiene por nuestra salud, nos ve recaer en el pecado, y perseverar sin temor en el mal camino, haciendo inútiles sus inmensos sacrificios! Nosotros la crucificamos, la despedazamos de nuevo, la destruimos más ignominiosamente: *Vulnus super vulnus addiderunt*; todos los pesos de sus anonadamientos recaen brutal-

mente sobre ella; y parece que desde el fondo del Tabernáculo se desprende esta dolorosa queja: «Oh pueblo mío, pueblo mío, ¿qué he podido hacer por ti que no haya hecho?» Y su corazón desolado, más destrozado que todos los demás porque es el foco del amor desconocido, parece experimentar aún los mortales sufrimientos de la agonía: «¿Será posible que haya sacrificado mi corazón á tal grado, en vano, sin resultado y fruto? *Ergo sine causa justificavi cor meum?.....*»

IV.—SÚPLICA.

La Víctima del sacrificio es ofrecida á Dios por cuatro razones: 1.^a, para adorar á su ser soberano; 2.^a, para apaciguar su justicia, 3.^a, para reconocer sus beneficios pasados; y 4.^a, para impetrar otros nuevos. Este cuádruple objeto del sacrificio está proporcionado á la medida de las cualidades personales del sacerdote que le ofrece y al precio de la Víctima inmolada. En el Sacrificio Eucarístico el Sacerdote es infinito en dignidad y en mérito; sus deseos, sus oraciones, su acción personal, todo es infinito. Lo mismo la Víctima: penetrada por la Divi-

nidad, sus sufrimientos y sus humillaciones, la más ligera gota de su sangre y la más corta de sus genuflexiones tienen un valor infinito, siendo los frutos de este árbol y los efectos de esta causa que son Dios mismo. ¿Cómo será si este Sacerdote Dios inmola esta Víctima divina al impulso de un amor infinito hacia su Padre y hacia los hombres? ¿Cómo será si la inmola por la acción sacrificadora más inmensa, más extensa, más dolorosa, más anonadadora? ¿Cómo será, en fin, si perpetúa esta inmolación á través de los siglos, y la renueva á cada instante, no en un lugar, sino en millares de lugares? La fe nos lo enseña. Nuestra religión hacia Dios, como indigentes é indignos, debe apoyarse fielmente sobre el Sacrificio de Jesucristo: ella vale exactamente en la medida en que se identifica con la de este Sacerdote y la de esta Víctima igualmente adorables. Es nuestro derecho y deber tomar parte en este sacrificio, unir nuestras oraciones á las de este Sacerdote y ofrecer por nosotros y por los nuestros esta Víctima que bastaría para el rescate de millares de mundos.—Quizá no se piense bastante en el honor y en la prerrogativa del bautismo que da á todo cristiano una participación al sacerdocio de Jesucristo, menos extensa sin duda

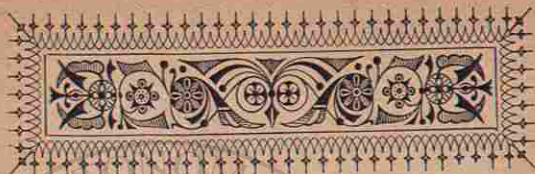
que la que confiere el sacramento del Orden, pero real y cierta sin embargo.

Este sacerdocio inicial nos confiere en cierto modo el poder de sacrificar, y nos da un derecho correspondiente sobre la santa Víctima. Si bien lo supiésemos, nos haríamos más dignos de ese reflejo de la dignidad sacerdotal de Cristo que radia en nosotros; tendríamos mayor confianza en apoyar nuestra religión, nuestras satisfacciones, y sobre todo nuestras oraciones sobre la Víctima de suave olor, cuyo sacrificio es siempre aceptable. Oráramos más «por Jesucristo, con El y en El», nos acercáramos con más frecuencia, «con una fe más llena», al altar en que se inmola la santa Víctima. Nosotros haríamos valer su precio infinito, su valor intrínseco, representando á Dios su naturaleza y dignidad, las perfecciones de su persona y las virtudes de su alma, la realidad de su inmolación y la profundidad de su anonadamiento; se la presentaríamos extendida y sacrificada actualmente sobre todos los altares de la tierra, sufriendo cada día nuevas y más atroces ignominias, que añaden á su sacrificio radical no sé qué aumento y qué superabundancia; recordáramos á Dios los compromisos que ha contraído para con ella, de escucharle siempre y

de darle todas las naciones.—Este comercio habitual con la santa Víctima nos penetraría poco á poco, pero cada día más, de sus disposiciones; nos uniría á su oración, nos haría entrar, por la mortificación y la humillación amorosamente abrasadas, en su inmolación: víctimas con la Hostia, nos mantendríamos con ella en el altar del sacrificio, aceptando todo sufrimiento, toda humillación y toda pena, como el cumplimiento de nuestro sacrificio y la ejecución parcial de nuestra inmolación: esto sería la religión perfecta, la verdadera vida cristiana, la santidad.—Y asimismo, á la hora en que el sacrificio se consumara por nuestra muerte, nuestra alma, desprendida de toda cosa, libre de toda deuda, subiría derecha al cielo, como la nube perfumada que se eleva de los carbones sagrados en que el incienso es consumido.

Pídamos para nosotros, pidamos para todos los que amamos, y para aquellos cuyo bien verdadero deseamos, y sobre todo por nuestros sacerdotes, una abundante participación al sacrificio de la santa Víctima, á su espíritu y á sus frutos. Recordemos que, cuando comulgamos, comemos una carne crucificada, una alma sumergida en una tristeza mortal, una víctima

sacrificada en el acto mismo de su inmolación, en el estado de su anonadamiento, y que todo esto nos obligue á hacer de nuestra vida una muerte, para que nuestra muerte en la última noche nos dé una vida sin fin!



LA EUCARISTÍA.

Memorial de la Pasión.

I.—ADORACIÓN.

ADORAD á Nuestro Señor diciendo en la Cena: «Este es mi cuerpo, que es entregado: *Corpus quod traditur*; mi sangre, que es derramada: *Sanguis qui effunditur*. Haced esto en memoria de mí: *Hoc in mei memoriam facite*. Siempre que consagrareis y comiereis mi carne y mi sangre, anunciareis mi muerte: *Quotiescumque..... mortem Domini annuntiabitís.*»

Adorad á Jesús instituyendo su Eucaristía la víspera de su muerte, y haciendo confundir en una sola relación, por los evangelistas, el

hecho de su Pasión con el de la Eucaristía: *Prius quam pateretur*.

Evidentemente Nuestro Señor creó entre la Eucaristía y la Pasión lazos estrechos indisolubles; y como la Eucaristía es para perpetuarse aquí abajo, se perpetuará en su íntima alianza con la Pasión y la Muerte del Salvador. Ella será su memorial auténtico, perfecto y perpetuo. Este título de memorial, que el Salvador le da aquí, *in mei memoriam*, la Iglesia lo consagrará. Este será de institución divina y expresará uno de los fines esenciales y sacramentales de la Eucaristía: *Deus qui nobis sub sacramento mirabili Passionis tue memoriam reliquisti*.

¡Adorad este designio del Salvador; creed esta verdad, y desde que estéis en presencia de la Eucaristía, ved como aparece el Jesús paciente y moribundo! Bajo pena de no responder á la intención del Augusto Institutor de los Sacramentos, el solo nombre de la Eucaristía debe expresar Pasión y muerte, así como el mismo Sacramento debe contener la virtud, la obra, la sustancia de la Pasión y de la muerte: ¡*Mortem Domini annuntiabitís!*

Supuesto este acto de fe, veamos con qué excelencia, con qué superabundancia, con qué

rigurosa exactitud une la Eucaristía al Cristo resucitado que encierra y al Cristo moribundo y muerto.

Ved en qué estado le constituye el acto consagrador en el momento del sacrificio: este es el estado de su muerte.

La muerte del Salvador consistió en que su alma, dejando su cuerpo acribillado de llagas, desfigurado, no teniendo ya nada de humano, le abandonó inerte y sin vida. ¿Qué es, pues, la Hostia sobre el altar? Es el Cristo vivo, sin duda; pero á causa del estado de pan y vino que toma, las especies sacramentales le privan de toda apariencia de vida, de todo movimiento, de toda acción, de toda libertad, entregándole á los elementos, á la voluntad del hombre, como un cadáver, y menos todavía, puesto que no conserva los rasgos que recuerdan al hombre en el despojo humano.

La comunión acentúa la significación de la muerte, pues nos le entrega como un alimento. Uno no se alimenta más que de cosas que han perdido su ser natural, ó que han pasado por la muerte, si se trata de alimentos que han tenido vida.—En seguida viene á perderse en nosotros este ser sacramental tan frágil y que tan poco vive, pero que le daba al menos una

existencia independiente, un ser á él. ¡Él se pierde y se funde en nosotros: este es un paso de más que da hacia la muerte.

Siendo su presencia en el Tabernáculo de día y de noche la continuación del estado de pan tomado en el sacrificio, no hace más que perpetuar su estado de muerte. Y esto no es sólo por tres días como en el sepulcro, sino por todos los siglos. Tomadas estas significaciones que se confirman la una á la otra, todas estas afirmaciones redobladas deben, pues, conducirnos á ver inmediatamente en la Eucaristía la Pasión y la muerte del Salvador. ¡He allí al Salvador traicionado por Judas, condenado por Pilatos; flagelado y coronado de espinas por los soldados; clavado sobre la Cruz por los verdugos, y muerto en el abandono de su Padre: hele allí! ¡Es Él y no otro!

Sois Vos mismo: ¡oh Jesús! la fe me lo dice; mi corazón me lo hace sentir; yo no puedo estar un minuto en vuestra presencia y preguntarme quién sois, sin que al momento el estado en que os veo me diga que sois el Hombre del dolor, el Divino Crucificado.

No es un relato quien me lo enseña, ni una imagen quien me lo recuerda, sino Vos en persona, que estáis allí, y esa inercia, ese silen-

cio, esa forma de cosa y no de ser humano, que continúa en la única manera posible vuestra muerte aquí abajo.

Y sois Vos quien, presente bajo estas señales de muerte, obrando espiritualmente sobre mi alma, mientras que todo lo exterior obra sobre mis sentidos, me decís, me gritáis de manera que no pueda dejar de oírlo: ¡Yo soy el Crucificado! ¡Yo soy el agonizante del Jardín de los Olivos! ¡Yo soy el acusado sin defensa; el condenado sin pruebas, el flagelado. Yo soy quien tuvo sed, quien fué flagelado, traicionado, abandonado, insultado, burlado, golpeado; soy Yo y no otro! ¿Dónde buscas á Aquel que ha muerto por ti, oh alma que no puedes vivir más que al precio de esta muerte? Heme aquí. No me busques en otra parte más que en el Sacramento; en ninguna parte estoy en realidad más que aquí; y todos los signos de mi Sacramento son para hacerte conocer á tu Salvador paciente y moribundo. ¿No me conoces? ¿Qué necesito hacer para ser reconocido por ti? ¿Es á mi imagen ó á mi mismo á quien buscas? ¿La prefieres á la realidad de mi persona? Entonces, ¿dónde está tu fe? La imagen de mi muerte no me cuesta nada, y es insensible; pero para continuarte el recuerdo

de mi muerte en esta realidad de mi presencia, yo he debido afrontar y soporto aún inmensos sacrificios, de los que cada uno vale una muerte.

¡Oh Jesús oculto bajo la Hostia! os reconozco por el Hombre de dolor, por el Crucificado, por mi Víctima, muerta sobre el Calvario, con María, con la Verónica y las piadosas mujeres que os siguieron llorando, con San Juan y el Buen Ladrón, os adoro sobre el Calvario del altar, monte de vuestro Sacrificio y de vuestra muerte, tan real y verdaderamente como el Calvario de Jerusalén. Yo os hago honroso desagravio por haberos desconocido tantas veces. De hoy en adelante yo sabré encontraros en vuestra Eucaristía y ver en ella vuestra Pasión y vuestra muerte, con todo el amor de la una y de la otra.

II.—ACCIÓN DE GRACIAS.

Bendito seáis, oh Jesús, que habéis instituido de vuestra Pasión un memorial tan completo y vivo, tan eficaz y poderoso, tan dulce y tan conmovedor, tan sabiamente conforme á vuestros designios como á mis necesidades.

Vuestra Pasión es mi vida por el tiempo y

la eternidad. Fuera de la fe á vuestra muerte y de la participación á vuestra sangre, no hay salvación eterna para mí, ni perdón aquí abajo, ni esperanza, ni fuerza, ni virtud, ni consuelo: todo lo encontramos en vuestra muerte, que sola nos ha dado todo lo que el pecado nos había hecho perder.

Tengo necesidad de vuestra Pasión; es preciso que yo participe abundantemente de ella, y que á ella pueda recurrir fácilmente con toda confianza y á todo instante.

Vos sabéis todas estas cosas, oh Maestro, pues con vuestro poder soberano las habéis arreglado así. Asimismo para hacerla venir hasta mí habéis instituido millares de canales: la oración, el Evangelio, los Sacramentos, vuestro recuerdo, las santas imágenes; y por todos estos medios recibo gracias, efectos maravillosos, instancias, lecciones, algo, en fin, de vuestra pasión.

¡Mas esto no bastaba! Así como queríais extender y perpetuar en persona vuestra venida á la tierra por la Encarnación, permaneciendo realmente siempre presente en el Sacramento, así habéis querido extender á todos los hombres, perpetuar en todos los siglos vuestra Redención, continuando en persona vuestra Pa-

sión y vuestra Muerte, en el estado de muerte de este mismo Sacramento.

¡Y Vos habéis sido sabio y bueno, previsor y condescendiente por nuestra miseria en esta institución! Porque ni el Crucifijo, ni el Evangelio, ni los otros medios hubieran podido guardar entre los hombres bastante vivo el recuerdo de vuestra Pasión. Era preciso que continuárais Vos mismo muriendo todos los días ante nuestros ojos.—Y á pesar de los sacrificios de tal condición, á pesar de las ignominias que os debían rodear, os habéis sacrificado, habéis quedado sobre vuestra Cruz y estaréis en ella hasta el fin, repitiendo al mundo sin interrupción que habéis muerto por su amor y por su salvación. ¡Oh superabundancia de las condescendencias divinas! ¡Benedita seáis!

Yo conoceré de hoy en adelante á mi Salvador muerto por mí; yo gustaré la suavidad del amor que corre con su sangre de su cuerpo desgarrado como el jugo de la uva hollada en el lagar; acercaré mis labios sedientos á la fuente viva que brota de su corazón traspasado. Esta Hostia ha sufrido, ha sido condenada y entregada á la muerte, y ella me amaba ya entonces, y me ama con el mismo amor

que me tuvo sobre la Cruz; porque es la misma muerte la que continúa padeciendo por mí, aunque bajo otra apariencia. ¿De dónde puede venir la identidad de la muerte, afrontada y sufrida, si no es de la identidad del amor?

Sin la Eucaristía, la Pasión no me dice nada que sea bastante vivo, ni bastante amante sobre todo; no me presenta la plenitud de la redención y de sus frutos, ni sus dulzuras, ni su amor.

Pero vuestra Hostia, oh Cristo, es el retrato vivo, completo, dramático, exacto, patente y sublime de vuestra Pasión. Vuestra Hostia es mi cruz cargada de su adorable Víctima; es mi Crucifijo que me guarda y presenta, doquiera y siempre, al Redentor de mis pecados para que lllore á sus pies.

Y si la presencia real me muestra tan vivamente al Crucificado, la Misa, renovando su muerte, completa de nuevo toda justicia y toda salud: Dios es tan adorado, satisfecho y suplicado, como el hombre purificado, salvado, rescatado á cada misa tanto como en el Calvario: es el mismo fin, las mismas obras, los mismos frutos, el mismo valor, porque es el mismo Sacerdote y la misma Víctima inmolándose siempre verdaderamente á Dios y á los hombres.

Y la comunión me trae al Crucificado, me une corporalmente á Él, en una identidad profunda; Él está en mí, yo estoy en Él y puedo decir entonces con toda verdad, como San Pablo: *Christo confixus sum Cruci*. Yo estoy unido entonces, identificado, no á la cruz desnuda, sino al que muere sobre la cruz. Al venir á mí, aplica á mi alma, á mi espíritu, á mi corazón, á mi voluntad, á cada uno de mis miembros y de mis sentidos, las virtudes que ha practicado, los méritos que ha adquirido, la eficacia santificante conquistada por cada una de sus potencias durante su Pasión. Cada comunión es para hacerme morir y sepultarme con Jesús Crucificado: dichoso sepulcro, de donde saldré con Él el día de mi gloria, cuando ya esté allí rehecho por Él según sus eternos designios. ¡Oh, qué obra! El obrero la hace en persona; obra en nosotros su propia muerte, sin cuya reproducción no podemos ser salvos, porque sólo resucitarán los que hayan muerto con él.

¡Vos sois bueno, demasiado bueno, os diré una vez más, oh dulce Cordero inmolado todos los días!

Y como, aunque vuestra muerte nos sea necesaria, no podéis morir realmente, atento á

que esto es contrario á vuestro estado de resurrección; como, por otra parte, sería sobre la tierra un espectáculo horrible que un hombre fuese puesto á muerte sangrienta en todos los lugares del globo, ponéis colmo á vuestra bondad muriendo con una muerte que os deja sin embargo vivir en Vos mismo, y cambiando el acto que os inmola y que era un crimen en el Calvario, en un acto muy santo, muy meritorio y muy dulce para el que lo verifica. En lugar de un verdugo, es un Sacerdote que os adora y os ama, que inmolóndoos se santifica; y nosotros podemos ver efectuarse toda vuestra Pasión ante nuestros ojos, sin experimentar ningún terror de sangre vertida, sin oír ninguna queja de la santa Víctima. ¡Dios mío, bendito seáis también en vuestra sabiduría y en vuestra bondad!

III.—REPARACIÓN.

Jesús, en virtud del estado glorioso que tiene desde su resurrección, está regularmente exento de todo sufrimiento de cuerpo y de alma y no puede morir más. Esto es de fe.

Por lo tanto, la Eucaristía es el Memorial de su muerte. Esto es también de fe. ¿Es ésta

un simple memorial material, un signo desnudo é insensible como una inscripción ó un monumento que recuerda la muerte de un ser amado?

No, en verdad. Muchos, ¡ah! muchos lo creen así, y por esto no comprenden lo que hay de más dulce y santificante en la Eucaristía; ellos ignoran asimismo la forma de la devoción y del amor más capaz de agradar al Dios del Sacramento: la compasión, el amor de condolencia, la simpatía dolorosa y afficta por los males del amigo. ¡Perdonadme, divina Víctima, de haberos desconocido hasta hoy en vuestra inmolación eucarística, y de haber permanecido insensible hasta este momento á la Pasión nueva y á la muerte que sufrís desde la Cena y sufrireis hasta el fin sobre el altar!

La Eucaristía no sólo es un recuerdo, sino que es la continuación de la Pasión de Jesús; la continuación real, auténtica, completa, aunque bajo otra forma y en condiciones diferentes de su Pasión y de su muerte.

No pudiendo, pues, sufrir del mismo modo que en su vida mortal, y queriendo continuar su Pasión y su muerte por una pasión y una muerte real, aunque de nuevo género, ¡ved con qué profunda realidad y patente heroísmo lo

hace! Constituyéndose en las condiciones de pan y vino que toma para hacerse Sacramento, y aceptando las consecuencias verdaderamente humillantes y dolorosas para su corazón á que le expone este estado de cosa inerte, vulgar, sin acción y sin vida.

Desde luego la Eucaristía permite echar mano directamente de Él para ultrajarle; sólo de este modo se consigue atraparle: las especies son las cadenas que le entregan á discreción de sus enemigos. No se diga que sólo se echa mano á los signos sin alcanzar á la realidad viva que envuelven. Los verdugos que despojaban al Salvador, los que maltrataban su rostro ó herían su cuerpo, ¿no alcanzaban á su corazón para afligirlo, á su alma para llenarla de dolor, á su divinidad para ultrajarla? ¿Son las especies sacramentales menos que el vestido del Cristo Eucarístico? Son mucho más que esto; son un elemento del Cristo Sacramental: pues la Eucaristía se compone de dos elementos inseparables: la sustancia de Jesús y los signos del pan. Por esto es que en la Hostia entera adoramos con un solo culto de adoración divina al Cristo y á las especies que le contienen.

Idéntica cosa sucede cuando se le ultraja:

alcanzarán á Cristo los desprecios y los ultrajes que se dirijan al Sacramento. Ved, pues, á qué punto es entregado el Cristo en su estado sacramental. A los elementos naturales que descomponen la Hostia; á los animales que pueden hacerlo su presa, pisotearle y consumirle; á los sacrilegos y á los profanadores: ¿qué resistencia puede oponer á todas estas violencias?

¿Acaso no sufre el Salvador el ultraje de las negaciones, de los insultos, de las blasfemias, del desprecio público como en su Pasión?

¿No es, acaso, traicionado por los suyos, renegado por muchos, abandonado por todos en muchas ocasiones?

¿No es, acaso, arrojado por tierra en las apariencias de su Hostia? ¿atravesado de puñales? ¿cubierto de heridas? ¿colmado de golpes? ¿maltratado y pisoteado? — ¿No gime, acaso, abandonado á los gusanos, en los tabernáculos convertidos para Él en calabozos de ignominia? Enclavado en su Hostia y no pudiendo salir de ella, ¿no se ve devorado por la sed, privado del amor de los suyos á quienes le sería tan dulce recibir? ¿No recibe, decidme, el colmo de la ingratitud y de la dureza?

¿No escucha también los arrogantes desafíos

y las soberbias provocaciones de sus enemigos triunfantes sobre su silencio y su impotencia?

¿Y no parece, en verdad, abandonado de Dios, de los ángeles y de los hombres, cuando los malhechores profanan la Hostia adorable, la estrujan, la mutilan y la arrojan á las inmundicias?

¿No es, por último, una piedra pesada, fría y sellada la que, con ignominioso peso, pesa sobre Él, estas especies que ocultan á las miradas de los que le aman su rostro adorable y lo mantienen bajo la dependencia de sus enemigos?

¿No es el estado sacramental la muerte del Salvador?

Tenéis razón; éste es mil veces peor que la muerte.

La muerte arranca la Víctima á los verdugos; es un fin del sufrimiento; es en realidad una redención.

El estado sacramental es una muerte unida á la vida, que pesa sobre la vida, que sofoca la vida; es la inhumación de un ser enteramente vivo, que continúa viviendo, sintiendo y recibiendo ultrajes y golpes del odio de sus encarnizados enemigos.

¡ Oh memorial de la Pasión y muerte de mi

Salvador! ¡ Con qué terrible realidad continuáis recordándolas! Y teniéndos á la vista, perpetuando en realidad vuestra muerte por mí, ¿podría abandonaros para buscar en otra parte un recuerdo más palpitante y más eficaz de vuestro amor redentor? ¡ Oh ignorancia, estupidez y dureza de mi miserable corazón! ¡ Qué hombre tan de poca fe soy yo! Si mis sentidos me muestran una imagen de Jesús que sufre, me conmoveré aunque esté sin vida y sin amor. La fe me grita que Jesús en persona, devorado y consumido de amor por mí, está allí en unos suplicios é ignominias peores que las de su Pasión; en un estado más lamentable que el de su muerte: ¿ y el grito de mi fe me deja sordo, indiferente é insensible hacia mi mismo Salvador?

No me condenéis como lo mereciera, ¡ oh misericordiosa Víctima de mi triste corazón! Al contrario, hacedme la gracia de darme un corazón compasivo que comprenda cómo habéis sustituido á vuestra Pasión sangrienta vuestra Pasión eucarística, á vuestra muerte sobre la cruz el anonadamiento sobre el altar, en los lazos de independencia y de inercia de un signo material que os entregue amante á la indiferencia de vuestras ingratas criaturas, glo-

rioso al desprecio de nuestro orgullo, vivo á los malos tratamientos del odio de los hombres y del demonio.

IV. — SÚPLICA.

Las gracias que debemos implorar se desprenden de las consideraciones precedentes y de las resoluciones que necesariamente engendran.

La primera resolución que hay que tomar y la primera gracia que hay que pedir es meditar asiduamente la Pasión y la muerte del Salvador ante su Memorial siempre presente. No deberíamos pasar un solo día sin hacerlo. La santa Misa cotidiana nos presenta la ocasión más favorable. Esta es el acto que cumple, en realidad, la renovación de la muerte del Salvador. Ella despliega bajo nuestros ojos el divino Memorial en toda su actualidad, cuando á las palabras de la consagración Cristo reviste sobre el altar el estado de pan y desciende obediente, apresurado y silencioso al sepulcro de las especies á que le arroja su amor la necesidad de entregarse por nosotros. Consideremos entonces los motivos de la Pasión, las virtudes

que muestra en ella el Salvador y los fines que prosigue: sigamos paso á paso cada una de las circunstancias de este drama del amor infinito: la presencia de la santa Víctima, la renovación de su Sacrificio, las virtudes depositadas en este Sacramento para derramarlas en las almas, obrarán en nosotros, nos dispondrán á entrar en comunión de pensamientos, de amor, de generosidad, de imitación con nuestro modelo. Entraremos en las llagas de Jesús, penetraremos en su corazón, descenderemos á las regiones profundas y desoladas de su alma; nos asimilaremos á la Pasión y acabaremos por comprenderla.

Este primer resultado, por el cual sería preciso sacrificar con alegría todas las felicidades de la tierra, y dar mil veces la vida, lo obtendremos con mayor seguridad si comulgamos sacramentalmente á la Víctima. El fin mismo de la institución del Sacramento es reproducir en las almas el eficaz recuerdo de la Pasión de Jesús y de su muerte; recuerdo eficaz, es decir, vivo, activo, fecundo, duradero, que nos hace realmente pensar, sentir, sufrir como Jesús por las mismas causas y para los mismos fines.

¿Puede encontrarse un medio mejor para penetrarse de las cualidades de una cosa que

alimentarse de ella? Nosotros nos alimentamos de la carne flagelada y desgarrada; de la sangre derramada con dolor en la lucha de la agonía y de la que brotaba á los golpes; del corazón yerto por la ingratitud y la traición, destrozado por la apostasía de sus amigos; nos alimentamos de los sufrimientos y de la muerte, y también de la intrepidez de esta carne que ha resistido hasta el exceso; del amor heroico de este corazón que ha amado hasta el fin; de las virtudes, de la fuerza, de la paciencia, de la dulzura, del amor, en fin, de esta alma que se ha sometido siempre, que se ha entregado siempre, por Dios, porque ella quería su triunfo, por nosotros, porque quería nuestra salud. ¡Ah! comulguemos á la Pasión de Jesús y á su muerte! Pongamos nuestro rostro contra su rostro desgarrado, nuestro corazón contra su corazón desolado, nuestras manos contra sus manos atravesadas; ajustémonos á esta Víctima adorable. Y allí, unamos nuestra alma á la suya, perdámosla en los dolores y en las virtudes, en la vista y amor de su grande alma.

Comulgar es esto: entrar en Jesús, hacerse uno con Jesús, identificarse y fundirse en El; pero en el Jesús sufriente y moribundo: porque

sólo en Él se encuentra el remedio á nuestros vicios, la destrucción de nuestros pecados, la curación y la vida.

En seguida, y sobre todo, pidamos la gracia de un precio inestimable, de la compasión, del amor de condolencia, de la ternura de corazón para el Jesús paciente y moribundo; la gracia de complacernos en meditar sus sufrimientos, en estarnos largo tiempo sin cesar ante Él para consolar con nuestra presencia la fría soledad en que se encuentra; la gracia de conocer el secreto de las palabras que fortifican y elevan y de las que consuelan y dulcifican; la gracia de las santas lágrimas, que mezcladas á las de María y de Magdalena derraman la frescura sobre las llagas y parecen llevar en sus torrentes lo que hay de más ardiente en los dolores; y, por último, la gracia de tener el corazón bastante puro y amante, el alma bastante bien dispuesta, para aproximarnos tan íntimamente y con una sinceridad tan entera á nuestro Salvador, que pueda verter en nosotros la inmensidad de sus sufrimientos, pasarnos una parte de ellos, descargarse un poco sobre nosotros. Allí está la perfecta compasión: «tomar en sí los sufrimientos del Amigo» (S. Francisco de Sales), y entrar en comunión de sus dolores:

«*In communionem arumnarum venire.*» (San Juan Crisóstomo.)

¡Ah, si pudierais tener siempre un corazón compasivo, tierno, conmovido, herido y agonizante de dolor por los sufrimientos, las humillaciones, el amor de Jesús moribundo! ¡Si pudierais tener el alma siempre tan llena de sus tristezas, de sus abandonos, de sus dolores íntimos, que llegarais á ser como impotente para reír y gozar sobre la tierra! Esto podría ser siempre que llevarais «en vuestro pecho á vuestro Bien amado como un ramo de mirra, cuya presencia y perfume sería para vosotros la mayor de las fuerzas para afrontar el sacrificio y la mortificación, y el más dulce de los consuelos para soportar la prueba y la desolación: *Fasciculus myrrhæ dilectus meus mihi: inter ubera mea commorabitur.*»

Por último, como toda adoración completa invoca el homenaje de la vida práctica, es decir, de la virtud efectiva, pedid la gracia y tomad la resolución de practicar el gran deber cristiano del sufrimiento: saber que es preciso sufrir, no temer el sufrimiento como el más grande de los males, no escandalizarse cuando llegue, acogerle como desprendido de la Cruz de Jesús, que pasó por su Corazón; después su-

frirlo humilde, paciente y religiosamente, con amor, en una unión estrechísima con nuestro Jefe invocado, recibido, invocado asiduamente; he ahí la gracia de las gracias, la adoración perfecta; he ahí la santidad.



EL SANTÍSIMO CUERPO DE JESÚS.

Hoc est Corpus meum:
Este es mi Cuerpo.

I.—ADORACIÓN.

QUÉ cosa es la Eucaristía?

Es el Cuerpo, la Sangre, el Alma y la Divinidad de Jesucristo, bajo las apariencias de pan y vino.

Haced un acto de fe preciso, explícito y detallado á la presencia del Cuerpo sacrosanto de Nuestro Señor en el Santísimo Sacramento.

El Cuerpo está unido á su alma; vivo, organizado, completo, lleno de gloria é inmortal. El Cuerpo está formado de la más pura sangre de la Virgen María, alimentado con su leche, muerto sobre la Cruz, resucitado en la gloria

y que los santos ven resplandeciente en el cielo. La Sangre de Jesucristo corre en las venas de este Cuerpo y mantiene su vida; ésta es la sangre que viene de la fuente purísima del Corazón de María, que fué derramada durante la Pasión y recobrada en la Resurrección; circula en el Cuerpo de Jesús y hace de Él un Cuerpo vivo. El Cuerpo eucarístico de Jesucristo es vivificado por su corazón, que existe verdaderamente y late y se mueve en la Hostia. Creed en la verdad de este Cuerpo de carne; no es una imagen, sino una realidad. Jesús lo ha dicho: *Hoc est Corpus meum*; la fe lo enseña; creedlo.

Y como este Cuerpo es el Cuerpo de Jesús inseparablemente unido á la persona divina del Verbo, es santo, sagrado y adorable: adorado.

Creed con todas vuestras fuerzas en esta realidad; porque no es una copia, ni un símbolo, ni un recuerdo; sino el verdadero Cuerpo y la verdadera Carne de Jesús.

Cierto es que es invisible y que está reducida á un punto imperceptible. Sin embargo, está allí todo entero en la plenitud de su ser, de su vida, con todos sus miembros, con todos sus órganos, con todos sus músculos y

huesos. Él obra : nosotros no vemos su acción; pero es muy real y muy poderosa. Los ojos de Jesús nos ven á través de las Santas Especies; sus oídos oyen nuestras oraciones; su cabeza tiene la impresión de la corona de espinas, brillante como una corona de diamantes; en sus manos, pies y costado brillan como rubíes las señales de los clavos y de la lanza. Adorad á cada uno de los miembros sagrados del Santo Cuerpo de Jesús. Contempladlos y besadlos uno tras otro, en espíritu. Estando el Corazón de Jesús vivo en el Santísimo Sacramento, es sensible á vuestro amor, á vuestras atenciones; como también vuestras frialdades, vuestras irreverencias en su presencia le afligen y le apenan; las resiente dolorosamente. Creed, adorad, reverenciad, haceos una profunda impresión de esta presencia, una impresión viva y duradera; no una impresión de imaginación, pues no podríais encontrar el modo con que Jesús está en el Santísimo Sacramento, sino una impresión de fe. ¡Él está allí! ¡todo entero! ¡vivo! ¡activo! ¡Yo lo creo!.....

II.—ACCIÓN DE GRACIAS.

Dad gracias á Nuestro Señor de su presencia y de los grandes bienes que brotan de ella sobre vosotros. Esta es una presencia real, sensible, á lo menos por las especies de pan que la muestran. Luego tenemos necesidad de que nuestros sentidos sean interesados; de otra manera, olvidamos.

Es la presencia de este Cuerpo á quienes los Patriarcas deseaban ver, tras de la cual corrían las multitudes: nosotros la tenemos, es de nosotros, es de todos; es para todos y para siempre.

Esta es la presencia de ese Cuerpo que cura por su solo contacto á tantos enfermos desesperados; las especies son la franja poderosa del vestido de Jesús; Él tiene tanta virtud y poder en su vida eucarística como en su vida pública. Y obra si se quiere más maravillas de las que se cree.

Esta es la presencia de este Cuerpo quien muriendo venció á Satanás, reconcilió al mundo con Dios y abrió para siempre los tesoros de la misericordia. Él tiene la misma eficacia, obra constantemente los mismos efectos;

dadle gracias. Cierto es que está oculto; pero esto es por condescendencia para nuestra debilidad, pues no podríamos resistir el brillo de su gloria: esta es una razón de más para darle gracias.

Y vosotros tenéis este Cuerpo bajo vuestros ojos, todo es vuestro; ¿no tenéis en Él y por Él todos los bienes?

¿Recordáis las tentaciones de que su recepción en la comunión os ha arrancado, los pecados inveterados de que os ha curado, las fuerzas, los consuelos que os ha procurado? ¡Ah! ¡dad gracias al Cuerpo santísimo, bonísimo y vivificantísimo de Jesucristo Sacramentado!

III.—PROPICIACIÓN.

¡Reparad! porque este Cuerpo es olvidado, desconocido y muchas veces ultrajado.

¿Quién no olvida que el Cuerpo de Jesús en la Eucaristía tiene un verdadero corazón, un corazón delicado, atento, amante y verdaderamente vivo?

¿Quién trata á la Hostia como al cuerpo de Dios, como el cuerpo vivo y animado de Jesús en persona?

¡Reparad por los herejes y consolad á Jesús,

porque ellos dicen que la Hostia no es más que una imagen, un signo conmemorativo de la carne de Jesús! ¡Ellos le acusan de mentira!

Los incrédulos, los racionalistas dicen que la Eucaristía no es más que una fábula, una superstición imposible: ¡qué ultrajante desprecio!

¡Los malos cristianos se portan en su presencia con una ligereza y una inconveniencia muy despreciables! Y los buenos, y los que están consagrados al ministerio de la Eucaristía, ¿no olvidan muy frecuentemente, cuando se acercan al Cuerpo del Señor, que sus ojos están abiertos, su persona viva, su corazón sensible; y por último, que está allí una persona dignísima, respetabilísima, adorabilísima?

¡Reparad por vosotros! porque esos olvidos, esas irreverencias, esas faltas de delicadeza son, mirándolo bien, verdaderos crímenes cometidos contra la Divina Majestad. Cuando se recuerdan los honores, homenajes y adoraciones y alabanzas que la corte celestial rinde al Cuerpo de Jesús, y se palpa la manera con que lo tratamos, hay mucho por que llorar de dolor y temblar de espanto!

Nada digo de las comuniones y robos sacrílegos, atentados horribles cometidos sobre el más santo de los cuerpos; crímenes mucho más

negros que los de los judíos cuando arrastraron, flagelaron y crucificaron el cuerpo de Jesús.

¡Y esta monstruosidad es de todos los días, sí, de cada día! ¡Sabedlo! ¡Vivid en este pensamiento, y si después de esto no se ven mezcladas de amargura todas vuestras alegrías, es porque no sabéis lo que es amar á Jesús!

IV. — SÚPLICA.

Pedid, pedid á Dios Padre por el honor de su Hijo; pedidle que derrame una gracia más abundante de fe y de amor hacia el Cuerpo Eucarístico de su Hijo adorable, á fin de que sea más conocido, mejor tratado, más amado en el Santísimo Sacramento. — Pedid por los sacerdotes, ministros del altar, por todos los hijos de la Iglesia, á fin de que le traten siempre con fe, reverencia y devoción.

Pedid por vosotros mismos, y pedid la gracia de la fe práctica, sincera y constante de la presencia real y viva del Cuerpo Sagrado de Jesús en la Eucaristía. ¡Que vuestra vida cambie pronto de aspecto! Tan pronto como vuestras oraciones, vuestras súplicas y vuestra pie-

dad se santifiquen, se elevarán y os serán más provechosas.

Pedid por el cuerpo de Jesús, por su Pasión del Calvario, por su corazón, por su pureza, su santidad y mortificación de otros tiempos; pedid por sus anonadamientos eucarísticos, por sus humillaciones, su santidad, su separación del mundo, su modestia, su dulzura en el Sacramento; ofreced á Dios cada uno de sus miembros y las santas acciones de cada uno, y los pensamientos, deseos y amor de su corazón; ofreced su presencia y todos los deberes que ésta rinde á Dios, todos los homenajes que le ofrece, todo el placer, la alegría, el contento, la gloria, cuyo foco perpetuo es Él.

Ofreced á Dios el cuerpo de su amadísimo Hijo Jesús, por manos de aquella que le formó y alimentó, por la salud del mundo; elevadle como una plegaria, como una reparación, como una oración purísima, omnipotente, viva y perpetua, por la Santa Iglesia, por vuestra patria, por todos los que os son queridos y por todas vuestras necesidades: el Cuerpo de Jesús es la salud, la caución, el rescate, la satisfacción, el precio superabundante de toda gracia, de todo beneficio, de todo socorro: pedid por el Cuerpo de Jesús-Eucaristía.



LA PRECIOSA SANGRE.

Hic est Sanguis meus.
Esta es mi Sangre.

I.—ADORACIÓN.

CREO de todo mi corazón, con la Iglesia Católica, que toda vuestra Sangre, oh Jesús Salvador y Dios mío, está contenida, está presente en el Santísimo Sacramento: presente en vuestro Cuerpo oculto bajo las especies, como en vuestro Cuerpo sentado en el trono del cielo; yo la creo presente y animada, viva y glorificada, circulando á través de vuestras venas; Sangre verdadera, humana y divina juntamente, humana por su naturaleza, divina por su unión al Verbo.

La adoro como á la Sangre de mi Dios; creo que cada una de sus gotas está unida al Verbo, inmediatamente, sin separación posible, y verdaderamente divinizada por este maravilloso contacto y unión inefable.

La adoro y la contemplo con la admiración de mi fe, en su esplendor y en su hermosura: es una sangre purísima, luminosa, incorruptible, penetrada por la vida inmutable y gloriosa de la resurrección.

La adoro y la amo con la alegría de mi corazón, porque es una sangre verdaderamente humana y de la misma naturaleza que la mía, es la Sangre tomada de María, que corrió de su corazón, que se alimentó y aumentó con la leche de María, y que guarda siempre, por un maravilloso privilegio del amor de su Hijo hacia su Madre, el perfume virginal de su fuente inmaculada.

La adoro y la venero con un santo temor, porque es la Sangre del dulce Cordero degollado á causa de mis pecados; ella se escapó de las venas de Cristo con inmensos dolores, y cubrió el polvo y las rocas de la gruta de la agonía, cayó sobre las manos de los verdugos, tiñó las cañas de la flagelación y las espinas de la corona, dejó sus huellas sobre las gradas

del Pretorio y en las calles de Jesusalén, sobre los clavos y el árbol de la cruz, sobre el velo de María y sobre la túnica de Magdalena: allí y en todas partes donde existía una gota de ella, los Angeles fueron á recogerla y la vertieron en las venas del Salvador en el momento de su resurrección: el Sacramento contiene toda la Sangre derramada por amor al hombre y por la expiación de sus crímenes.

La adoro en el triple estado que reviste en la Eucaristía: creo que está presente en su totalidad en la Hostia del Tabernáculo, animando allí la vida perpetua de Jesús y haciendo resplandecer sus cinco llagas adorables.

Creo que es derramada bajo la apariencia distinta del vino en el Sacrificio, reproduciendo así el acto final que la separó del Cuerpo de Cristo y dió la muerte al Salvador; pero al mismo tiempo la creo presente bajo una y otra apariencia, inseparablemente unida á la carne del Salvador y á su divinidad.

Creo, por último, que se da real y totalmente en la Comunión; creo que permanece en el que comulga, para vivificar, refrescar y fecundizar su vida sobrenatural, mientras duran las Santas Especies.—En todas partes es la sangre verdadera, santísima, preciosísima y

divinísima del Hijo de María, del Hijo de Dios; la sangre del Salvador resucitado y glorificado. ¡Séanle dadas adoración, alabanza, honor y bendición.

II. — ACCIÓN DE GRACIAS.

Dad gracias, agradeced, entrad en la admiración del reconocimiento ante las prodigalidades y las eficacias benéficas de la Preciosa Sangre: todas las efusiones de esas prodigalidades son para nosotros; para nosotros también y por nuestra salud son todos los maravillosos efectos de esas eficacias omnipotentes.

¡Sus prodigalidades!—Ella ha corrido desde la cuna bajo el cuchillo de la circuncisión: éra el nacimiento bullicioso de una fuente que va á desbordarse.

Ella se desborda, en efecto, durante la Pasión. ¡Cuántos torrentes llenos de sus olas imimpetuosas!

Sangre de su rostro y de todo su cuerpo, bajo el peso de la agonía en Getsemaní.

Sangre de su frente bajo las espinas de la corona.

Sangre de sus espaldas bajo los crueles golpes de la flagelación.

Sangre de sus manos y de sus pies bajo la punta de los clavos que lo suspenden á la cruz.

Sangre de su corazón agotado hasta su última gota bajo el hierro de la lanza.

Y toda esa sangre derramada sucesivamente por tantos conductos hasta su completo agotamiento, la derrama y la vierte por completo y de un solo golpe en cada una de las Hostias consagradas que cubren la superficie de la tierra.

En todos los cálices, todas las mañanas y á toda hora del día y en todas las partes del globo se derrama de nuevo, se entrega y se ofrece á su Padre; ¡por mí!

En mi pecho se derrama cada día con toda su plenitud, sin enfriarse, sin disminuirse ni reservarse; ¡y está en mí, por mí y para mí!

Y si mil, si cien mil se acercan á comulgar cada día, multiplica sus efusiones para darse á todos: no obstante esto, cada uno la recibe no menos plenamente, y todos beben en el mismo cáliz y se abrevan en él, y absorben hasta la última gota.

Y de esa Sangre tan pródigamente derramada, cada átomo vale más que un mundo, y cada gotita es capaz de salvar á todos los hom-

bres, de vaciar el Purgatorio y de hacer la felicidad del Cielo por toda la eternidad!

¡Ah! ¿Cómo bendecir bastante las reales y divinas prodigalidades de la Preciosa Sangre?

Y ¿cómo escribir, cómo alabar dignamente sus maravillosas eficacias?

Ella purifica; ella es quien ha lavado al mundo de sus crímenes y quien diariamente purifica á las almas, derramándose en ellas por todos los sacramentos, especialmente por el de la Eucaristía; porque es el vino de la virginidad.

Ella fortifica; ella es un vino generoso, refrigerante, un elixir de vida; ella aviva las facultades del alma, aguza la inteligencia, afirma la memoria, conforta el corazón y le llena de entusiasmo, de ardor y de generosidad.

Ella regocija; ella embriaga, dilata el corazón, rechaza la tristeza, disipa los sombríos pensamientos, quita el miedo, reanima la desesperación.

¡Dedit et tristibus Sanguinis poculum! ®

Ella cura; ella cicatriza las llagas del pecado, repara los males causados por los hábitos inveterados; es un colirio y un bálsamo efficacísimo para todas las llagas del alma.

Es la leche de los niños, como el viño de los

fuertes; ella encanta, consuela, y está llena de suavidad y delicias.

Es el agua pura y sana, fresca y limpia, por la cual suspira el ciervo sediento y el viajero fatigado; ella mitiga la fiebre de la sangre, templá el fuego de las pasiones, de la cólera, de la soberbia y de la concupiscencia, el alma la bebe, se baña con ella, se sumerge en ella y halla la vida.

Jesús, que habéis depositado en el vivificante licor de vuestra Sangre preciosa todas las virtudes, todos los sabores, todos los bálsamos, todos los encantos y todos los excesos, ¡ahl bendito, alabado y glorificado seáis por tan inenarrable don.

Á vuestra sangre debo mi bautismo;
 Á vuestra sangre mi primera comunión;
 Y mi comunión de cada día;

Y la absolución que me levanta cuantas veces caigo.

Y todas esas gracias que me previenen, me excitan y sostienen, iluminando mi inteligencia, fortificando mi voluntad; toda la savia de mi vida sobrenatural, con las ardientes emanaciones que la fecundan, los rocíos que la refrescan, los socorros que la defienden, todo me viene de vuestra sangre adorable, derramada

una vez sobre el Calvario y todos los días sobre el altar!

Á vuestra Sangre deberé mi cielo y vuestra vista, y vuestra posesión y la gloria y la dicha sin fin.

¡Ah! ¿Qué daré á vuestra sangre por tantos beneficios?

La beberé de nuevo y todos los días de mi vida en el cáliz eucarístico, hasta que la beba sin interrupción en la copa de oro del eterno banquete.

III.—PROPICIACIÓN.

Las efusiones de vuestra Sangre, oh Jesús, Salvador mío, tan saludables y benéficas para mí, han sido siempre para Vos, dulce Cordero, ó llenas de dolor ó llenas de humillación; dolor, durante vuestra vida; humillación, en vuestra Eucaristía.

Si vuestra Sangre se derrama bajo el hierro de la Circuncisión, es con un excesivo dolor para vuestra Carne tierna de niño.

Si corre en Getsemaní, en gotas frías que pronto forman torrentes sobre vuestro Cuerpo y sobre la tierra en que agonizáis, es el furor de los terrores, de las angustias, de una tristeza

mortal, lo que os agobia y la hace brotar de vuestras venas.

En el pretorio, es el martirio de más de tres mil azotes que os hieren el cuerpo y descubren vuestros huesos; pero ¡con qué sufrimientos!

Y cuando las espinas fueron á buscarla en vuestra frente y en toda vuestra adorable cabeza, traspasándola de parte á parte, ¡qué torturas en este centro de la sensibilidad humana!

¡Y cuando vuestras rodillas se abrieron hiriéndose en las piedras de los caminos contra las cuales os arrojan bruscamente el peso de la Cruz y las brutalidades de los soldados y vuestra propia debilidad!

Y cuando los clavos os atravesaron las manos y los pies, desgarrando los tejidos, quebrando los músculos y los huesos, ¡qué sufrimientos, qué crueles torturas, qué conjunto de todos los dolores y de todos los tormentos!

Y sin embargo, las crueldades de vuestros enemigos no hacían brotar tanto vuestra Sangre adorable como vuestro amor, que obligado por su ternura y abnegación por nosotros, la hacía brotar.

¡Y ahora la derramáis en la Eucaristía! Sin sufrimiento, mas no sin humillación; es preciso que os cueste siempre para derramarla, y

que sus efusiones sean siempre el esfuerzo de un amor heroico que se olvida á sí mismo hasta la inmolación. Está humillada por los anonadamientos del estado eucarístico: mientras que en vuestro Cuerpo glorioso en el cielo, ella aparece llena de calor, de movimiento y de vida, colorando vuestras mejillas, llenando vuestras venas, manifestándose por los transportes de alegría de vuestro Corazón, aquí está oculta, reducida, silenciosa, sin apariencia, sin vida, incapaz de afirmarse, de manifestarse, y privada de aquella función esencial de la Sangre que hace su valor y su gloria; es decir, vivificar los miembros humanos, y hacerlos vigorosos, activos y resplandecientes de salud. Y he aquí que, á causa de este estado de anonadamiento, la humillación se une á la humillación para hacerle desconocer y olvidar totalmente.

¿Cuántos de los que conocen vuestra Eucaristía piensan en adorar en ella vuestra Sangre preciosa, oh Jesús, y en rendirle ese culto de honor, de reconocimiento y de amor que por tantos títulos merece? ¿Cuántos saben distintamente su presencia, su naturaleza su acción y sus cualidades gloriosas? Y sin embargo, esta Sangre preciosa está presente en la Sagrada Hostia y le da sus eficacias saludables.

¿Qué decir de todos los que, habiéndose apartado del camino de la Santa Mesa y habiendo abandonado de hecho la Eucaristía, no rinden ya á vuestra Sangre el culto que su título de cristiano y vuestros derechos de Salvador les hace, sin embargo, un deber absoluto de rendirlo?

Es una nueva humillación para esta Sangre generosa derramarse en nuestras almas tan frecuente y abundantemente, sin llegar á sacudir su apatía, á calentar su frialdad; en una palabra, sin poder hacerlas vivir de una vida sobrenatural, activa y generosa: esta es la humillación de la esterilidad para el principio más activo de la vida.

Es una humillación que va hasta el insulto, el ultraje y la ignominia aquella que sufre vuestra preciosa Sangre cuando es recibida en corazones sacrílegos, donde es puesta en contacto con su Sangre impura, en la cual están en efervescencia todas las corrupciones.

¡Ah! ¡Yo he abusado mucho de vuestra Sangre, oh Jesús, que la derramáis al precio de tantos sufrimientos y humillaciones!

¡Yo he abusado de ella y la he profanado; no me he aprovechado de ella y he anulado su poder; cada uno de mis pecados ha sido un

ultraje á vuestra sangre adorable, una mancha que le he impreso, una ignominia que yo le imponía; y si he comulgado indignamente una sola vez, me he hecho «indigno de la Sangre del Señor», según dice San Pablo!

Quiero reparar de hoy en adelante por la huída del pecado, por la recepción fiel y frecuente de la comunión; quiero conocer y honrar vuestra Sangre; prestarme con una generosa cooperación á la obra santificante que acaba de hacer en mí.

Hay además un crimen gravísimo que se comete contra la Sangre Eucarística de Jesús, y una profundísima humillación que se le hace, y es la falsificación del vino destinado al Santo Sacrificio. El vino es especialmente la especie de la Sangre; es inmediatamente consagrado y cambiado en la Sangre de Cristo; es, pues, una injuria directa la que se le hace cuando por avaricia, cálculo interesado, ó cualquier otro motivo, no se ofrece á la acción consagrada más que un vino inferior, mezclado ó falsificado. Y por este tiempo de mercantilismo á plazo, en que la conciencia pública sufre tan graves atentados, ¡cuán á menudo se comete este crimen! Toda alma que comprenda el precio de la Sangre del Salvador, querrá re-

parar este atentado, en la medida de lo posible. Sacerdotes, tengamos el mayor cuidado en la elección del vino del Sacrificio; procuremos que sea siempre mejor y más puro que el de nuestra Mesa: simples fieles, concurramos á esta reparación proveyendo á nuestros Sacerdotes, en proporción á nuestros medios, un vino purísimo, fruto de nuestras economías y de los sacrificios que nos impondremos para ofrecer al Señor esta oblación de tan agradable olor.

IV.—SÚPLICA.

Os rogamos, Señor, vengáis al socorro de vuestros siervos, que habéis rescatado con vuestra preciosa Sangre: *«Te ergo quæsumus, tuis famulis subveni, quos pretioso sanguine redemisti.»*

Roguemos, pues, por la preciosa Sangre de Jesús: la Sangre de Jesús es una voz de misericordia y de perdón: *Melius loquentis quam Abel*; es la voz del Pontífice y del Supremo Mediador, voz poderosa porque es la sangre del propio Hijo de Dios; voz que no se calla, puesto que sus llagas le representan siempre á

los ojos del Padre; voz que cada día y á cada instante del día hace oír, inmolándose en el Santo Sacrificio, una oración más solemne, la oración de todo el pueblo cristiano; voz que sale del corazón de cada hombre que recibe la comunión, el cual puede presentar á Dios la Sangre de Jesús como su propia sangre.

¡Ah, qué concierto de oración perpétua, universal, ardiente, humilde y sacrificada, sale de todas las Hostias consagradas, en cada una de las cuales pide, suplica, intercede con todo el amor, todo el ardor de que es capaz, la Sangre de Jesús!

Pidamos por la preciosa Sangre de Jesús: es un rescate y el precio de todas las gracias que necesitamos obtener. Ella ha pagado todo de antemano y superabundantemente; gracias de conversión, de arrepentimiento, de luz, de libertad; gracias para perseverar y gracias para adelantar; gracias de la vida y gracias de la muerte. El cielo mismo y la gloria misma nos ha sido conquistado, ganado y pagado por la Sangre de Jesús, porque es de un precio infinitamente superior á todo esto. Ofrezcámosla, pues, y paguemos con esta Sangre, porque es nuestra: su pureza, su generosidad, su valor intrínseco, sus dolores, sus humillaciones, los

tenemos en nuestras manos, sirvámonos, pues; de ellos con confianza.

Por nosotros mismos no podemos nada, con la Sangre de Jesús, todo lo podemos.

Si, podemos y debemos ofrecer la preciosa Sangre de Jesús, encerrada en todas las Hostias del mundo; y más aún la Preciosa Sangre que anima las Hostias de nuestras Comuniones, para glorificar á la Santísima Trinidad, regocijar al cielo, á los ángeles y á los Santos; para hacer temblar de una alegría siempre nueva al corazón de María; para refrescar el Purgatorio, difundir en él una día más claro de esperanza y dar libertad á sus queridas prisioneras; por la conversión de los infieles del mundo entero; por todas las necesidades de la Santa Iglesia, por todos los pecadores: allí está nuestro derecho, también nuestro deber; y bajo para de desperdiciar el talento magnífico é inagotable que nos ha sido confiado, lo debemos cumplir con toda fidelidad y confianza.

¡Pidamos, pues, intercedamos, paguemos con la Sangre de Jesús; pues es la Sangre de la victoria, de la redención, de la resurrección y de la vida eterna!



EL CORAZÓN DE JESÚS EN LA EUCARISTÍA.

I.—ADORACIÓN.

Una vez que el Santísimo Sacramento estaba expuesto, Jesucristo, mi dulce Maestro, se presentó á mi resplandeciente de gloria, con sus cinco llagas brillantes como cinco soles, y de su sagrada humanidad salían llamas de todas partes, pero sobre todo de su adorable pecho, que se asemejaba á un horno, el que, habiéndose abierto, me descubrió su amante y amable Corazón, que era la viva fuente de aquellas llamas.

Jesús, Salvador y Dios mío, verdadera y realmente presente sobre este altar, permitidme, os lo suplico, penetrar, á través de las apariencias de vuestro Sacramento, hasta vuestro adorable Corazón.... Helo allí!

tenemos en nuestras manos, sirvámonos, pues; de ellos con confianza.

Por nosotros mismos no podemos nada, con la Sangre de Jesús, todo lo podemos.

Si, podemos y debemos ofrecer la preciosa Sangre de Jesús, encerrada en todas las Hostias del mundo; y más aún la Preciosa Sangre que anima las Hostias de nuestras Comuniones, para glorificar á la Santísima Trinidad, regocijar al cielo, á los ángeles y á los Santos; para hacer temblar de una alegría siempre nueva al corazón de María; para refrescar el Purgatorio, difundir en él una día más claro de esperanza y dar libertad á sus queridas prisioneras; por la conversión de los infieles del mundo entero; por todas las necesidades de la Santa Iglesia, por todos los pecadores: allí está nuestro derecho, también nuestro deber; y bajo para de desperdiciar el talento magnífico é inagotable que nos ha sido confiado, lo debemos cumplir con toda fidelidad y confianza.

¡Pidamos, pues, intercedamos, paguemos con la Sangre de Jesús; pues es la Sangre de la victoria, de la redención, de la resurrección y de la vida eterna!



EL CORAZÓN DE JESÚS EN LA EUCARISTÍA.

I.—ADORACIÓN.

Una vez que el Santísimo Sacramento estaba expuesto, Jesucristo, mi dulce Maestro, se presentó á mi resplandeciente de gloria, con sus cinco llagas brillantes como cinco soles, y de su sagrada humanidad salían llamas de todas partes, pero sobre todo de su adorable pecho, que se asemejaba á un horno, el que, habiéndose abierto, me descubrió su amante y amable Corazón, que era la viva fuente de aquellas llamas.

Jesús, Salvador y Dios mío, verdadera y realmente presente sobre este altar, permitidme, os lo suplico, penetrar, á través de las apariencias de vuestro Sacramento, hasta vuestro adorable Corazón.... Helo allí!

¡El alma vuestra santa humanidad que vive en la Eucaristía; yo lo he encontrado! ¡Vos tenéis un Corazón, oh Sacramento de Jesús! A vuestro Corazón es á quien, en esta hora, quiero estudiar y comprender para alabaros, adoraros y amaros más. ¡Oh felicidad! ¡El Corazón de Jesús está allí, en su vida, en su fuerza, en su amor, en su beatitud! ¡Allí, en la Hostia que reposa en el copón; allí, en la Hostia que el Sacerdote divide en el Sacrificio; allí en la Hostia que he recibido esta mañana en la Mesa Santa; allí, en fin, estáis, oh Corazón Santísimo, en aquella Hostia que se ostenta en la Custodia, oh Corazón Santísimo; y aunque mis ojos se detengan ante el velo del Sacramento, mi fe os ve, mi Corazón os siente; yo os creo, yo os amo, yo os adoro presente y vivo en esta amabilísima Eucaristía, lugar bendito de vuestra presencia, trono de vuestras misericordias, mi Bethleem, mi Nazareth, mi Tábor, mi Cenáculo, mi Calvario y mi Cielo!

Yo os adoro, Corazón verdaderamente divino y Corazón verdaderamente humano; Vos sois el Corazón de Jesús mi Dios y el Corazón de Jesús mi hermano: ¡dos abismos de grandezas inefables y de amabilidades infinitas!

¡Corazón de Jesús, Hijo del Padre Eterno! Vos estáis unido personalmente á la segunda persona de la Santísima Trinidad; el Verbo os posee, os habita, os penetra, os llena; Vos sois su Corazón! ¡Esta unión personal y viva os hace todo suyo para siempre y la hace nuestra para siempre: Vos sois el Corazón del Verbo; el Corazón de Dios!

Por esta unión tan estrecha y tan profunda que la muerte misma no ha podido romper, adquirís toda la grandeza, toda la perfección, todo el poder, todos los derechos de Dios mismo.

Por Vos es por quien Dios nos ama; Vos sois el órgano del amor infinito: ¡Corazón de Jesús, Corazón único y bien amado del Padre; Corazón de Jesús, Corazón ardiente del Espíritu Santo y su morada escogida; Corazón de Jesús, Santuario augusto de la Santísima Trinidad; Corazón de Jesús, Corazón de Dios, yo os adoro, yo os adoro!

Yo os adoro con la adoración que sólo es debida á Dios; yo os amo con el amor soberano que sólo Dios merece. Yo os alabo con todas alabanzas con que Dios se alaba á sí mismo, en el concierto de la Augusta Trinidad.

Y Vos no sois menos adorable, oh Corazón verdaderamente humano, Corazón de Jesús, Hijo de la Virgen María.

Vos sois el Corazón por excelencia; todo lo que Dios, en su sabiduría y en su poder, quiso poner de grande, de bueno, de fuerte, de dulce, de activo y de inteligente en el corazón del Hombre, de lo cual El hizo la parte principal de la más noble de vuestras criaturas, vuestro Corazón lo encierra en perfección; él es el ideal y el tipo eterno del corazón humano en el doble esplendor de su naturaleza y de su deificación por la gracia.

Corazón de Jesús, vos habéis sido enriquecido, desde la Creación, de todos los tesoros de la sabiduría y de la ciencia, de todas las gracias y de todas las virtudes.

Vuestra ciencia os descubre todos los pensamientos, todas las intenciones de los ángeles y de los hombres, todos los secretos de la naturaleza, y todos los misterios están abiertos delante de Vos; yo os abro mi corazón, á quien vuestra ciencia penetra ya con su mirada; yo quiero que nada de él se os oculte, oh Corazón vigilantísimo de mi Maestro y de mi Guía.

Todas las gracias, todos los dones, todas las efusiones de la santidad están en Vos en toda

plenitud, Vos estáis sustancialmente santificado, y la sustancia misma de la santidad, oh Corazón de Jesús, mi Modelo y mi Santificador.

Y todas las perfecciones, todas las virtudes, todos los heroísmos, vuestro Corazón los ha practicado durante su vida por mi salvación; hoy, en la Eucaristía, me da su gracia; mañana, en el cielo, su recuerdo será mi alegría y el tema de mis alabanzas.

Y vuestro Corazón no ha sido creado, ni enriquecido, ni santificado para sí solo: Él es la causa universal de toda virtud, el foco de la vida sobrenatural y el Corazón mismo de la Iglesia.

Toda buena inspiración viene de vuestro Corazón; todo buen movimiento nace primero en él, y de esta fuente desciende á nuestros corazones. Ningún acto es virtuoso y meritorio, sino con la unión que tiene con la vida, la virtud y la santidad de vuestro Corazón.

Y cuando á vuestras grandezas divinas y amabilidades humanas añadís, por un exceso de amor, las bondades inefables de la Eucaristía, oh Corazón infinitamente dulce de Jesús, no sé cómo alabaros, bendeciros y amaros bastante. Yo adoro, pues, vuestro estado eucarístico. Yo creo que en la Hostia gozáis de la

visión y de la posesión de Dios, sin tregua, ni medida; pero creo también que Vos habéis tomado un estado escogido de las condiciones que os condenan á anonadamientos innumerables; Vos os ocultáis, pero hacéis callar todo lo que podría ponerlos de manifiesto; no hay aquellas miradas en que vuestra bondad brillaba tan dulcemente; no hay aquellas palabras en que vuestra misericordia se expandía tan tiernamente; no hay aquellos actos sublimes en que vuestro honor se mostraba tan victoriosamente; no hay aquellas maravillas en que vuestra omnipotencia brillaba tan magníficamente; Vos estáis rodeado de obscuridad, de silencio, de impotencia; y en este estado os entregáis á nosotros en el Sacramento, oh Corazón de Jesús. ¡Ah! Yo sabré encontraros allí; y comprendiendo que estos excesos de humillación no son más que excesos de amor, os adoraré más fielmente, os cantaré más alegremente y os amaré más cordialmente. Á vuestro Corazón en el Sacramento, á sus grandezas, á sus amabilidades, á su presencia, á su amor: adoración y alabanza, ahora y siempre y por los siglos de los siglos.

II.—ACCIÓN DE GRACIAS.

Una vez, estando delante del Santísimo Sacramento, me sentí investida de esa Divina presencia, y Nuestro Señor, me dijo: «Mi divino Corazón está tan apasionado de amor por los hombres, que no pudiendo contener en sí mismo las llamas de su ardiente caridad, es preciso que las derrame, y que se manifieste á ellos para enriquecerlos con sus preciosos dones.»

(Revelación á la Beata Margarita María.)

¡El corazón está hecho para amar, y vuestro Corazón, oh Jesús, ese Corazón que Dios quiso darse á sí mismo, no ha hecho jamás, desde su primer latido, más que amar y amarme!

Toda la vida del Verbo encarnado no es más que amor; pero un amor que, aunque infinito desde su primer fuego, parece, sin embargo, crecer siempre; tal es vuestra obra, ¡oh Corazón sagrado de Jesús! Vos sois quien le concebís; Vos, quien mantenéis su fuego; Vos, quien dais continua salida á sus llamas; este amor sois Vos. Vos quisisteis encerraros en el pecho de Jesús, cubriros con el manto del Sacramento, rodearos de gloria; en vuestra vida mortal, en la Eucaristía, como en el cielo,

es á Vos á quien veo, á quien oigo, á quien siento en todo lo que dice, todo lo que hace, en todo lo que es Jesús!

¡Vos sois, oh Corazón sagrado, quien derramabais en el misterio de Bethleem, donde el amor encarnado apareció por la vez primera, esos encantos tan dulces, esos atractivos tan poderosos que cautivan nuestros corazones! ¡Vos, que os dabais en las sonrisas, y los besos, y las miradas con que el Hijo recompensaba á su madre!

Es vuestro Corazón sagrado quien aceptó, quien santificó y nos hizo saludables los treinta años pasados en Nazareth en la obediencia y el trabajo.

Es vuestro Corazón quien venció en el desierto al demonio y nuestras tentaciones, en un acto de amor y de adoración; es vuestro Corazón quien multiplicó los panes para alimentar á la multitud hambrienta; es él quien, enternecido á la vista de todas las miserias humanas, multiplicaba los prodigios para socorrerlas; es vuestro Corazón quien, conmovido de las lágrimas de la viuda de Naim, le devolvió á su hijo único; él, quien os hizo vacilar y llorar con Magdalena sobre el cadáver de Lázaro; él, quien os enterneció hasta las lá-

grimas, sobre el endurecimiento de vuestra patria. ¡Tanto así vuestro Corazón amaba tan verdadera, tierna y generosamente!

De vuestro Corazón salieron todas las palabras de luz, de perdón y de consuelo que llenan el Evangelio; es él quien decía á la Samaritana: «¡Si tú supieras el don de Dios!»; á Magdalena: «Vete en paz, tus pecados te son perdonados»; al Buen Ladrón: «Hoy serás conmigo en el Paraíso»; á todos los pecadores, á todos los que sufren, á todos los que lloran, á todos los que están cargados y que sucumben: «Venid á mí, y yo os aliviaré.»

Es vuestro Corazón quien hizo vuestra Pasión y vuestra muerte; es él quien os entregó silencioso y dulce al beso de Judas, á los sufrimientos y á los látigos de los soldados, á las sentencias de Pilato, á la ignominia y al suplicio de la Cruz; y es él también quien antes de morir os inspiró orar por vuestros verdugos y darnos á María para Madre nuestra.

Y en todas las obras fundadas por el Verbo encarnado, el amor es el fin y el Corazón de Jesús nos ama.

Nos ama en esta Iglesia establecida para la vida del mundo y de quien nos ha hecho hijos; nos ama en el Papa, á quien ha dado la pala-

bra de la infalible verdad y el poder de los perdones sin límites. Y yo sé que si algún día las puertas del cielo se abren delante de mí, á Vos lo deberé, Corazón misericordiosísimo de Jesús, cuya activa y paciente solicitud me conduce, me sostiene y me dirige siempre. Y en esa mansión de felicidad, ¿qué será vuestro Corazón, sino amor también? Un amor que se satisfacă plenamente y se desborda sin medida.

¡Corazón de Jesús! De vuestra vida y de vuestra muerte, de vuestra Iglesia y de vuestro trono, no recibo más que amor. Pero el foco de todos estos amores, cuyas llamas me vivifican, que es vuestro mismo Corazón, ¿no me lo daréis también? ¿Es este deseo temerario quizá, habiendo recibido tanto? ¡Ah! Perdonadme, yo no puedo contener mi corazón que os grita: — Dadme vuestro Corazón, oh Jesús, y no me deis nada! Vuestro amor sin vuestro Corazón sería para mí un suplicio intolerable, que me haría morir de deseo!

Y Vos me habéis respondido: ¡Tomad y comed todos; éste es mi Cuerpo; ésta es mi Sangre! ¡Y la Eucaristía me ha entregado á vuestro Corazón! Yo lo tengo, lo poseo y no lo dejaré ir.

Es mío en el beneficio de una presencia real,

universal y perpetua, con todas las virtudes de su vida y todas las seguridades que trae consigo la presencia del justo, del santo, del Salvador. Es mío en el beneficio de un sacrificio de valor infinito, que me da cada día todas las satisfacciones, todos los méritos, todos los frutos de su Pasión y de su muerte; es mío sobre todo en el beneficio de la comunión, que derriba las últimas barreras y me le entrega por completo. ¡Es mío, yo lo he recibido, yo lo he comido, él se ha convertido en mí mismo! ¡Él me espera, y su gozo es darse á mí! Y yo he vuelto á los días de mi inocencia y he recibido al Corazón de Jesús; y me he apartado de mis extravíos, y el Corazón de Jesús no ha rehusado darse á mí. Mientras que yo viva me acordaré de las alegrías de mi primera comunión y cantaré eternamente las dulzuras del banquete en que Jesús festejó mi vuelta. Corazón de Jesús, fuisteis Vos quien hicisteis el brillo y los encantos de aquélla; Vos quien derramasteis en ésta un tan seguro perdón, que mi alma, olvidándose del triste pasado, se abrió á la esperanza y comprendió que podía vivir de amor, puesto que Vos la amabais! Y el Corazón que recibí entonces puedo recibirlo todos los días, pues es mío. Es mi pan cotidiano; es

mi vida y mi corazón para santificarme verdaderamente y conducirme con seguridad á la ventura sin fin: pero Jesús, oh Jesús, ¿quién es el hombre, para que le visitéis así y apliquéis de tal suerte vuestro Corazón contra su corazón?

III.—REPARACIÓN.

Estando de rodillas la bienaventurada con los ojos fijos en el Tabernáculo, se le apareció Nuestro Señor sobre el altar, y descubriéndole su Corazón, le dijo: «He aquí este Corazón que tanto ha amado á los hombres; que nada ha perdonado, hasta agotarse y consumirse para testificarles su amor; y en pago no recibo de la mayor parte de ellos más que ingratitudes por sus irreverencias y sacrilegios, y por las frialdades y desprecios que tienen para mí en este Sacramento de amor.»

(Revelación á la Beata Margarita María.)

Si la historia de los beneficios del Corazón de Jesús obliga á la gratitud, la contemplación de sus dolores está hecha para penetrar de amor y de compasión.

Desde su aurora hasta el momento en que se extinguió sobre el Calvario, la vida del Cora-

zón de Jesús ha sido un martirio. Dios le había creado para sufrir y le había dado, al mismo tiempo que la misión del sufrimiento, todas las aptitudes para cumplirla bien.

¡Padre, dijo al entrar en este mundo, Vos no queréis ya víctimas de la ley; heme aquí! La visión de su pasión y de su muerte futuras, la vista del pecado y del olvido de Dios, el triunfo de la mentira, la adoración á Satanás, eran lanzas clavadas hasta el cabo en el Corazón de Jesús y que su celo por la justicia movía continuamente en la llaga. Perseguido en Bethleem, desterrado en Egipto, desconocido en Nazareth, su vida pública fué constantemente contradicha, censurada, calumniada; venir con el Corazón abierto, con los brazos extendidos para amar, para salvar á fuerza de amor, y verse sin cesar desconocido y rechazado, ¡qué suplicio para el Corazón de un Salvador tal como Vos, oh Jesús!

Después vino la Pasión, precedida de la agonía terrible. Entonces tuvisteis una tristeza mortal, oh Corazón de mi Jesús, poseído de espanto, abrevado de amargura; entonces conocisteis las náuseas del disgusto y las debilidades de la agonía.

Y la traición de Judas y la huida de los apóst-

toles y las negaciones de Pedro vinieron á descargar sus pérfidos golpes sobre este Corazón del más fiel de los amigos. Y este Corazón, que jamás ha sabido más que amar, oyó los gritos del odio arrojados contra él. Este Corazón del más tierno de los hijos, encontró á su Madre en el camino de la ignominia y tuvo que abandonarla á los cuidados de otro. Y cuando toda la tierra estaba contra él, su Padre le abandonó; y bajo el peso de este supremo dolor dejó escapar su vida en un grito de angustia. Y á fin de que fuese declarando á todos los siglos que Él había muerto colmado de dolores y de insultos, un soldado, atravesándole con una lanza, gravó por rasgos indelebles el último ultraje sobre ese Corazón atravesado ya por tantos golpes.

Después de tales sufrimientos y de tales ignominias, ¿no es muy justo, oh Corazón de Jesús, que gocéis para siempre de la felicidad y de la gloria? Y, en efecto, desde que él volvió á tomar su movimiento la mañana de Pascuas, este Corazón no late más que para abrirse por transportes de alegría á los torrentes de gozo que corren en él, de la ventura beatífica. El camino del sufrimiento físico y de la tristeza moral le está cerrado, y tanto en la Eucaristía

como en el cielo, el Corazón de Jesús no puede sufrir.

Sin embargo, su bondad, por un lado, y nuestra malicia, por otro, hallan los medios de rehacerle una Pasión y una muerte perpetua en el Santísimo Sacramento: la Pasión y la muerte de la humillación y de la ingratitud.

El se ha escogido por amor un estado de anonadamiento y de sujeción que causa á su Corazón tantas humillaciones y oprobios, cuya profundidad sólo Él puede revelarnos.

«He aquí este Corazón que tanto ha amado á los hombres, que nada ha perdonado hasta agotarse y consumirse para testificarles su amor, y en recompensa yo no recibo de la mayor parte más que ingratitudes por sus irreverencias y sacrilegios y por las frialdades y desprecios que tienen para mí en este Sacramento de amor. Y esto me es mucho más sensible que todo lo que sufrí en mi Pasión; así como si ellos me rinden algo de amor, estimaré en poco todo lo que he hecho por ellos, y quisiera, si pudiera, hacer más todavía. Pero ellos no tienen más que frialdad é indiferencia por todas mis manifestaciones de amor.»

«Á lo menos, decía Jesús á la Confidente de

su Corazón, dame el gusto de suplir, en cuanto, puedas, á su ingratitud.»

Dulce Salvador, á pesar de mi indignidad, á pesar de la parte que he tomado en las ingratitudes que os hieren tan cruelmente, quiero por gracia y amor vuestro consolaros, reparar y suplir.

Yo os hago honrosa reparación por esta ignorancia en que están tantos cristianos sobre la presencia de vuestro Sagrado Corazón en la Eucaristía; ellos no quieren saber que Vos tenéis allí un Corazón; que este Corazón está lleno de vida y ardiente de amor por ellos; y ellos os tratan como un objeto que no tiene Corazón, entrando en vuestras iglesias sin respeto, manteniéndose en ellas sin piedad, pasando delante de Vos sin saludos, hablando y riendo insolentemente.

Y hay un número todavía mayor de bautizados para los cuales no existís en la Eucaristía, Vos, cuyo Corazón vela sobre ellos, protege su vida y los pone á salvo de la justicia divina, irritada por su apostasía! Y entre los buenos ¿cuántos tienen por la presencia de vuestro Corazón esa fe, ese amor que los hace piadosos, delicados, llenos de atenciones cordiales, y religiosos? ¿Quién trata á vuestro Corazón como

el más sensible y tierno de los Corazones?

Os hago honrosa reparación por todos los pecados que atacan vuestro Corazón en el Santo Sacrificio de la misa. ¡Cuántos cristianos rehusan asistir á la misa aun el domingo, prefiriendo mejor marcharse con un pecado mortal, que dar á vuestro Corazón la satisfacción que tendría en colmarlos de los frutos de vuestra muerte! Y entre los que asisten á él, ¡cuán pocos piensan en vuestro Corazón, en su agonía, en sus angustias, en los oprobios que sufrió en su Pasión, en los abatimientos que acepta en este Sacrificio! Y si hay malos sacerdotes que se cambian en verdugos, y que se aprovechan del poder que tienen para haceros descender á sus manos é insultaros así más de cerca, Corazón de Jesús, ¿quién reparará el crimen de esta traición? ¿Quién os consolará de las amarguras de esa hora cruel?

Os hago honrosa reparación por todos los pecados que vienen á ultrajar vuestro Corazón en la Comunión. Allí mismo, en esta en que se entrega con tanto amor, ¡cuántas contrariedades, cuántas humillaciones, cuántos malos tratamientos para vuestro Corazón! Perdón para todos aquellos que rehusan este don de vuestro

tro Corazón en el día de Pascua, Perdón para todos los que evitan recibirlo frecuentemente, cuando es el precio de su santidad. Perdón para las comuniones sacrilegas en que vuestro purísimo Corazón, condenado al contacto de los corazones corruptos, sufre una humillación peor que el beso de Judas. Perdón para las comuniones tibias, en que el afecto del pecado venial, el amor del mundo, la pereza en el sacrificio os disputan el amor de nuestros corazones.

Yo os hago, en fin, honrosa reparación por los tratamientos indignos á que se somete tantas veces á la Hostia de vuestro Corazón. La tocan con sus manos llenas de indignidades, la odian y la pisotean, la llevan á sus retiros, vestíbulos del infierno, y la hacen el juguete de sus mofas y víctima de su rabia diabólica; y hasta en las hostias profanadas, oh Jesús, vuestro Corazón no cesa de vivir, de callarse y de amar. Perdón, sobre todo, por nuestra ingratitud, que es la madre de todas las frialdades, de todas las irreverencias y de todos los crímenes cometidos contra el Sacramento de vuestro amor: Vos nos amáis, y nosotros no os amamos; Vos nos alimentáis, y nosotros os despreciamos; Vos nos colmáis de honor y

nosotros os rebajamos por nuestra conducta: Corazón de Jesús, Vos sois el amor y nosotros somos la ingratitud.

IV.—SÚPLICA.

Yo les daré todas las gracias necesarias á su estado. Yo los consolaré en sus penas. Yo derramaré abundantes bendiciones sobre todas sus empresas. Los pecadores encontrarán en mi Corazón la fuente y el océano infinito de la misericordia. Las almas tibias se harán fervientes. Los sacerdotes tendrán el arte de tocar los corazones más endurecidos, y su ministerio producirá, aun en lo que mira á la salud y la perfección de cada uno de ellos, frutos que superarán á sus esperanzas. Mi divino Corazón será un lugar de refugio durante la vida y principalmente á la hora de la muerte.

(Promesas del Sagrado Corazón.)

Si existe un sentimiento que nace espontáneamente del alma desde que ésta conoce vuestro Corazón, es el de la confianza. «Mi corazón estará en el Santuario, Vos lo habéis dicho: estará allí todos los días para escuchar la oración de todos los que lleguen á orar en el lugar de mi morada.» ¡Y vuestro Corazón está allí!

El Corazón del Divino Mediador es quien está sobre el altar, entre el cielo y la tierra, para presentir nuestras necesidades, recibir nuestras oraciones y llevarlas al trono de Dios: ¿cómo este Pontífice Santísimo, que ha pagado con su sangre todas las gracias que pide, podría dejar de ser escuchado?

Es el Corazón del Autor mismo y del Soberano Maestro de todos los bienes; Él puede dar libremente y como quiere y tanto como quiere y á quien quiere, porque lo que da le pertenece: ¿quién, pues, oh Jesús, podría carecer de confianza para vuestro Corazón omnipotente?

Es el Corazón de un Salvador cuya misión es aliviar todos nuestros sufrimientos, remediar todas nuestras miserias, socorrer todas nuestras necesidades, perdonar todas nuestras faltas; y para cumplirla fielmente, ha sido hecho de la misma naturaleza que nuestros corazones; ha contraído las mismas obligaciones, experimentado los mismos afectos, sentido las mismas penas, padecido los mismos sufrimientos: todo esto, á fin de saber por experiencia compadecer nuestras debilidades y hacerse un corazón de misericordia infatigable.

Es también el Corazón universal, el Corazón de todos los hombres, el Corazón del mundo

entero: fué abierto sobre la Cruz y permanece abierto en la Eucaristía, á fin de que todos podamos entrar en él: es tan grande, que todos caben allí; tan vigilante, que nada acontece que Él no lo sepa; tan sensible, que parece ser el Corazón de todos, experimentando en sí mismo lo que todos experimentan.

Sobre estos títulos apoyo mi oración, oh Jesús, y sé que Vos no los negaréis.

Corazón de Jesús, esposo de la Iglesia, que la habéis amado tanto hasta hacerla nacer de vuestro costado abierto y que la alimentáis con vuestra Carne, dadle la paz, extended su imperio y dadle su autoridad social sobre todas las naciones cristianas.

Corazón de Jesús, Pastor eterno, que amáis á vuestro Vicario Supremo, y permanecéis aquí abajo hasta el fin para inspirarlo y sostenerlo, volved al Papa la libertad de su ministerio y sus Estados, y guardad por mucho tiempo á nuestro amadísimo León XIII.

Corazón de Jesús, obispo de nuestras almas y fuente del sacerdocio, que amáis á vuestros sacerdotes hasta darles el derecho de inmolarnos todos los días, dad á los Obispos y á los sacerdotes el celo que os hace conocer y la santidad que os hace amar.

Corazón de Jesús, esposo de las Vírgenes y el primer religioso de vuestro Padre, que amáis á los religiosos hasta habitar bajo su techo para darles el ejemplo y la gracia de su santo estado, os ruego por todos los religiosos: santificadlos en verdad.

Os pido por mis parientes y mis bienhechores, Corazón de Jesús, el más amante, agradecido y mejor de los hijos.

Os pido por los niños y los jóvenes que van á correr los riesgos de la vida: guardad su inocencia; avivad su fe; dadles el valor cristiano; haceos amar de ellos, Corazón de Jesús, Corazón de Padre y Corazón de Madre, que nos engendrasteis en vuestra muerte, que nos abreváis con vuestra Sangre, y que nos seguís por donde quiera siempre para defendernos.

Os pido por todos los pobres pecadores, Corazón de Jesús, Hostia de propiciación para sus crímenes, Víctima santa que por su salud os inmoláis todos los días en el altar.

Os pido por los agonizantes, Corazón de Jesús, que nos guardáis en el Viático los frutos saludables de vuestra agonía y de vuestra muerte.

Os pido por todos los que lloran, por los perseguidos y por los miserables, Corazón com-

pasivo, que habéis conocido la amargura de las lágrimas y que estáis tan abandonado en vuestro Sacramento.

Os pido por mi patria: dadle un gobierno cristiano; proteged todas las instituciones que os sirven: os lo pido, Corazón de Jesús, que tanto habéis amado á nuestra patria y que le habéis hecho la misericordiosa revelación de vuestro Corazón.

Corazón de Jesús que amáis á todas las almas, os pido por las que gimen en el Purgatorio, y os ofrezco los méritos de esta adoración en sufragio suyo.

Os pido, en fin, por mí mismo: mis necesidades son inmensas; abrid sobre mí los ojos de vuestro Corazón. Armaos de paciencia; usad vuestra bondad hasta los últimos límites; sed indulgente sin medida. Corazón de Jesús, confiado únicamente en vuestra gracia, espero ser fiel á los deberes de mi profesión; valeroso en el sacrificio; empeñoso en la corrección de mis defectos; paciente en la prueba y perseverante hasta el fin en vuestro amor.

Concededme, Corazón bonísimo, que recuerde siempre que estáis presente y vivo por mí en la Hostia; que continuáis por mí sobre el altar vuestra Pasión y vuestra muerte y

que queréis daros realmente á mí en la santa Comunión. Yo os recibiré con mucha frecuencia, y en particular el primer viernes de cada mes, según vuestro deseo. Y no quedaré satisfecho mientras no pueda exclamar en verdad: He encontrado mi corazón en vuestro Corazón: *Inveni cor meum ut orem Deum meum*. He encontrado vuestro Corazón para amaros, Jesús, para amar á Dios, para amar á María, para amar á mis hermanos, para orar, para trabajar y para sufrir; he encontrado vuestro Corazón para morir como cristiano, como santo, y merecer así la vida del eterno amor.



LAS CINCO LLAGAS.

I.—ADORACIÓN.

La verdad de las Cinco Llagas.

¿Qué son esas Llagas que tenéis en medio de vuestras manos?»

Creo, oh Jesús, que Vos sois el Cristo verdadera y realmente presente en el Sacramento. Creo que vuestros pies y vuestras manos y vuestro pecho sacratísimos conservan bajo los velos eucarísticos, en la gloria del cielo, los signos sagrados de las Llagas que se os hicieron en vuestra pasión, por los clavos y la lanza. Yo beso en espíritu, adoro con fe, considero con amor, reconocimiento y admiración esas benditas señales, y quiero fijar en ellas

que queréis daros realmente á mí en la santa Comunión. Yo os recibiré con mucha frecuencia, y en particular el primer viernes de cada mes, según vuestro deseo. Y no quedaré satisfecho mientras no pueda exclamar en verdad: He encontrado mi corazón en vuestro Corazón: *Inveni cor meum ut orem Deum meum*. He encontrado vuestro Corazón para amaros, Jesús, para amar á Dios, para amar á María, para amar á mis hermanos, para orar, para trabajar y para sufrir; he encontrado vuestro Corazón para morir como cristiano, como santo, y merecer así la vida del eterno amor.



LAS CINCO LLAGAS.

I.—ADORACIÓN.

La verdad de las Cinco Llagas.

¿Qué son esas Llagas que tenéis en medio de vuestras manos?»

Creo, oh Jesús, que Vos sois el Cristo verdadera y realmente presente en el Sacramento. Creo que vuestros pies y vuestras manos y vuestro pecho sacratísimos conservan bajo los velos eucarísticos, en la gloria del cielo, los signos sagrados de las Llagas que se os hicieron en vuestra pasión, por los clavos y la lanza. Yo beso en espíritu, adoro con fe, considero con amor, reconocimiento y admiración esas benditas señales, y quiero fijar en ellas

las miradas de mi alma, estudiarlas y comprender sus misterios.

Oh Jesús, dejadme penetrar en vuestras Cinco Llagas, con María vuestra Madre, con San Juan, con Magdalena, con Francisco de Asís y los Santos de todos los siglos que más tiernamente las hayan amado y estudiado más amorosamente. Purificadme, iluminadme, inflamadme.

¿Qué son, pues, vuestras Llagas? ¿Como fueron hechas?

El Salvador había subido las peñas del Calvario, agobiado bajo el peso de su cruz, debilitado por sus tres caídas en el doloroso camino, vestido con un manto que se pegaba á las llagas hechas por los azotes en las espaldas, la cabeza herida por todas partes por las espinas de la corona, con las mejillas desgarradas por las bofetadas, cubiertas de lodo y de araños, con los ojos empapados en lágrimas y en sangre.

A eso del mediodía le despojan de sus vestiduras y le arrancan la corona de espinas. Entonces se ve brotar su sangre de mil fuentes á la vez, jirones de carne arrancados con los vestidos; y la augusta y santa Víctima aparece en una humillante desnudez á las miradas

curiosas, insultantes y feroces de sus verdugos. Este ignominioso tratamiento hace temblar su naturaleza humana de un modo que supera á lo que expresarse puede: esto es el colmo del insulto y de la indignidad. Ellos le presentan entonces un vaso lleno de hiel y vinagre. Jesús lo toma para añadir este suplicio á todos los demás; después vuelve á otro lado el rostro, como para indicar que conoce el sacrilegio péfido de los verdugos. La cruz está extendida en el suelo: acuestan bruscamente al Salvador. Jesús se deja hacer esto con tanta dulzura como el niño á quien su madre acuesta en la cuna. Silencioso y dulce, con los ojos fijos en el cielo, se extiende sobre la cruz como Isaac sobre la leña, y entregándose á la furia de los verdugos, se abandona al amor, á la justicia y á la majestad de su Padre. Tres agujeros habían sido practicados de antemano en la cruz, dos para las manos y uno para los pies. Los verdugos toman la mano derecha de Jesús y la sujetan al brazo derecho de la cruz; le abren la palma de la mano, fijan á ella un grueso clavo, largo y triangular; y al golpe del martillo lo hacen penetrar primero en las carnes y después en el leño de la cruz. Se oyen los golpes sucederse unos á otros, ya agudos, ya sordos, según pegan

en el clavo ó hieren la mano del Salvador. Los músculos se quiebran, los nervios se rompen, las carnes se desgarran; el clavo ha atravesado la mano y pasa al otro lado de la cruz. Jesús continúa en heroico silencio; ni un movimiento de impaciencia, ni una sola queja; su mirada compasiva se dirige con bondad infinita hacia sus verdugos, y después se fija de nuevo en el cielo.

Y entrega su mano izquierda. Mas ésta no puede alcanzar al lugar que le ha sido marcado de antemano. La violencia de la crucifixión de la mano derecha había atraído todo el cuerpo hacia ese lado. La escena que siguió fué horrible. Los verdugos estiraron con todas sus fuerzas el brazo izquierdo; pero no podía alargarse bastante. Ellos apoyan sus rodillas sobre las costillas, á las que esta violenta presión desgobierna sin romperlas, y dislocando el brazo de Jesús, logran extender su mano, hasta el lugar prefijado. Los horribles golpes del martillo comienzan á caer sobre esta mano y su eco va á resonar en el corazón de María y de las santas mujeres, interrumpido únicamente por las blasfemias de los verdugos y las risas satánicas de los farisces y de los sacerdotes. Las piernas de Jesús son también estiradas

con brutalidad; el cuerpo estaba enteramente contraído por bárbara tensión de los brazos y sus rodillas estaban muy forzadas. Los verdugos unieron dos cordeles á sus piernas; y mientras unos estaban de rodillas de miedo que no cediese al esfuerzo y para impedir que las manos, desgarrándose por completo, se saliesen de los clavos, otros estiraban violentamente hasta que los pies llegasen hasta el agujero practicado para ello. Esta fué una dislocación espantosa. Todos los huesos de Jesús tronaron á la vez, las protuberancias y las junturas de los huesos aparecieron á través de la piel. Esta dolorosa profecía fué entonces realizada: «Han taladrado mis manos y mis pies y se pueden contar todos mis huesos.» Habiendo logrado los verdugos estirar bastante los pies de Jesús, fueron éstos colocados al punto uno sobre otro, y á través de la masa sólida de los músculos trémulos y agitados, el clavo penetró lentamente, haciendo sufrir á Jesús una agonía inexplicable, á causa de la falta de fijeza del pie en esta posición.

Ya sumidos los clavos, se volteó la cruz para remacharlos: Jesús fué puesto con el pecho contra la tierra. El peso de la cruz, redoblado por cada uno de los golpes del martillo que

pegaban sobre los clavos para asegurarlos, le martirizaba, oprimiéndolo violentamente contra las asperezas de la roca; su pecho oprimido apenas podía respirar, sus manos y sus pies estaban en un estado atroz; todo era un montón de carne despedazada y palpitante, de donde la sangre corría á torrentes.

Levantán la cruz y la ponen en un profundo agujero que debe recibirla: cada sacudida desgarrá más las manos y los pies de la augusta Víctima; cae de repente con violento estruendo al fondo de la cavidad; todos los huesos de Jesús se entrechocan, sus llagas se agrandan más y su sangre corre con mayor abundancia.

Esas cuatro grandes Llagas abiertas en las manos y en los pies de Jesús fueron expuestas al sol ardiente, sin ser cubiertas durante las tres horas que permaneció en la cruz: la posición perpendicular del cuerpo continuaba agrandándolas insensiblemente: cada minuto renovaba el dolor que había tenido al abrirse.

Jesús exhaló el último suspiro. Un soldado se acerca á la cruz y de un lanzazo le traspasa el pecho de parte á parte, atravesándole el corazón. Al sacarla, el hierro hace brotar un doble torrente de sangre y agua que cae sobre el soldado, y alcanza también como el ladrón

penitente un bautismo saludable. Esta herida es la última que recibió Jesús; no le ocasionó dolor alguno, porque el alma había abandonado al cuerpo, pero Jesús había aceptado de antemano esa ignominia y la había hecho meritoria.

Lavadas cuidadosamente por María y por Joseph de Arimatea, fueron cubiertas de besos por la Madre y por sus compañeras, y envueltas en unas vendas: ellas imprimieron su traza sobre el lienzo que envolvió al cuerpo de Jesús. El día de la Resurrección la Omnipotencia Divina las curó, puso en su lugar los músculos desmembrados, reanudó los nervios réventados y los tejidos destruidos; pero quedó la cicatriz netamente aparente, con una abertura milagrosamente bella y graciosa. Y cuando Cristo resucitó ellas adornaban sus manos, sus pies y su pecho como la marca indeleble de su victoria. «Ven, Tomás; ve mis pies y mis manos y pon en ellos tu dedo; mira mi costado; pon tu mano en la herida de mi corazón, y cree firmemente que yo soy.»

Quando el pleno mediodía de la Ascensión permitió al Salvador levantar todos los velos bajo los cuales tenía cautiva la gloria de su cuerpo, las Cinco Llagas aparecieron brillantes

como unos soles. Los ángeles llegándose apresurados á su triunfo, exclamaban admirados: «¿Qué significan esas Llagas en vuestras manos?» Y las contemplan en extásis indecible; María, José y los Santos las adoran y las besan con transportes de respeto; Jesús las guarda como el trofeo de su victoria; las muestra á su Padre como la prueba de su amor, como el signo de su obediencia, como el precio de la redención y como el rescate de los elegidos.

En el día del juicio, ellas brillarán con un brillo vengador y harán retroceder de espanto á los malvados que hayan despreciado los tesoros de misericordia que ellas les ofrecían para su salud; ellas serán para los justos, la prenda del juicio misericordioso y de la bendición eterna; después, durante la eternidad de la eternidad, se les cantará, se les adorará, se les bendecirá en la alegría.

Esperando, siempre que las palabras de la consagración se escapan en su vuelo atrevido que nadie detiene, hacer venir al Cordero vivo sobre su trono, para constituirlo sobre el altar en el estado de su inmolación eucarística, la humanidad de Cristo, que se encuentra toda entera bajo las especies con todos sus miembros, se encuentra también con sus manos, sus

pies y sus costados traspasados. Esta Hostia es la Hostia de las Cinco Llagas. Lo que ella contiene sois Vos, oh Jesús, que tendisteis vuestras manos y vuestros pies á los verdugos que querían traspasarlos; Vos, que padecisteis todos los tormentos de la Crucifixión; Vos, que recibisteis todos los golpes de los crueles martillos; Vos, cuyo costado fué abierto y cuyo Corazón traspasado por la lanza. Y guardáis en vuestro Sacramento para darme su fruto y sus virtudes, con las cicatrices y los rastros de vuestras Llagas, todo el amor, toda la paciencia, todos los méritos que tuvisteis al recibirlos por la primera vez. ¡Jesús, Jesús, yo adoro vuestras cinco Llagas! Yo las adoro en el Calvario á la hora en que las recibisteis; yo las adoro en el cielo, como emblema de vuestro triunfo; las adoro en el Sacramento, como prenda de mi salud.

II. — ACCIÓN DE GRACIAS.

El amor de las Cinco Llagas.

Él ha sido sacrificado porque lo ha querido, como el Cordero entre las manos de aquel que le sacrifica. Él ha sido sacrificado y no ha abierto la boca para quejarse.

Conocemos el hecho de las Cinco Llagas. Es necesario contemplar su amor para alimentar en nuestra alma los sentimientos de gratitud que reclama este admirable y dulcísimo misterio.

¿Quién podrá comprender vuestro amor cuando os dejasteis traspasar las manos, los pies y el costado?

Fué el amor quien os hizo aceptar ese suplicio. En verdad que ellos os tenían sujeto, que os habían amarrado con cuerdas; ellos eran el número, ellos eran la fuerza; pero si Vos no lo hubieseis querido positivamente, ¿hubieran podido teneros un solo instante? Vos os entregabais aunque ellos no quisieran aprehenderos. Fué vuestro amor quien os encadenaba. Él quien mantenía en la inacción las legiones impacientes de vuestros ángeles, dispuestos á vengaros; él quien contenía vuestro poder, vuestra majestad, vuestra santidad y que reducía todos los derechos de vuestra divinidad á sufrir hasta el fin tan odiosos tratamientos. Cada uno de los malos tratamientos de vuestros verdugos lo queríais y aceptabais libremente y por amor; á cada golpe del martillo respondíais por un nuevo latido de vuestro Corazón que gritaba: ¡Amor, más amor! Y el sufrimiento de cada músculo roto, de cada nervio reven-

tado, de cada gota de sangre que corría, le habíais previsto distintamente, aceptado individualmente, y le acompañabais del silencioso cántico de amor que cantabais dentro de vuestro Corazón á vuestro Padre y de las palabras secretas de perdón que derramabais sobre nosotros. Golpead, verdugos, herid, desgarrad; bajo vuestra opresión, esta masa enrojecida arroja sin cesar torrentes de amor más puro, más ardiente y más dulce. Abrid esas manos que han trabajado tanto, esos cansados pies, y mostradnos el amor que les sostenía y les conducía, que hacía esas manos tan benéficas, esos pies tan bellos y tan presurosos en correr al socorro de todas las miserias. Abrid, abrid sobre todo su pecho, y que veamos descubierto ese Corazón que animaba aquella vida, dedicada por completo á hacer el bien, el foco de tantas palabras de luz y de vida, la fuente de tanto amor y de tanta ternura, el centro de tantas virtudes humildes y sublimes, fuertes y dulces, tan humanas y á la vez tan divinas.

Vuestras Llagas, oh Jesús, son la grande lección del amor que sufre por los que ama, la lección de la paciencia en el sufrimiento.

Su vista es quien ha sostenido á los mártires en los suplicios.

Sólo su vista puede dar la paciencia sobrenatural en ese otro martirio, al cual estamos expuestos todos, de las heridas, de las debilidades, de las enfermedades, con su cortejo necesario de dolorosas operaciones y de inclinaciones aun más dolorosas, de remedios insupportables y de humillantes sujeciones.

Yo sufro cruelmente: mis nervios están excitados violentamente; las crisis agudas se suceden y se prolongan; mi llaga está envenenada; yo me siento roer por estas úlceras; un fuego interior me consume, la fiebre me devora. ¡Cuán largos son mis días y cuánto más largas son mis noches! Muchos años ha que estoy en este tormento; ¿cuánto tiempo durará todavía? Meses, años tal vez, siempre quizás. ¡Oh martirio! ¡Oh misterio cruel! Sufrir, siempre sufrir! Este es un infierno. ¿Qué he hecho yo para esto? ¿Lo he merecido más que otros?

¿A estas terribles cuestiones que mi razón no puede resolver; á estas quejas que nada en el mundo puede apaciguar, ¡ah! bendito y mil veces bendito seáis por haber dado la respuesta sufriendo primero por amor hacia mí, oh Jesús. Vos no merecisteis esos sufrimientos. Vos podíais satisfacer la justicia de vuestro

Padre por mil otros medios que sabe vuestra sabiduría infinita; pero Vos pensabais en mí; Vos sabíais que yo sufriría y que debía padecer la tortura del hierro y del fuego en mis miembros y quisisteis darme ejemplo y valor. Heroico Jesús, de un solo golpe Vos habéis sufrido más que cualquiera criatura humana, y habéis tenido más dolor que el que todas juntas pudieran tener. Las manos y los pies perforados, atravesados por gruesos clavos á fuerza de martillo, después de que los azotes han herido vuestras espaldas y descubierto vuestras costillas; después que la corona, clavando sus dardos en vuestra cabeza y en vuestra frente, ha herido tan profundamente ese centro de toda sensación, destrozándola de dolor! ¡Oh Jesús! ¡Oh Jesús! ¡Y todo esto únicamente por mí! ¡Y en un cuerpo tan delicado, tan sensible! ¡en un organismo tan perfecto! ¡Y todo esto sin tregua, sin alivio, sin que una sola gota de agua haya refrescado vuestros labios, ni una sola gota de aceite mitigado el fuego de vuestras Llagas, ni una sola gota de vino fortificado vuestras carnes; sin que un solo lienzo ó una sola venda haya ceñido esas Llagas y contenido esa sangre y sujetado esas carnes destrozadas. ¡Ah, si se unen conmigo,

de todos los tiempos y todos los lugares, los mutilados, los heridos, los sentenciados! Aquellos á quienes el cáncer, la úlcera, la lepra ó la grangrena devora incurablemente, todos aquellos que están en el suplicio del sufrimiento corporal y ellos conmigo, debemos confesar que nuestras torturas no son comparables á las vuestras y que en la hora sola en que vuestros pies y vuestras manos fueron atravesados, habéis sufrido más que nosotros. ¡Y todo lo padecisteis sin quejaros, sin enojaros ni contra el mal, ni contra los verdugos que os torturaban, ni contra vuestros amigos que os abandonaban! ¡Y era el amor quien os entregaba á ese suplicio, el amor quien os mantenía en él el amor quien cerraba vuestra boca á las quejas y derramaba en vuestro mirar aquella dulzura, aquella paz, aquel abandono! ¡Gracias, gracias, oh Jesús! Yo tengo el secreto de mi sufrimiento, el remedio á mi impaciencia: tengo la respuesta á mi razón preocupada y á los gritos de mi naturaleza que sucumbe. ¡Que yo os vea, y basta! Si me quejo más, si lloro, si desfallezco, á lo menos que mi mano oprimiendo vuestra imagen, que mis labios besando vuestras Llagas, que mis ojos fijos en Vos os digan que yo acepto todo por Vos y que mi

amor pronuncia el sí que triunfa de mí mismo y del dolor y que á pesar de todo, os amo.

Mas estos surcos en las manos y en los pies de Jesús son demasiado profundos para no ser más que los caracteres grabados de esta grande lección de la paciencia en el sufrimiento. Verdugos, ¿qué hacéis, pues? ó mejor dicho, amor que los obliga á hacer ciegamente tu obra, ¿en qué los empleas ya? Y el amor ha dicho: Atravesad, herid, abrid más. Yo quiero que estas Llagas sean un santuario y una fortaleza, un asilo y un refugio, un retiro y una morada, un puesto y un abrigo. Yo quiero que entren allí, que habiten allí, que estén allí cómodamente, que se abriguen allí y que puedan ocultarse y desaparecer enteramente.

Venid á mí todos los que sufrís, que estáis apenados, alarmados, tentados, acusados, engañados, traicionados, calumniados, desconocidos, despreciados, vacilantes, amenazados, perseguidos, abandonados, agobiados, atemorizados, desesperados; vosotros, cuyos ojos lloran, cuyo corazón sufre, cuyo espíritu está sumergido en las tinieblas, cuya alma está bañada en la amargura, y la vida rota para siempre; vosotros los que no veis por todas partes más que espantosas tempestades, ó un silencio aun

más desolador; quienes quiera que seáis, cualquiera que sea vuestro dolor y su duración y su causa; que lo hayáis merecido por vuestros pecados ó que sólo sea una prueba, venid á mí. No desesperéis, no os condenéis; cesad de descender hacia el abismo; ó si el abismo os llama inexorablemente, arrojaos en el abismo de mis Llagas y de mi Corazón! mi Corazón os está abierto. Yo os espero allí con las manos abiertas llenas de bálsamos saludables. ¡Yo los verteré sobre vuestros dolores, con una atención y una delicadeza y una paciencia que la mejor de las madres ignora para su hijo, ni el más caritativo de los médicos para su enfermo de predilección!

¡Oh palabra de vida, de paz, de esperanza y de salud para mi pobre alma culpable y desgraciada! Pero ¿donde estáis, Jesús? ¿Acaso me esperaréis en el Calvario de Jerusalén? ¿Acaso en el cielo deberé buscar vuestras Llagas para refugiarme en ellas? ¡Oh Jesús! ¡Nosotros estamos muy lejos del Calvario y mucho más lejos del cielo todavía! ¿No podremos encontrar vuestras Llagas en el mismo lugar de nuestros sufrimientos, y á nuestro lado, cerca de nosotros? Y si solamente el Crucifijo bendito me ofrece el ejemplo, y la gracia, y el refugio de

vuestras Llagas, oh Jesús, aun ese Crucifijo no es más que una imagen y un recuerdo; necesito más: vuestras Llagas con la Sangre, con el amor, vuestras Llagas con Vos mismo, Vos que habéis sufrido y que me habéis amado! Y el amor ha prevenido este deseo y satisfecho esta necesidad de mi Corazón! En la Hostia, bajo el velo Sacramental, el Salvador guarda en sus manos, en sus pies y en su costado las llagas de su Pasión; ellas permanecen abiertas y continúan destilando su bálsamo compuesto de la sangre, del sufrimiento y del amor de Jesús, y ellas nos lo aplican. Y estas Hostias están por todas partes; estas Hostias os siguen, os envuelven y os contienen, y son, en verdad, el Jesús que ha sufrido por vosotros, y es él mismo quien os presenta abiertos, hospitalarios y seguros esos refugios tan sagrados y dulces. Entrad en ellos por la comunión; penetraréis mucho más por la comunión en las llagas del Salvador que lo que penetraron los clavos y la lanza del centurión; entraréis en ellas más profundamente que Tomás. Besad en espíritu la entrada de estos saludables retiros; pegad vuestra boca á esas venas de una agua tan límpida y tan fresca; dejad esas fuentes puras correr sobre vosotros y cubriros; bañaos en esas aguas

de vida; verted sobre vuestras llagas la esencia de esas rosas encarnadas; en fin, reposa y gustad en ellas cuán dulce es el Señor. Haced á menudo, haced todos los días esta consoladora experiencia; pero tened fe y confianza, y bendecid con los acentos de la verdadera gratitud á la Hostia de las Cinco Llagas, á la Hostia del sufrimiento, aceptada y deseada y llevada por amor, la Hostia en que el Salvador os da todas las gracias, todos los ejemplos, todas las virtudes de su sufrimiento; la Hostia que os rendirá la paciencia y la resignación, la fuerza y la esperanza, la Hostia que habrá sufrido vuestros propios dolores con vosotros, en vosotros y más que vosotros, uniendo á sus Llagas vuestras llagas, todas vuestras llagas, las de vuestros miembros y las de vuestra alma, para curarlas, santificarlas y hacerlas fecundas.

III.—PROPICIACIÓN.

La expiación de las Cinco Llagas.

«Él ha recibido estas Llagas á causa de vuestras iniquidades; ha sido maltratado á causa de nuestros crímenes.»

Es vuestro amor, oh Jesús, quien acepta estas

Llagas con sus crueles sufrimientos; pero es el pecado quien las causa; y por expiar los pecados cometidos por las manos, por los pies y por el corazón del hombre, las recibís en vuestras manos, en vuestros pies y en vuestro corazón.

Así, pues, en las Llagas de vuestras adorables manos debo ver la gravedad de los pecados cometidos por mis manos, en las de vuestros sacratísimos pies comprenderé el mal de los pecados, cuyo instrumento son mis pies; y considerando vuestro Corazón abierto por la lanza, comprenderé la iniquidad y los crímenes de mi Corazón; y la sangre, el sufrimiento y la virtud de estas Llagas purificarán mis acciones, mis pensamientos y mis afectos.

Hemos elevado nuestras manos en nuestro loco orgullo—*manus nostra excelsa*;—y hemos dicho: ellas están libres de todo yugo; ellas hacen maravillas de poder; nada las detiene: ellas penetran las montañas y suprimen los espacios; ellas arrojan en la urna el voto que hace la autoridad de las leyes y las de los gobiernos populares: ¿tenemos otro Dios á quien adorar que la obra de nuestras manos?—Y á causa de este orgullo que el hombre saca de las obras de sus manos, las vuestras, oh Jesús, que son las del Dios Criador, las manos omnipotentes,

las manos que tienen las riendas del gobierno de los mundos, están ligadas, sujetas, clavadas en la impotencia, el sufrimiento y la ignominia.

Vuestras manos están sumergidas en la pereza; están cargadas de joyas, de perlas y de anillos de oro; han triunfado de su fineza y de su blancura; han sido un instrumento de pecado; lavadas en los perfumes, se han mantenido en la molicie, huyendo del trabajo que hubiera podido quitar un tanto cuanto su suavidad y brillo; y lo que es más, se han hecho impuras, sucias y criminales.—Y por esto es que las vuestras, oh Jesús, vuestras purísimas manos, después de haber sido maltratadas y encallecidas en los rudos trabajos de treinta años, están hoy heridas y desgarradas: el lodo se mezcla á la sangre; y por todo atavío, ellas ostentan los enormes clavos que las atraviesan de parte á parte.

Las manos del hombre se han entregado á la violencia; han sido el instrumento de la venganza, de la cólera y del asesinato.—Y para expiar estos crímenes y lavar toda la sangre injustamente vertida, vuestras manos, siempre dulces, benéficas y saludables, vuestras manos, oh Jesús, son heridas, traspasadas y ensangrentadas.

Vellas bajo la tensión de la crucifixión, extendidas, abiertas, dejando correr liberalmente, con su sangre, la vida, el perdón, la salvación.—Para expiar el pecado de las manos avaras que siempre atesoran y siempre permanecen cerradas á las necesidades del pobre y del huérfano.

Ellas han sido fijadas á este leño por las manos inmundas de los verdugos.—Para expiar el crimen de los pecados sacrílegos, el crimen de las manos de Judas, que fué el primero en comer indignamente vuestra Eucaristía, y de todos los de su raza, que desde que estáis en el Sacramento os han sacrílegamente tocado, comido y profanado.

¡Jesús! así es que en el sufrimiento, la ignominia y la transfixión de vuestras manos expiais todos los crímenes cometidos por las manos del hombre. ¡Ah! dejadme besar vuestras manos traspasadas: ellas se extienden hasta mis labios en la Hostia sagrada; dejadme que aplique mis manos, para purificarlas, contra vuestras manos. Yo os pido perdón por la Llaga de vuestra mano derecha y por la Llaga de vuestra mano izquierda, por todos los pecados que por mis manos he cometido.

Vuestros pies, el Profeta los había percibido

sobre la cima de los montes, cuando os veía venir como heraldo de la buena nueva; ¡cuán bellos, deslumbrantes, ágiles, fuertes, intrépidos, é infatigables eran! No temían ni las espinas de los zarzales, ni las asperezas de la piedra; desafiaban al frío y al lodo, al sol y al polvo, á los sudores y á las fatigas. Ellos siguieron el camino recto y justo, sin declinar jamás en el sendero de la iniquidad; sus huellas marcan el camino seguro, y quien las sigue no marcha en las tinieblas. Y ahora vedlos cubiertos de un lodo rojinegro, formado de polvo y de sangre coagulada; están deformes, desgarrados, destrozados y horriblemente agujereados; ellos están clavados sobre la Cruz y guardarán para siempre los estigmas de aquella hora de suplicio y de vergüenza.

¿Qué es, pues, esto, oh Jesús! Vos habéis debido expiar por las redes tendidas por la maldad á los pies de los sencillos; por las caídas ocasionadas por las piedras de escándalo, dispuestas por el perverso bajo los pies de la inocencia. Vos habéis expiado por el orgullo en el andar y por la impaciencia—*apostata terit pede*,—por la vanidad que triunfa de una forma agradable, de una gracia lasciva. Vos habéis pagado por todos los pasos y las posturas y los

gestos de los bailes, en que la concupiscencia y el libertinaje encuentran en el hogar doméstico, como en las escenas públicas, tan abundante alimento. Todos los pasos que el pecador da para satisfacer los fines, y de los que cada uno renueva su crimen, renovando su resolución de cometerlo; todos los deseos, todos los ardores que alimenta para afianzar su presa; todas las genuflexiones hechas en otro tiempo ante los ídolos del paganismo, y todas las que reclaman los ídolos de carne de un mundo convertido en pagano, y todas las que, por lo contrario, se os rehusan en vuestros templos en que residís, sin embargo, Amor de los amores, Belleza de las bellezas, único Dios verdaderamente adorable; todos estos pecados, todas estas manchas, todas estas abominaciones, todas estas apostasias, cuyo signo es el pie del hombre, órgano ó instrumento, habéis aceptado expiarlas, sufrir su castigo, pagar su deuda á la justicia de nuestro Padre, y por esto, oh dulce Víctima, vuestros pies son ligados, crucificados, traspasados. ¡Oh, cuánto deseo besar vuestros pies con Magdalena y María y con todos los Santos é inundarlos con mis lágrimas de arrepentimiento! Jesús, por las Llagas de vuestros pies sacratísimos, dejadme que

venere y bese con amor vuestra Eucaristía, y cuya sangre y sufrimiento corran en mi alma por la comunión, como un remedio de vida; Jesús, purificadme, purificadme.

Si los pies y las manos son los instrumentos de tantos pecados, ¿no puede decirse que el corazón participa de todas las faltas que el hombre comete? ¿No es el órgano de las afecciones? ¿No es la afección mala y desordenada á las criaturas, á los bienes sensibles, lo que constituye la malicia esencial del pecado? También vuestro Corazón, oh Jesús, ha comenzado por los pecados del corazón una expiación secreta desde su formación en el seno de María; también ha sufrido su Pasión propia en Getsemaní, donde sufrió en las angustias de la tristeza, del espanto y del fastidio; llevadas hasta la agonía, el castigo merecido por los crímenes de nuestros corazones. Mas era preciso que esta Pasión fuese manifiesta y que el tesoro de expiaciones reunido en vuestro Corazón pudiese ser distribuido; por esto permitisteis que vuestro costado fuese atravesado por la lanza, y vuestro Corazón abierto: dos fuentes brotaron de ellos entonces y no cesarán de correr jamás; ellas han formado dos ríos de pureza. El río de agua corre en las pisci-

nas del bautismo; lava el corazón de sus manchas originales y le da la pureza primitiva; el río de sangre serpentea á través del mundo en los cálices sagrados de los altares, y da la pureza activa y meritoria, la pureza que se purifica más y más cada día, y que llega á ser la perfecta pureza.

Corazón purísimo de Jesús, fuisteis traspasado para lavar en ese río de sangre y agua nuestros corazones cargados, torpes y carnales que se han embriagado de la afección sensual y que habiéndoos olvidado totalmente han pervertido vuestros mejores dones. ¡Desbordad, desbordad vuestras olas purificadoras sobre nuestros corazones perdidos, depravados y corrompidos, focos ardientes de tantos males!

¡Corazón amantísimo! la lanza os atraviesa de parte á parte para que vuestro amor, vuestra condescendencia, vuestra bondad, vuestra generosidad, derramándose con vuestra Sangre en esas ondas límpidas y rojas, paguen la deuda ingrata de nuestros corazones, cerrados por el egoísmo, endurecidos por el odio, devorados por la envidia, insensibles á las necesidades de los demás y sensibles solamente á la ruina de los otros, para regocijarse de ella.

¡Corazón humildísimo de Jesús! la lanza os

destroza para que vuestra humildad y vuestra dulzura caigan á torrentes, para destrozarlos de arrepentimiento, sobre nuestros corazones orgullosos, ambiciosos, insaciables, incrédulos, desconfiados, disimulados, perversos é hipócritas, idólatras de sí mismos y rebeldes á Dios, obstinados, endurecidos é impenitentes, fijos en el mal y más duros que el granito.

Por todos estos crímenes, cuyo principio, centro y medio son nuestros corazones, os pido perdón, oh Corazón traspasado de Jesús! y os ofrezco en expiación las ansiedades, las angustias, los terrores, los temores de vuestro Corazón; sus tristezas y sus disgustos en Getsemaní, sus sufrimientos y su agonía sobre la cruz, la llaga profunda que lo penetró, la sangre y y agua que brotaron de ésta. No por un simple deseo, ni una pura ficción de mi espíritu, sino en realidad os ofrezco, oh Jesús misericordioso, vuestro propio Corazón en la Hostia Eucarística en que vive siempre atravesado; os lo ofrezco á la hora de su inmolación sobre la piedra del Sacrificio; os lo ofrezco en sus largos anonadamientos en el Tabernáculo perpetuo; os lo ofrezco en mi alma cuando habiéndole recibido pueda unir y mezclar mi corazón culpable á vuestro Corazón inocente,

perder mi corazón en la Llaga hospitalaria de vuestro Corazón, y deciros: Piedad, piedad por los pecados de mi corazón, á causa de los sufrimientos y de las humillaciones del vuestro.

IV.—SÚPLICA.

Los frutos de las Cinco Llagas.

Yo derramaré sobre la casa de David el espíritu de oración; y ellos se volverán para orar hacia Aquel que hayan traspasado.

Los frutos de las Cinco Llagas son innumerables; ¿no resumen vuestras Cinco Llagas toda vuestra Pasión, oh Divino Cordero! Los principales puntos son tres:

1.º El poder de la oración.—Jesús había comenzado desde su venida al mundo su oficio de mediador y de sacerdote, orando sin interrupción. Aunque heroico y sublime en todo, ha querido unir á las oraciones de sus deseos la de sus sufrimientos; su cuerpo se ha convertido en bocas de oración; á la voz de sus suspiros, de sus gritos y de sus lágrimas, ha unido la voz de su sangre, de sus carnes desgarradas, de sus manos, de sus pies y de su Corazón traspasados: y esta doble oración ha acabado

de vencer la justicia de Dios y nos ha obtenido el pleno perdón.

Como Pontífice por toda la eternidad, Cristo continúa en el cielo su oficio de oración, y por sus Llagas continúa orando. Él las muestra al Padre y le interpela en favor nuestro, obligándole á derramar sobre el mundo todos los dones, todos los socorros que nos han adquirido sus Llagas, sus dolores, su Pasión y su muerte.

Además, para añadir á esta mediación triunfante la potencia de una oración de nuevo humillada, abatida, anonadada, Cristo vuelve á descender á la tierra; recubre sus Llagas gloriosas de la obscuridad y de la debilidad del Sacramento, y Dios oye de nuevo sobre la tierra la oración del Sacrificio y de su Hijo muy amado, renovada en los abatimientos y anonadamientos de la Hostia. Mas al venir aquí abajo, vuelve á tomar su ministerio de la oración, el Salvador quiere asociarnos á Él, y viene para dar pureza, ardor y fuerza á nuestras oraciones, uniéndolas á las suyas. Él está, pues, allí en el Sacramento, como Pontífice de la oración universal; Él inspira y sostiene y después recoge y se apropia todas nuestras oraciones, todos nuestros votos. Los recoge en las profundas Llagas de sus manos;

las sumerge en la Llaga más profunda de su Corazón; allí se purifican, se hacen santas, fecundas y omnipotentes, participan de la oración del Soberano Sacerdote y participan de la virtud y el valor de ésta, y se hacen la oración de Jesús mismo. ¡Oh dulce misterio de la intercesión por las llagas de mi Jesús!

De hoy en adelante por vuestras llagas oraré también, oh Divino Sacerdote. Las presentaré á Dios siempre abiertas y suplicantes en todas las Hostias del mundo. ¿Qué podéis rehusarme entonces, Vos que habéis dicho: «Todo lo que pidieris á mi Padre en mi nombre os será concedido?»

Pues bien, yo os pido en vuestro nombre, en vuestro nombre de sangre escrito en vuestras Llagas en el Calvario, en vuestro nombre de poder brillante, en vuestras Llagas en el cielo, en vuestro nombre de amor grabado en vuestras Llagas en el Sacramento: Jesús, por vuestras Cinco Llagas escuchadme.

2.º El Apostolado del sufrimiento.—Tal es el segundo fruto que producen las Llagas de Jesús.

Cualquiera que sufre, puede, si quiere, y es de su deber quererlo, cooperar en una medida cuya magnitud sólo Dios conoce, pero que es

siempre real y muy grande, á la salud del mundo; continuar la redención comenzada en el Calvario, y que no terminará sino hasta el último día; á salvar almas, avanzar el reino de Dios, hacer retroceder á Satanás, ayudar á los obreros del Señor; á sostener á la Iglesia de la tierra en sus combates, consolar la Iglesia que sufre en el Purgatorio, y hacer salir de él á las pobres almas; á regocijar y glorificar á la Iglesia del cielo; para esto, para trabajar muy real y eficazmente á todas estas grandes obras, basta unir sus sufrimientos á las Llagas de Jesús y sufrir en unión con el Salvador. Esta unión está al alcance de todos: no exige nada de difícil; los más simples, los más ignorantes de los que sufren pueden realizarla. Lo que exige desde luego es el estado de gracia y que esté exenta el alma de todo pecado mortal, porque para unirse al Cristo vivo es preciso ser un miembro vivo; pero ¿quién no puede, con ayuda de los sacramentos, guardar su alma en estado de gracia? Después es preciso estrechar la unión entre nuestros sufrimientos y los suyos, nuestras llagas y sus Llagas, por la comunión hecha á menudo, frecuentemente, todos los días; eso es lo más fácil, lo más dulce y también el más poderoso medio de fortificar la

unión. Hay también la oración, sobre todo la que se hace ante la Hostia á las Cinco Llagas, en que el alma, considerando los sufrimientos de Jesús, encuentra fuerza para sufrir, aceptar y aun amar sus propios sufrimientos. El último medio es aceptar con resignación, por amor á Él, por compasión á sus sufrimientos, y aun simplemente para expiar nuestros pecados, pagar nuestra deuda y merecer el Paraíso, los sufrimientos que se digne hacernos padecer. Mientras mayor sea esta resignación en vista de Jesús y por su amor, más estrecha hace la unión con Él. Es preciso procurar renovar á menudo los actos.

He ahí todas las condiciones del apostolado por las Cinco Llagas. ¡Cuán fáciles nos las ha hecho vuestra condescendencia!

¡Lo que entonces sucede es magnífico, sublime! De Jesús y del paciente se hace un solo ser, una sola persona; el paciente presenta á Jesús todos los sufrimientos aceptados de sus miembros; Jesús vierte las virtudes y los méritos infinitos de sus Llagas; y aún más, Jesús se apropia estos sufrimientos; el paciente le da miembros en los cuales Él se ha encarnado de nuevo, y es Jesús quien sufre con el paciente, Jesús quien le santifica, Jesús quien deifica sus

sufrimientos: Jesús renueva entonces y extiende su Pasión, y la Pasión de Jesús es toda satisfacción dada á Dios, toda paz rendida á la tierra.

¡Ah! Todos vosotros los que sufrís, vosotros los que estáis condenados al sufrimiento prolongado y quizás incurable, aceptadlo por amor á Jesús, unidlo á las Llagas de Jesús, unios Vos mismo á Jesús: sufrid con Él, por Él, por sus obras según sus designios y sus deseos, y haréis en vuestra impotencia é inutilidad aparentes la obra de Jesús, la obra de la Redención: completaréis en vuestro cuerpo por su Iglesia lo que falta á sus sufrimientos; es decir, lo que para ser aplicado á ella espera nuestra cooperación voluntaria.

3.º La abnegación para los que sufren.—El tercer fruto de las Cinco Llagas es inspirar la caridad para los que sufren y hacer amar á las Llagas, de hacer triunfar las repugnancias de la naturaleza para cuidarlos, consolando á los desgraciados que están afligidos. ¡Oh Divino Crucificado! antes que se os hubiese visto destrozado, ensangrentado, semejante á un leproso, y no teniendo ya forma humana, las llagas, las úlceras, la lepra, la sangre, en una palabra, eran horribles y repugnantes. ¡Des-

graciados de los que sufrían males tan terribles! Pero desde que habéis tenido llagas, desde que habéis sido nombrado leproso, el último de los hombres y el gusano de la tierra y que bajo estas Llagas se os ha visto atraer las miradas complacientes de Dios y excitar la admiración de los Ángeles; desde que por medio de estas Llagas habéis rescatado al mundo y curado las llagas espantosas de nuestras almas; desde que estas Llagas han sido súbitamente curadas, sanadas, transfiguradas por la gloria de la resurrección, y que las cicatrices que habéis querido conservar brillan como joyas deslumbrantes en vuestras manos y en vuestros pies, ¡ah! desde ese día las llagas humanas han perdido su horror; se han hecho conmovedoras, dignas de piedad y aun dignas de desearse; y se ha visto á aquellos que no las padecían desearlas ó considerarlas como un honor perdido, y darse una compensación cuidando las llagas, dedicándose á los heridos, á los leprosos, á los apestados y á todos los que padecen el mal.

Divino Maestro, á Vos es á quien se ve en esas pobres víctimas del sufrimiento, á Vos á quien se busca y á Vos á quien se encuentra en ellas. Se os ha buscado en la mañana bajo

las apariencias del Sacramento, se os busca bajo las apariencias del enfermo para continuar la comunión y prolongar el encuentro con Vos; Vos os habéis dado en la comunión en el amor, en la paz, en los goces íntimos del alma; se siente la necesidad de hacer os una acción de gracias, devolviéndoos amor por amor en el servicio de vuestros miembros que sufren. ¡Siempre la comunión, siempre la presencia real, siempre Vos, oh hombre de dolores, leproso desechado de todos, gusano de la tierra pisoteado!

Las apariencias que os ocultan en el enfermo son á veces más oscuras, más abyectas, más difíciles que las que os ocultan en el Sacramento; pero esto no es negocio de apariencias: la fe las mira, el corazón las descubre, y os encuentra á Vos, sólo á Vos adora, ama y sirve.

¡Oh Jesús! ¡Jesús traspasado! dadme por vuestras amables Llagas, dad á muchas almas que os amen bastante, que crean bastante en Vos, para que adorándoos y recibiendoos primero en el dulcísimo Sacramento de vuestras llagas, se entreguen en seguida con generosidad y constancia á ese ministerio sublime y santificante entre todos, de los pobres heridos,

de los pobres estropeados, de los pobres ulcerados, de los pobres leprosos, de los pobres incurables. por amor vuestro, por abnegación por la Iglesia, y por caridad por los miembros que sufren, heridos y traspasados de vuestro Cuerpo sacrosanto.



EL ESTADO EUCARÍSTICO.

I. — ADORACIÓN.

El Anonadamiento (1).

Vere tu es Deus absconditus, Deus Israel Salvator. (Is., XLV, 15.)

Vos sois verdaderamente un Dios oculto, oh Dios Salvador de Israel.

ADORAD á Nuestro Señor, verdaderamente presente, Dios y Hombre en el Santísimo Sacramento, y suplicadle que os permita estudiar, comprender y honrar el estado que ha escogido para

(1) San Pablo ha llamado anonadamiento — *exinanivit semetipsum* — al estado humano del Verbo. El cardenal Franzelin refiere en su admirable *Tratado de la Eucaristía*, dos testimonios de San Gregorio de Nyses y de San Cirilo, en que al estado eucarístico se le da el mismo nombre, *exinanitio*, y demuestra que este es el término que conviene mejor para designar el estado del Verbo encarnado en la Eucaristía.

quedar con nosotros. Es un estado escondido, oculto, anonadado; Jesús está oculto allí, no sólo á la razón, sino también á los sentidos; y esta manera de estar le abate y le humilla, pues no es accidental ni pasajera, sino estable, permanente, invariable; ella constituye el fundamento del estado Sacramental, y el principio de donde descuellan todas las consecuencias de este estado, tanto por lo que toca á Nuestro Señor, cuanto por lo que toca á nosotros.

¡Adorad este estado misterioso; contempladle! El se compone de varios elementos que concurren todos á hacer más profundo, más completo el anonadamiento á que se reduce Nuestro Señor; pero también á mostrar la grandeza del amor que le obliga á anonadarse así, y la necesidad de esta virtud de humildad, garantía de todas las demás, de las cuales da por esto imperecedera y clara lección.

El anonadamiento eucarístico es, en primer lugar la obscuridad: la santa Hostia, que nada tiene de brillante, oculta la gloria con que brilla en el cielo, como debió brillar también aquí abajo la humanidad de Cristo resucitado.

También la ausencia de forma que oculta la belleza encantadora del rostro, de la presencia, de toda la humanidad de Jesús. La Sagrada

Hostia presenta en el exterior un pedazo de pan, cosa muy común, sin ningún atractivo para la vista, y tan vulgar que no podría llamar la atención.

También la inacción, la inercia, la impotencia, la privación de todo lo que compone, acusa y manifiesta la vida: ni sensibilidad, ni movimiento, ni mirada, ni palabra, ni acción exterior; nada de usos, nada de las relaciones de la vida; sólo la dependencia y la inerte pasividad de la materia.

Por último, el estado de muerte, del sepulcro: sí, Jesús está allí profundamente sepultado, cubierto, desaparecido; es menos aparente que el cadáver humano que guarda en sus perfiles el vestigio de la vida; y las santas especies no tienen ni un signo, ni un nombre que permita distinguir entre la Hostia consagrada y la que no lo está, como se distingue de una piedra profana en una necrópolis la piedra que cubre un despojo humano.

La muerte, el estado de muerte: he ahí, pues, en suma, de lo que se compone el anonadamiento eucarístico del Salvador: ¿se puede encontrar velo más espeso, retiro más profundo, misterio más impenetrable?

Hay cavernas que se suceden unas á otras

en el flanco de ciertas montañas y que se extienden á profundidades que no pueden imaginarse, haciendo la noche que reina en ellas más y más espantosa: así el Señor, el Altísimo, parece no estar jamás bastante retirado, ni bastante abatido, ni bastante oculto; y añade el silencio á la obscuridad, la inercia á la quietud, la impotencia á la dependencia, para ocultarse y anonadarse más.

Tal es el estado eucarístico, el anonadamiento sacramental. Y este estado, escogido libremente por el Salvador, meditado desde toda la eternidad por su sabiduría, obra maestra de su omnipotencia, que ha debido, para realizarlo, multiplicar los prodigios; este estado Jesús lo ha revestido por amor y se ha unido á él para siempre. Él lo ama y durará tanto como la Eucaristía; y esto á pesar del escándalo de muchos, á pesar del abuso que hará de él la malicia humana para olvidar lo que es debido á este Dios oculto, ó para insultarle allí libremente.

¡Ah! vosotros á lo menos adoradle. Sabed en este estado humillante reconocer á vuestro Salvador y á vuestro Dios, compensadle, alabadle, decidle con todo el amor de que sois capaces: ¡Oh Dios Salvador! Vos estáis ver-

daderamente oculto: ¡yo os reconozco y os adoro como mi Dios! Bajo esa obscuridad adoro vuestra majestad y vuestra gloria; bajo esta apariencia simple y común, la hermosura del más hermoso de los hijos de los hombres y el rostro que arrebató á los ángeles; bajo esa inacción, la actividad del Dios Criador y de la Providencia que gobierna al mundo; bajo esa impotencia, la potencia misma del Verbo encarnado, á quien ha sido dado todo poder en el cielo y en la tierra; bajo ese aspecto de muerte, la vida plena, perfecta de la Divinidad y de las personas de la adorable Trinidad; la vida del alma, del cuerpo y del Corazón de Jesús; la vida activa, celosa, ardiente y amante del Pontífice que ora sin cesar, del abogado que nos defiende, del Jefe de la Iglesia que la rige y protege, del Padre y del Salvador de nuestras almas; en fin, en esa nada, oh Jesús, yo adoro al que es todo.

II. — ACCIÓN DE GRACIAS.

Obra del amor.

Dilexit me et tradidit seipsum pro me. (Galat., II, 20).

Me ha amado y se ha entregado por mí.

Siendo la Eucaristía la obra por excelencia, y una obra de amor cada una de sus maravillas, de sus aplicaciones y de sus manifestaciones, es preciso atribuir al amor, pero al amor más poderoso del Salvador, la maravilla de su anonadamiento eucarístico, fundamento de todo el Sacramento.

—¿Cuál es, pues, el designio de vuestro amor, anonadándoos bajo el velo de las especies de pan?

—Yo quiero estar contigo por todas partes; con el rico y con el pobre, con el hombre de los campos y con el de la ciudad, en este continente y en el otro, por todas partes en que haya hombres que ayudar, que proteger y que consolar: ¿podría yo hacerlo sin tomar este estado sacramental que ocupa tan poco lugar, que me hace tan pequeño, tan reducido que el

menor espacio me basta, y que el tabernáculo más pobre no está en demasiada oposición con mi desnudez?

Quiero que tengas confianza en mí, que te atrevas á aproximármeme, á pedirme, á hablarme sin temor; quiero no sólo tu respeto sino tu amistad, hacérmeme familiar, como el hermano lo es á su hermano, como el hijo á su padre; aun más, quiero que tus mismos pecados, tus manchas antiguas y las que te manchan más, no te impidan recurrir á mí para implorar la gracia y el perdón: ¿lo obtendría yo y te atreverías tú á hacerlo, si me presentase á ti en el esplendor de mi majestad, en el brillo de mi santidad, con la centelleante mirada del Soberano Juez, rodeado de las legiones de ángeles que acompañan al Rey del cielo y de la tierra?

—Gracias, ¡oh Dios oculto que tenéis piedad de mi timidez y proveéis tan paternalmente á mi más grande bien!

—Yo quiero ser la víctima perpetuamente inmolada por tus pecados, que renueva la expiación tan frecuentemente y en tantos lugares como se renueva el pecado: yo quiero la obstinación del sacrificio, del perdón, contra la obstinación de la ofensa y del odio; quiero

que la fuente abierta en mi Corazón sobre el Calvario no se agote, que sus ondas, brotando sin cesar bajo la acción del sacrificio, sumerjan el cieno del crimen y cubran al mundo de un flujo perpetuo de gracia y de salud.

Pero ¿qué sacerdote se atrevería á inmolarme para continuar el sacrificio de mi muerte, si debiera renovar ostensiblemente y con efusión sensible de sangre mi cruel Pasión? ¿Quién se atrevería á subir sobre este Calvario donde quiero atraer á mí á todos los hombres para purificarlos en mi sangre, si debiera asistir á las escenas espantosas en que mi carne debía de ser flagelada, desgarrada, crucificada, y en que la sangre hirviente debía brotar de mis manos y de mis pies traspasados?

Sin embargo, este sacrificio te es necesario; es preciso que asistas á él y te pongas bajo mi cruz, y me ofrezcas como víctima á mi Padre.

¿Te estremeces?—Mi amor ha conciliado todo: yo moriré, pero las especies ocultarán mi muerte y cubrirán la efusión de mi Sangre: yo seré tu víctima, pero tan disimulada á los ojos de tu delicadeza, que mi sacrificio será la más atractiva de las fiestas, en que aun el niño asistirá á él sin turbación.

—Bendito seáis, oh Dios oculto, que sabéis tan bien aliar las necesidades de vuestra justicia con las exigencias de mi debilidad.

—Yo quiero ser tu alimento y tu bebida. La vida divina que te he dado en el bautismo, para mantenerse, necesita un alimento divino: para hacerte semejante á Dios, es preciso que te alimentes de Dios; yo soy el Dios hecho hombre á quien debes comer. Sí; es preciso que me recibas en persona, y que comas mi carne y bebas mi sangre, que te darán mi alma y sus virtudes, mi divinidad y sus perfecciones: acércate y come, *propera et manduca*.

¿Por qué temer? ¿Te turbas y retrocedes?
 ¿No te atreves á morder en mi carne sangui-
 nolenta, á mojar tus labios en la sangre pur-
 púrea que se escapa de mis venas? Huyes con
 horror, exclamando como los de Capharnaüm:
 «¡Eso es muy duro! ¿Quién, pues, puede comer
 carne humana y beber sangre?»

¡Ah! huyendo, huyes de la vida. Pero mí-
 ralo bien. Yo me he hecho pan. Mi carne y
 mi sangre y mi cuerpo entero, lo he reducido
 y concentrado en un poco de pan. Mira, es
 pan; prueba, es pan; come sin temor, es el pan
 de tu hogar, el que comen los niños, los arte-
 sanos y los pobres, el pan de todos los días.

Toma con confianza y come con alegría. Du-
 rante este tiempo, extendido en todo tu ser,
 derramaré en él, con mi sustancia, mis virtu-
 des, mis cualidades, mis costumbres, mis per-
 fecciones. Yo, yo te alimentaré verdaderamente
 en mí mismo.

—¡Dios oculto, yo comprendo ahora verda-
 deramente vuestros anonadamientos! Vos me
 amáis, Vos me amáis demasiado, Vos queréis
 poseerme, hacerme el bien, colmarme de amor,
 daros ó mí y elevarme á Vos.

¡Vuestra Majestad, vuestras grandezas, mi
 condición terrestre, mis debilidades, mis pre-
 ocupaciones, todo es un obstáculo! Pero vues-
 tro amor ha triunfado de vuestras grandezas y
 de mi pequeñez, de vuestra majestad y de mi
 bajeza, y os ha hecho tal anonadándoos bajo el
 velo del pan, que os encuentro allí tal como
 tengo necesidad de poseeros, presente sin que
 mi timidez desfallezca, inmolado sin que el
 aparato de la muerte me espante, comido sin
 que mis dientes mastiquen otra cosa que un
 pan sabroso.

¡Si hay abatimientos que sufrir, éstos son
 para Vos! ¡Los provechos son para mí! ¡Así
 lo quiere vuestro amor, y á vuestro amor no
 resistís jamás!

III.—PROPICIACIÓN.

Exceso.

¿ Quis credidit auditui nostro?... Vidimus eum et non eran aspectus..... Unde nec reputabimus eum!—Is., LIII, 4.

¿Quién lo creyera? Le hemos visto sin forma y sin apariencia humana; su rostro estaba desfigurado; se nos ha aparecido como el último de los seres y no hemos querido fijarnos en él.

El estado que crea á Jesús el velo eucarístico es en verdad un estado de humillación, de debilidad y de dependencia: es el anonadamiento mismo. Pero como Él toma este estado únicamente por amor á los hombres, para su bien y su ventaja, sin duda que los hombres van por reconocimiento á dedicarse á consolar, tanto como puedan, á su Dios, arrastrado por ellos á anonadamiento tal. Amor, honor, respeto y triunfo van á emplear para exaltarle y para rehacerle amorosamente una gloria, un trono, una corte, una realeza. Esta será una lucha admirable entre el amor de Dios, abatiendo la majestad divina en favor del hombre,

y el amor del hombre exaltando al Dios abatido.

¡ Ah! ¿ Se podría creer, si no se supiera, que el hombre caído es capaz de todas las perfidias, de todas las iniquidades, de todas las crueldades, aun las más monstruosas? ¿ Si no se supiese que el pecado es sinónimo de estupidez, de ingratitud, de dureza, y que hace perder el corazón al mismo tiempo que los sentidos?

¿ Este velo que Jesús arroja con tan grande amor sobre su majestad no servirá más que para hacerla desconocer y despreciar más? ¡ La debilidad que abraza será el pretexto para abusar de Él! ¡ Se añadirán á las humillaciones de su estado las del ultraje y las de los tratamientos indignos; y Jesús, que tan bajo se ha colocado ya Él mismo, se verá arrojado mucho más bajo todavía por nuestros desprecios, nuestras ingratitudes y nuestro odio! Y así este primer exceso de amor que le ha arrastrado á las profundidades del Sacramento, no servirá más que para ahuecar un abismo más profundo y más horrible en que el hombre lo precipitará bajo el peso de sus ingratitudes..... El abismo llama al abismo. ¡ El abismo de las humillaciones voluntarias del Salvador llamará al abismo de las humillaciones del hombre ingrato, endurecido y sin corazón!

¡Qué asunto tan á propósito para compadecer al divino Anonadado del Tabernáculo!

Y si el amor ha previsto estos anonadamientos, mucho más difíciles de aceptar que los primeros, ¿será suficiente la vida y la eternidad para comprender este amor y para pagarlo de alguna manera?

Pues bien: ved qué exceso de humillaciones añade la ingratitud del hombre á las del estado Eucarístico, abrazadas tan generosamente por el amor del Salvador.

Porque está obscuro, sin brillo ni apariencia, se le olvida, no se toma cuenta de Él, se le trata sin respeto ni atención; estamos en su presencia, y nos distraemos, nos fastidiamos, nos dormimos, pensamos en todo menos en Él; dejamos nuestro recuerdo, nuestras miradas vagar por las criaturas, y ¿cuántas veces se le ofende así, y en el momento mismo en que debería irsele á honrar?

¡Oh, si Él se mostrase resplandeciente de gloria! ¡oh, si sus ángeles apareciesen á su lado!.... Pero no, Él se confía á nuestro amor, y éste le desconoce y le desprecia.

Porque el velo eucarístico le priva de palabra, de fuerza y de acción; porque no puede ni defenderse, ni huir, ni pedir socorro, se hace

el juguete de los elementos á que la negligencia le abandona, y de los tratamientos del odio que le persigue.

El fuego, la humedad de agua, el polvo, la polilla, la descomposición se unirán á los flancos del Dios oculto y abandonado; los más viles insectos vendrán á mancharle con su contacto, y mientras que en sus tabernáculos tan poco visitados, la araña extenderá sus telas inmundas, el gusano en el copón hara su presa de la Hostia que no se haya cuidado de renovar.

El odio dará el asalto con la negligencia contra el vencido, el impotente, el anonadado del Tabernáculo. ¿No se necesita cargar humillaciones tras humillaciones sobre los hombros del Altísimo á quien el amor abate tan generosamente, y escupir y cubrir de heridas ese rostro del Dios tres veces santo cuyos ojos cierra el amor?

El impío, y el francmasón, y el judío, y el ladrón, y el sacrilego, y todos los profanadores pueden apoderarse de Él, llevárselo, hacerle servir para sus juegos sacrilegos y para sus furores; y será golpeado, destrozado, roto, pisoteado y arrojado á las inmundicias.

¡Y será Él, siempre Él, Él en este fango, Él en estas ignominias!

¡Mas para que pudiera ser así, era preciso que tomara el estado Eucarístico; él ha previsto este exceso, está liga más amarga que nuestro odio debía verter en su cáliz, este exceso de abatimiento en el anonadamiento mismo!

Id, recorred la tierra; acercaos á todos los Tabernáculos, abrid con respeto todos los copones en que gimen tantas Hostias abandonadas; seguid las que los malvados profanan, y ofrecedles vuestras lágrimas, vuestro amor y vuestras consolaciones.

IV.—SÚPLICA.

Fruto de la Hostia.

Hoc sentite in vobis quod et in Christo Jesu, qui cum forma Dei esset, semetipsum exinanivit. (Ad. Phil., III, 5.)

Tened los mismos sentimientos que el Cristo Jesús, que estando en la gloria de Dios, se ha anonadado por amor vuestro.

El anonadamiento Eucarístico de Jesús es la raíz de todas las virtudes de que quiere darnos lección y ejemplos perpetuos en su Eucaristía. La Eucaristía tiene por objeto continuar, en efecto, no sólo la presencia del Hijo de Dios

sobre la tierra, sino sus enseñanzas y ejemplos.

Pues bien; sobre el estado de anonadamiento reposan y viven todos los demás estados que pueden considerarse en el Cristo Eucarístico, el estado de pobreza y de obediencia, el de paciencia y dulzura, el de caridad y de abnegación. Sin el anonadamiento que reduce á Jesús á ser la santa Hostia, á tomar el estado, á aceptar libremente y á guardar por amor las condiciones y las consecuencias de este estado, todas estas virtudes cesan al momento, de sernos tan visible, tan perseverante y tan amablemente enseñadas.

Pero hay una virtud entre todas que resalta del anonadamiento Eucarístico, que brota de él, que es su flor, su fruto, su aroma, su brillo, su rayo, su consecuencia necesaria; una virtud tan íntimamente ligada á este estado, que se confunde con él: es la humildad.

La humildad es la primera é inmediata emanación del estado Eucarístico: no puede verse la Hostia sin ver allí al Hijo de Dios abatido ante su Padre por amor, renunciando á sus derechos por amor, sometido al hombre por amor, tan humilde á todas las miradas, de todas las maneras, que la humildad parece ser la única cosa que haya visado al tomar el estado Eucarístico.

Así es que podemos decir que, después del amor de Dios y del prójimo, no hay una virtud, como la comunión que tienda á producir más directa y plenamente en el alma la humildad.

Es á la humildad quien enseñan ante todo la contemplación y la adoración de la Hostia santa.

Es el sacrificio y la reparación de la humildad lo que el Salvador ofrece sobre todo á su Padre por su estado sacramental, y lo que opone á los desbordamientos furiosos y universales del orgullo humano.

Orad, pues, suplicad á Jesús que reproduzca en vosotros la virtud dominante y esencial de su estado Eucarístico; ¿no debe ser la humildad la virtud dominante y esencial de vuestra santidad, y no la debéis considerar como un primer principio sin el cual todas las demás virtudes serían inútiles, de tal manera que entra por una parte preponderante en todas vuestras virtudes, en todos vuestros deberes de estado, en toda vuestra vida moral y sobrenatural? Porque ella es la virtud fundamental y necesaria, y también porque el orgullo es principio, causa y parte integrante de todos nuestros pecados, es por lo que el Salvador quiere por su estado Eucarístico, permanente y visible en-

señar sobre todo la humildad, y por la comunión dar la gracia y fuerza más abundantemente que de cualquiera otra virtud.

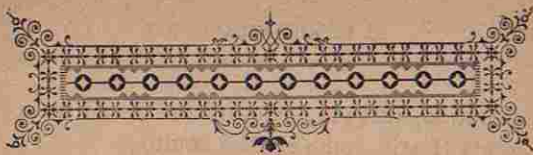
Pedidle, pues, que haga obrar sobre vosotros la virtud de su anonadamiento sacramental; pedidle la humildad y las demás virtudes accesorias que viven de la humildad y que, en recompensa, la protegen y la desarrollan.

Extended sobre vosotros el velo que cubre á Cristo en la Eucaristía, por el silencio sobre vosotros mismos, sobre vuestras acciones y vuestros méritos; ocultaos por la modestia en el andar, en el mirar, en el todo; ocultaos haciendo simple y obscuramente vuestro deber, rindiendo servicios sin afectación.

Anonadaos pensando poco en vosotros, abatiendo toda fijeza, toda complacencia en vuestra excelencia de espíritu y de corazón, en vuestras cualidades más ó menos notables. Descended más y más á las profundidades en que habéis de encontrar al Cristo anonadado, despreciándoos sinceramente á vosotros mismos, practicando todos los deberes según los movimientos de la humildad, obedeciendo, abriéndoos á vuestros guías, aceptando ser dirigido, conducido en todo, abatido y elevado, sirviendo á todo como la Hostia: aceptando ser

discutido, juzgado, calumniado, como la sagrada Hostia, como el Dios oculto.

En fin, también como la Hostia, aceptad, reducid vuestro corazón á pesar del rigor sobrehumano de este sacrificio, á aceptar el ser desconocido, traicionado, abandonado, aun de vuestros más caros, aun de aquellos á quienes hayáis hecho mayores bienes; y como ella, reduciéndoos siempre, cediendo siempre, quered absolutamente, sin reserva, pero sincera y valerosamente, no ser nada en todo y por todo: de este modo seréis uno con ella y viviréis en ella; esto será el dolor y la muerte total, sí; pero será también la vida perfecta y la perfecta felicidad. El velo que anonada á Jesús y le entrega á la maldad de los hombres, le hace al mismo tiempo invulnerable, y le retira en la alegría y la gloria de su Padre; este velo os cubrirá también; dejando todo lo que sois humanamente á la humillación y al dolor, sobrenaturalmente viviréis en la alegría y la gloria de Jesús, en su paz y en su amor, en su Corazón y en su Hostia.



LA DIFUSIÓN DE LA EUCARISTÍA.

¡Por todas partes!

I.—ADORACIÓN.

Ponam tabernaculum meum in medio vestri, et non abjiciet vos anima mea; ambulabo inter vos et ero Deus vester, vosque eritis populus meus.

Elevaré mi tienda en medio de los vuestros, y mi corazón no se cansará jamás de vosotros. Yo marcharé entre vosotros; yo seré vuestro Dios y vosotros seréis mi pueblo.

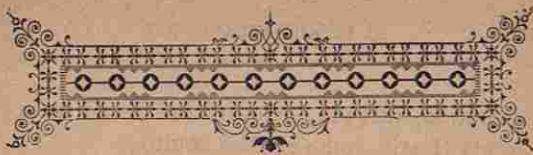
(Lev., XXVI, 11-12.)



VUESTRO Dios, vuestro Salvador, la luz, el socorro, el perdón, el consuelo, en una palabra, Jesús en el Sacramento está bajo vuestros ojos, enfrente de vosotros: para encontrarlo sólo habéis tenido que

discutido, juzgado, calumniado, como la sagrada Hostia, como el Dios oculto.

En fin, también como la Hostia, aceptad, reducid vuestro corazón á pesar del rigor sobrehumano de este sacrificio, á aceptar el ser desconocido, traicionado, abandonado, aun de vuestros más caros, aun de aquellos á quienes hayáis hecho mayores bienes; y como ella, reduciéndoos siempre, cediendo siempre, quered absolutamente, sin reserva, pero sincera y valerosamente, no ser nada en todo y por todo: de este modo seréis uno con ella y viviréis en ella; esto será el dolor y la muerte total, sí; pero será también la vida perfecta y la perfecta felicidad. El velo que anonada á Jesús y le entrega á la maldad de los hombres, le hace al mismo tiempo invulnerable, y le retira en la alegría y la gloria de su Padre; este velo os cubrirá también; dejando todo lo que sois humanamente á la humillación y al dolor, sobrenaturalmente viviréis en la alegría y la gloria de Jesús, en su paz y en su amor, en su Corazón y en su Hostia.



LA DIFUSIÓN DE LA EUCARISTÍA.

¡Por todas partes!

I.—ADORACIÓN.

Ponam tabernaculum meum in medio vestri, et non abjiciet vos anima mea; ambulabo inter vos et ero Deus vester, vosque eritis populus meus.

Elevaré mi tienda en medio de los vuestros, y mi corazón no se cansará jamás de vosotros. Yo marcharé entre vosotros; yo seré vuestro Dios y vosotros seréis mi pueblo.

(Lev., XXVI, 11-12.)

VUESTRO Dios, vuestro Salvador, la luz, el socorro, el perdón, el consuelo, en una palabra, Jesús en el Sacramento está bajo vuestros ojos, enfrente de vosotros: para encontrarlo sólo habéis tenido que

dar unos cuantos pasos; quizás vuestra puerta linda con la suya; quizás habitáis bajo el mismo techo. No hay ni mares que atravesar, ni montañas que subir, ni distancias que franquear. ¡Él está allí! Su presencia tan vecina la debéis al gran misterio y al amor más grande todavía de la difusión Eucarística.

Adorad, pues, á Nuestro Señor, diciendo esta palabra: *Ecce ego vobiscum sum!* ¡Oh! ¡Qué consoladora es!—¿Con nosotros? ¡Pero nosotros no podemos estar en los dos hemisferios!—¡Bien! Yo estaré con vosotros donde quiera que estéis.—Esto es lo que sucede.

Contemplad el hecho, la realización de esta magnífica promesa, y ved si Nuestro Señor Jesucristo no está moralmente en todas partes: En Europa, en Asia, en América, en África, en Oceanía. Y no sólo reside en las capitales de las naciones, ni en las grandes ciudades, sino en todos los pueblos, en todas las aldeas, y en cien y mil lugares á la vez, de un mismo país.

Adorable en todos los tabernáculos, en el de San Pedro de Roma, en el de Nuestra Señora de París, en el de todas nuestras basílicas y catedrales. Adorable en el oratorio en que el Soberano Pontífice viene á invocarle

y consultarle para el gobierno de la Iglesia; en la Iglesia del más humilde pueblo en que el Pastor llega sólo á ofrecerle sus homenajes y solicitar sus socorros para sus ovejas ingratas; en la pobre morada del misionero en que es su fuerza, su consuelo, el único amigo que habla su lengua y la comprende: adoradle llevado en viático al moribundo que agoniza reposando sobre la pobre mesa de improvisado altar, después sobre los labios del agonizante, cuyo último suspiro santifica; adoradle sobre el altar donde millares de sacerdotes le consagran; en la mesa santa cuando las multitudes hambrientas llegan á recibirle; adoradle en todas partes donde esté, y hasta en la partícula ignorada que apenas se distingue en el fondo del copón. ¡Por todas partes está Él, el Sacramento, Jesús!

Alabad y admirad el divino poder del Salvador que obra el milagro inaudito de multiplicar la presencia de la Hostia de una manera tan prodigiosa; la presencia simultánea de un mismo cuerpo en muchos lugares distantes unos de otros, es uno de los más grandes milagros que pueden hacerse, y este milagro encierra un gran número de otros.

Adorad la inmensidad divina, de que da la

más precisa idea, la Hostia extendiéndose por todas partes, siempre la misma, sin división ni separación. ¿No puede decirse también de la presencia universal? Señor, ¿podré dejar de encontrarme en vuestra presencia? *Quo à facie tua fugiam?* Si subo á las más altas cimas, Vos estáis allí en vuestros santuarios más amados: *Si ascendero in coelum, tu illic es;* y os encuentro en el fondo de los valles más profundos, en los más ignorados santuarios del mundo; que me dirija á Oriente ó á Occidente, que pase los mares, os encuentro siempre, oh Sacramento extendido por todas partes, y Vos sois quien me conducís y me sostenéis por la virtud que emana de vuestra presencia y de vuestra recepción: *Si descendero in infernum ades: si sumpsero pennas diluculo et habitavero in extremis maris, etenim illuc manus tua deducet me, et tenebit me dextera tua.*

Adorad la omnipresencia de Dios, que le hace estar presente á todo, para ver, gobernar, sostener y juzgar todo. Mirad cuán bien le representa la Eucaristía; por Ella, como por la omnipresencia, puede decirse con San Gregorio que el Señor es sobre todo, conduciendo todo; debajo todo, sosteniendo todo, rodeando todo para mantener á todo en la unidad; pene-

trando todo para vivificar todo: *Sursum regens, deorsum continens, extra circumdans et intra penetrans.* Sobre todo, como principio de la vida en la Iglesia, como origen de todos los demás sacramentos; debajo de todo, como sosteniendo y conduciendo al mundo, á la Iglesia, á las almas, fundamento de todo lo que existe, raíz de todo lo que crece; circundando á todo, como rodeando á nuestras almas de su poder, de su protección; manteniendo á la Iglesia en la unidad y preservándola de los cismas; y es Ella también quien penetra en las almas por su virtud, su sustancia y su mismo ser, para hacerlas vivir de la vida sobrenatural, de su propia, vida que es justicia y santidad.

Adorad en esta universal difusión de la Eucaristía la majestad actual y efectiva de Nuestro Señor. Su Padre le ha dicho: *Yo te daré naciones que gobernar: Dabo tibi possessionem tuam terminos terræ.* Nuestro Señor, al multiplicarse, parece recorrer las provincias de su imperio para recoger por todas partes las adoraciones, las alabanzas que le son debidas. Él quiere que por todas partes á la vez las rodillas se postren delante de Él y que los corazones se inclinen.

Esta cuasi infinidad de la Eucaristía está

llena de sublimes misterios y de maravillas indecibles: adoradlas; y transportándoos en espíritu donde quiera que esté extendida la presencia de amor, de bondad, de vida, de omnipotencia de Dios hecho Eucaristía, adoradle, alábadle, bendecidle con los ángeles que presurosos se le acercan y le siguen en todas partes.

II.— ACCIÓN DE GRACIAS.

Cum dilexisset, in finem dilexit.

Habiendo amado, amó hasta el fin,
(*Joan.*, XIII.)

Pero ¿por qué esta difusión de Jesús en el Sacramento? Por amor, por bondad, por amistad para con el hombre.

La presencia es necesaria á la amistad; la ausencia es su muerte: *Nil tam proprium est amicitie quam convivere amico*. Pues bien; todos nosotros somos sus amigos: su amor lo ha querido así y nos ha dado ese nombre; y desde luego quiere acercarse á todos y cada uno de nosotros lo más que puede.

Ruth decía á Noemí, obligada á volver á su país: *Quo perrexeris pergam!* Y Nuestro

Señor dice á todo cristiano; por donde quiera que vayas Yo iré también, á fin de no separarme de ti En los desiertos y sobre los picos solitarios de las montañas, en las ciudades populosas y en los pueblos ignorados, por todas partes. Tu país será mi país y tu pueblo será mi pueblo

¡Ah, cuántos bienes descuellan de esta presencia universal!

Así como el Arca de la Alianza era la fuerza, la seguridad, la victoria, el honor, la bendición para todos los lugares en que residía, así es la Eucaristía.

Por ella nos hacemos fuertes, y Satanás se debilita, se detiene y se encadena.

Por ella somos grandes: Dios es nuestro ciudadano, el habitante de nuestras ciudades y nuestro compatriota.

Por ella el hombre, donde quiera que esté, sabe encontrar á Dios, recurrir á El sin pena y sin trabajo. Si fuera preciso ir á una iglesia única, que tuviera el privilegio sólo ella de guardarle, ¿se encontrarían hombres capaces de un sacrificio tal? Pero El está aquí y allí, á nuestro lado y con nosotros: ¡oh abundancia de las celestes condescendencias!

Multiplicando su presencia, multiplica las

gracias que cada Hostia trae consigo; y cada Hostia vale la salud del mundo y paga todas las gracias que necesita el mundo; luego la tierra es bendita por todas partes. Ahí está el escudo extendido por toda la tierra, bajo el cual se abrigan las naciones contra el furor de la divina Justicia, irritada por los pecados del mundo. ¡Ah! ¡cuán bella es, á pesar de sus fealdades, nuestra pobre tierra cubierta de su blanca capa de Hostias consagradas! ¡Cuán fecunda, á pesar de sus esterilidades! ¡Cuán santa, á pesar de sus crímenes! ¡Cuán amada de Dios, á pesar del odio con que ella paga su amor! *Confiteantur tibi, Domine, populi omnes, terra dedit fructum suum!*

III.—PROPICIACIÓN.

Medius vestrum stetit quem vos nescitis.

Está en medio de vosotros y lo ignoráis. (Joan III.)

Numquid solitudo factus sum Israel!

¿No me he hecho un solitario abandonado en medio de Israel?

¡Ah! Nuestro Señor no pudo testificarnos un amor tan grande sin que le costara grandes sacrificios y grandes humillaciones.

En primer lugar, multiplicando su presencia se expone á tener en muchos lugares pobres moradas indignas de Él.

Pero para estar con sus hijos donde quiera que estén, olvida los esplendores debidos á su majestad y se contenta con todo.

¡Si sólo la pobreza resultase de la difusión de su Sacramento! Pero aun más, nos habituamos á verlo así en todas partes. El exceso del beneficio es para Él ocasión de humillación, y no nos fijamos en su presencia. Si estuviera menos multiplicado, iríamos á Él: llevando á sus últimos límites la condescendencia, se abusa de ella para desconocerle. Vedle en todas las iglesias solo de día y de noche; nadie entra en ellas. En otras partes, al ver sus iglesias se blasfema; allí están las multitudes que pasan ante su morada aun sin verle. Y está, sin embargo, en el centro y en el corazón de la ciudad; su presencia se impone por la evidencia, la riqueza, la majestad de su morada; pero todo es inútil; ¡cómo si no estuviere allí!

¡Y á qué humillantes vecindades está á veces Nuestro Señor! ¡Qué injustos comercios, qué casas deshonorosas se establecen á su lado! Y los que las frecuentan turban con el ruido de sus orgías la paz de su morada.

¡Y Él, el Rey de la gloria, el Amo de los cielos y de la tierra, ve las casas de su presencia sometidas á las leyes usurpadoras, á las exigencias de la expropiación por causa de interés público! ¡Ah! dejad á vuestra alma enterrecerse y compadecer la pobreza de las moradas de Jesús, la indiferencia con que se le trata, todas las afrentas sacrílegas que le hacemos sufrir, á causa también de la multiplicación inefable de su Sacramento.

¡Y sobre todo, consolad al Divino Amigo, que poniéndose á tal punto á nuestro alcance es tan poco conocido, tan poco honrado, tan poco visitado! ¡Desconocido, en medio de los suyos! ¡Ahí está el fenómeno incomprensible que llena de estupor! Él está aquí, allí, en todas partes, bajo nuestros ojos, bajo nuestros pasos, y no sabemos encontrarlo. Ponemos por pretexto el cansancio, la falta de tiempo, para no ir hasta Él, cuando Él ha dado tantos pasos para venir hasta nosotros!

Pedid especialmente perdón por todas las visitas que habéis rehusado hacerle cuando habéis podido, por todos los movimientos de falsa vergüenza que os han impedido rendir un homenaje público á su presencia, por un signo de religión cuando habéis pasado ante sus moradas.

En fin, compadeced á Jesús aislado, perdido, desconocido en ciertos países herejes, infieles ó impíos. ¡Sin embargo, está allí! ¡Gime allí! ¡Enviad vuestro corazón á sus pies para consolarlo!

IV. — SÚPLICA.

Domine, sequar te quocumque eris.
Señor, yo quiero séguiros y encontraros donde quiera que estéis.

(*Matth.*, XVIII. 9.)

Yo os pido, oh Divino Desconocido, que os hagáis conocer, amar y servir de todos aquellos en medio de los cuales habitáis desde hace tanto tiempo, tan humilde y amorosamente.

Os suplico que os multipliquéis más; os pido especialmente por los misioneros, á fin de que os edifiquen cada día nuevos santuarios y os conquisten sin cesar nuevos reinos.

Para mí, oh Jesús, os pido que corresponda al amor que os multiplica por mí y os acerca á mí, con un amor que me una á Vos, que me haga buscar vuestra presencia y cifrar mi felicidad en vivir siempre con Vos, á vuestro lado, bajo la bendita sombra de vuestra Hostia. *Ut*

inhabitem in domo Domini omnibus diebus vite mee!

Y sobre todo, oh Jesús, así como por vuestro Sacramento estáis conmigo en todas partes, concededme á mi que siempre esté con Vos, que os lleve conmigo por todas partes, por mi fidelidad; de teneros presente aun cuando haya dejado vuestros Tabernáculos, de veros continuamente, de vivir bajo vuestra vigilancia, de permanecer unido á Vos por todas partes: en el trabajo solitario, en mis relaciones de familia, en mi labor pública, en mis relaciones de sociedad, en mi comercio con el mundo; con Vos por todas partes.

Que nada me separe jamás de Vos; que hasta Vos me extienda siempre por el deseo y el amor; y que no haya una hora ni una obra de mi vida que no esté iluminada, fecundizada, santificada por el sol de vuestra presencia en el Sacramento.



LA PERPETUIDAD DE LA EUCARISTÍA.

¡Siempre!

I. — ADORACIÓN.

ADORAD á Jesús instituyendo la Eucaristía para durar hasta el fin de mundo y diciendo estas palabras memorables: « ¡He aquí que estoy con vosotros todos los días hasta la consumación de los siglos! » Las palabras del Salvador se realizan; hace diez y nueve siglos que la Eucaristía dura y durará hasta la noche del último día del mundo, para fortificar al último de los elegidos que ha de combatir con el Anticristo.

Esta perpetuidad de la Eucaristía está llena

inhabitem in domo Domini omnibus diebus vite mee!

Y sobre todo, oh Jesús, así como por vuestro Sacramento estáis conmigo en todas partes, concededme á mi que siempre esté con Vos, que os lleve conmigo por todas partes, por mi fidelidad; de teneros presente aun cuando haya dejado vuestros Tabernáculos, de veros continuamente, de vivir bajo vuestra vigilancia, de permanecer unido á Vos por todas partes: en el trabajo solitario, en mis relaciones de familia, en mi labor pública, en mis relaciones de sociedad, en mi comercio con el mundo; con Vos por todas partes.

Que nada me separe jamás de Vos; que hasta Vos me extienda siempre por el deseo y el amor; y que no haya una hora ni una obra de mi vida que no esté iluminada, fecundizada, santificada por el sol de vuestra presencia en el Sacramento.



LA PERPETUIDAD DE LA EUCARISTÍA.

¡Siempre!

I. — ADORACIÓN.

ADORAD á Jesús instituyendo la Eucaristía para durar hasta el fin de mundo y diciendo estas palabras memorables: « ¡He aquí que estoy con vosotros todos los días hasta la consumación de los siglos! » Las palabras del Salvador se realizan; hace diez y nueve siglos que la Eucaristía dura y durará hasta la noche del último día del mundo, para fortificar al último de los elegidos que ha de combatir con el Anticristo.

Esta perpetuidad de la Eucaristía está llena

de maravillas; es preciso estudiarla y adorarla: es una sublime manifestación del Eterno que se oculta bajo las débiles especies del Sacramento.

La Eucaristía es el Eterno. ¡Esta Hostia ha sido consagrada esta mañana; acaba de nacer sobre el altar, en medio del profundo silencio de los misterios; va á ser consumida por el sacerdote; no ha durado más que un instante; pero á pesar de todo es el Eterno! Aquel á quien una palabra acaba de hacer aparecer, ha criado los mundos; antes que nada existiese poseía ya la plenitud de la vida. Aquel cuya vida sacramental va á extinguirse de una manera tan desapercibida, es el autor de la vida y de la muerte. Sólo Él da la vida; sólo Él la mantiene en todo lo que existe; y todo lo que muere es juzgado por Él. ¡Santa Eucaristía, yo os adoro; Vos sois aquel que era, es y será por toda la eternidad!

La perpetuidad de la Eucaristía es un espejo en que se reflejan las inefables propiedades de la eternidad divina. La eternidad es la posesión total y simultánea de una vida interminable; la eternidad es la duración, es la inmutabilidad, es la posesión siempre igual de una vida perfecta.

Pues bien; hace más de diez y ocho siglos que existís, y existiréis hasta el fin, oh Sacramento de vida. Vos poseéis la vida divina del Cristo, y su vida mortal, y su vida de gloria; y en esta plenitud estáis siempre joven, siempre fecundo, siempre omnipotente. Los largos siglos, vuestra carrera á través del mundo, los interminables atentados, las persecuciones, los sacrilegios, los malos tratamientos, nada ha podido arrancar vuestra vida eucarística. ¡Vos habéis resistido á todo! Las generaciones han pasado, los imperios han sido destruidos; y en este torrente desencadenado que se lleva todo y que nada detiene, permanecéis como roca indestructible, afirmando la eternidad de Aquel á quien contenéis, su inmutabilidad, su vida perfecta, hasta el día en que los elegidos la han de conocer por experiencia, en el reino de las delicias sin fin.

Adoremus la eternidad de Dios; adoremus la omnipotencia y el amor infinitos que han criado y que mantienen la perpetuidad de la presencia real; hay tanto poder desplegado en cada uno de los instantes de la duración de la Eucaristía, como en su misma institución.

¡Oh espectáculo sublime! Esta Hostia que un soplido podría arrojar por tierra, que una

gota de agua podría disolver, que un insecto podría devorar, es quien conduce al mundo y le da la vida. Es por ella por quien Jesús fundó la Iglesia, el papado, el sacerdocio y los Sacramentos; es por ella por quien los ídolos han sido destruidos, los pueblos hechos cristianos y la faz de la tierra renovada; adorad, alabad, cantad: es el Dios vivo, es el Eterno: *Ipse est enim Deus vivens et æternus!* (Dan., IV, 26).

II.—ACCIÓN DE GRACIAS.

Si la perpetuidad de la Eucaristía manifiesta la eternidad de Dios y su poder, es también una prueba patente de su amor, de su bondad, de su condescendencia por nosotros.

Esta perpetuidad es la fuente de todo bien, de toda gracia, de todo socorro para la Iglesia y para las almas.

Si Jesús no hubiese instituido la Eucaristía más que para los apóstoles ó sus sucesores, ¿habría encendido el fuego sagrado del apostolado? ó ¿los mártires habrían encontrado la fuerza de resistir á los tormentos? ó ¿los Doctores hubieran sido iluminados? ¿Cómo hubiera vivido la Iglesia? ¿De dónde hubiera sacado

para los pueblos bárbaros que se entregaron á ella para ser formados, como para el imperio pagano, á quien ella debía transfigurar, ese alimento de las virtudes sobrenaturales que ha hecho las naciones cristianas y los santos y la civilización?

Si Jesús no se hubiese perpetuado en la Eucaristía, ¿quién lo conocería? ¿Quién le amaría? ¿Quién le amaría bastante, digo, para preferirlo á todo, sacrificarle todo, hasta unirse á El solo, y hacer de su servicio y de su agrado la pasión de una vida y la satisfacción de las más ardientes ambiciones? ¿No es la ausencia, la muerte del amor?

Si Jesús no hubiese perpetuado en la Eucaristía las virtudes, los ejemplos, los méritos, los frutos y las eficacias de la Encarnación y de todos sus misterios, de la Pasión y de todos sus sufrimientos, ¿cual sería su acción, su influencia sobre el mundo á la hora de ésta?

El olvido hubiera cubierto y extinguido todo; la ingratitud de los hombres hubiera agotado la fuente de las bondades de Dios; Satanás, destronado por un momento, hubiera reconquistado su imperio; el vergonzoso paganismismo se hubiera tragado para siempre á las almas y á la sociedad en su fango.

Si Jesús no permaneciese sobre este altar de la oración perpetua, en que ofrece de noche y día su sacrificio de anonadamiento, desde donde muestra á su Padre las llagas de su miembros y su corazón consumido de amor, de suspiros y de deseos; si esta mediación no fuera de una continuidad que no conoce ni fatiga, ni sueño, ni distracción, y que es ardiente, activa y obstinada como el amor mismo, ¿qué rayos no atraerían sobre el mundo nuestros pecados renovados sin cesar, nuestras monstruosas ingratitudes, las blasfemias y las apostasías de los cristianos bantizados y de las naciones rescatadas?

Por último, si Jesús no permaneciese en la Eucaristía, ¿cómo nos comunicaríamos con Dios? ¿Dónde estaría la presencia sensible del Criador de que tanta necesidad tienen las criaturas? La tierra sin la vecindad y presencia de Dios sería el destierro, la muerte, el infierno.

La Encarnación continuada, la Redención aplicada, el mundo salvado, los rayos divinos desviados, la Iglesia sostenida, Dios, el bien, la verdad, guardados aquí abajo como el patrimonio de los hijos de la Iglesia: tales son los beneficios de la perpetuidad de la Eucaristía para el mundo: dad gracias, agradeced, porque nada

de eso merecíamos: ¡sólo el Amor ha hecho y dado todo!

Y si á los beneficios de la perpetuidad para la Iglesia en general, unís los innumerables beneficios que recibís en particular, ¿qué acciones de gracias no daréis?

Jesús ha permanecido desde la Cena para esperar el feliz momento de vuestra primera comunión: diez y nueve siglos de espera, de sacrificios y de humillación no han parecido demasiado largos á su amor para guardaros y traerlos al fin tan sin igual felicidad.

Él permanece también y os sigue durante vuestra vida para ser el pan de cada día, el viático de cada partida; para preservaros de los peligros, levantaros de las caídas, ocultaros á vuestros enemigos, y ser, en fin, para vosotros todo bien y todo socorro.

Él está despierto antes que vosotros por la mañana, y os espera para bendecir la labor del día; permanece en la tarde para reparar el cansancio y consagrar los frutos del trabajo; y cuando los más perseverantes en orar se retiran, cuando vais á tomar vuestro reposo, recomienza su vigilia nocturna: porque su amor no conoce reposo y sus ojos no se cierran jamás.

El permanecerá así, para que podáis siempre y á toda hora encontrarlo; jamás os hará esperar; jamás dejará de recibirlo; y no podríais procurarle mayor placer que ocuparle mucho, confiarle todas vuestras penas y no tener nada oculto para Él.

Él permanecerá hasta vuestro último día para consolarle é iluminarle de esperanza, y cuando abandonéis esta tierra, dejando á los vuestros huérfanos y afligidos, Él quedará; su jornada no terminará jamás, su tarea jamás acabará; Él lo ha dicho: «Hasta la consumación de los siglos!»

Él permanece, aunque vosotros no permanezcáis, durante vuestros olvidos, vuestras frialdades, vuestras largas infidelidades, vuestras apostasías. Él queda para preparar vuestra vuelta orando por vosotros, y para recibirlos, perdonaros y oprimiros contra su corazón cuando de remordimiento, de laxitud ó de arrepentimiento, volviereis, cual el hijo pródigo, á llamar á la casa paterna.

Él permanece, porque es propio del amor ser paciente, constante, infatigable y no morir jamás.

Repasad en vuestra vida las páginas de oro en que la Eucaristía ha escrito sus innumera-

bles beneficios, y entonces daréis gracias con lágrimas al Salvador bonísimo por el don inenarrable de su Corazón.

III.—PROPICIACIÓN.

Pero ¿á precio de qué sacrificios compra Jesús el derecho de permanecer siempre con nosotros en este Sacramento, cuya perpetuidad es tan bella y tan buena?

La perpetuidad lo expone desde luego al aislamiento, á la tristísima soledad en que le vemos en tantas iglesias. Si no viniese más que algunas horas por día ó un día por año, le rodearíamos y no le abandonaríamos un solo instante; sino que quiere permanecer siempre, aunque no se le visite, por las necesidades de la vida, el trabajo cotidiano, las ocupaciones del hogar y aun por los placeres legítimos: para un Dios rodeado en el cielo de una corte que no cesa de alabarlo, ¡qué condescendencia! ¡qué incomprensible sacrificio!

Si sólo se prefiriesen á Él los deberes de estado ó los que impone la caridad, como lo ha querido de antemano, lo soportaría fácilmente. Mas ¡ah! la perpetuidad misma de su presen-

cia hace que se le olvide, que se le abandone y que se prefiera á Él todo lo que atrae y seduce por los encantos de la novedad: placeres, conversaciones y pasatiempos mundanos; mejor se preferiré matar el tiempo en no hacer nada que ir á pasar algunos instantes con el más tierno de los amigos, que nos da todo su tiempo.

Hay muchos, sin embargo, cuya vocación es hacerle compañía y honrar su presencia perpetua por sus frecuentes oraciones; pero ¿qué negligencia no tienen aún éstos con Dios Nuestro Señor? Al menor pretexto se suspende la visita, ó cuando menos se le abrevia; todo lo que se presenta en concurrencia con este deber capital recae sobre Él, y, en suma, la presencia de Nuestro Señor es desdeñada.

Y, por último, los que vienen, los que consagran poco más ó menos el tiempo destinado á honrar tan augusta presencia, ¿cómo lo emplean? ¿No les parece muchas veces largo y enojoso? ¿Largo, cuando Él, el Criador, el Señor de los señores está siempre allí! ¿Enojoso, cuando Él, el Dios de la beatitud, tiene sus delicias en estar con los hijos de los hombres?

Lloremos, pues, y reparemos por el crimen de la ausencia, tan sensible al Corazón de Jesús.

Reparemos con nuestra presencia, multiplicando nuestras visitas, prolongándolas, estimando, lo que es verdad, «que una hora que se pase en su templo vale más que un siglo en el palacio de los pecadores».

Pero ¿qué reparaciones serían capaces de satisfacer por las irreverencias, los ultrajes y los sacrilegios de que es objeto su presencia perpetua? ¡Cuántas iglesias desaseadas! ¡Cuántos tabernáculos en que sólo se manifiesta su presencia por la humilde luz de la lámpara sagrada! ¡Cuántos cristianos pasan meses y aun años sin ir una sola vez á rendir homenaje á Aquel que los ha amado hasta el Calvario y que no puede resolverse á olvidarlos! ¡Cuántos desgraciados á quienes la sola vista de la morada de Jesús hace blasfemar tan horriblemente! ¡Cuántos sacrilegos lo maltratan, aprovechándose de la condescendencia con que quiere, aun en la obscuridad y el silencio de las noches, permanecer sin defensa en nuestras iglesias para velar sobre sus hijos que duermen y apartar de ellos los espíritus infernales!

A pesar de esto, Jesús ha jurado desde el principio que permanecería siempre: y ha dado la palabra de su amor. Así como Judas no pudo impedir que comenzara, los traidores de

todos los siglos no podrán impedir que continúe; ¡así lo debemos comprender! Pero la reparación, el amor, la fidelidad ¿no deben corresponder á tanto amor? ¡Ah! no quedemos insensibles á esta palabra que se escapa noche y día de todos los tabernáculos, como un gemido del adorable Maestro abandonado: «¡Yo he extendido todos los días mis manos hacia un pueblo que me contradice y me rechaza!»

IV.—SÚPLICA.

«*Mane nobiscum, Domine, quoniam advesperascit.* Maestro, quedaos con nosotros, porque se hace tarde.»

Quedaos en este mundo, oh Jesús; quedaos siempre en él, á pesar de sus frialdades, su indiferencia y sus crímenes; porque sin vuestra presencia perpetua, el mundo no sería más que un campo de sangre, una sentina de vicios, una tierra en que el mal, Satanás y el pecado reinarian como dueños absolutos; quedaos para purificarla, oponed vuestra pureza á sus manchas, vuestras oraciones á sus blasfemias, vuestras adoraciones á sus idolatrías.

Quedaos con la Iglesia, oh Jesús, para vivi-

ficarla en su alma, sostenerla en sus luchas, conducirla en sus vías, consolarla en sus cuitas: quedaos ahora más que nunca, pues nunca hubo para ella horas más difíciles, y Vos sois su Esposo, su Padre y su Rey.

Quedaos con vuestro Vicario y asistidle en todas sus empresas; consoladle de la ingratitud de sus hijos rebeldes; quedaos y sostened su débil ancianidad, ¡oh Hostia de vida y de salud!

Quedaos con vuestros sacerdotes, vuestros religiosos y religiosas, é inspiradles el deseo, la necesidad, la pasión de vuestra presencia en el Sacramento. Que se mantengan dichosos cerca de Vos, que os rodeen con amor, y que comprendan que esta es su primera misión y el más poderoso de los apostolados.

Haceos conocer de los que os ignoran, oh benéfica presencia de Jesús; lanzad en sus almas algunos rayos ardientes; haced que tengan necesidad de Vos, en que habiendo encontrado en Vos el socorro ó el consuelo que buscaban, se unan á Vos para siempre.

Quedaos conmigo, oh Jesús, ahora y siempre. No me privéis jamás de vuestra presencia: ¿dónde iría, lejos de Vos? ¿Qué sería de mí sin Vos?

Yo os pido la gracia y tomo la resolución de dedicarme muy seriamente al gran deber de honrar vuestra presencia por la visita y la adoración; de prepararme á esta audiencia; de no quitar de ella sin absoluta necesidad un solo minuto; de estimar este tiempo en su justo valor; de emplearlo con la fidelidad y el piadoso apresuramiento del amor y de la gratitud.

¡Oh Jesús, quedaos!

¡Vos siempre aquí abajo en vuestro Sacramento!

¡Vos siempre en el cielo en vuestra gloria!



LA UNIVERSALIDAD
DE LA EUCARISTÍA.

¡Para todos!

I.—ADORACIÓN.

«¡Tomad y comed todos de él!»
«¡Bebed todos de él!»

ADORAD á Nuestro Señor en el don universal que hace de su Eucaristía, y oid en la alegría, el amor, la admiración y en el silencio de la más profunda adoración, esta palabra liberal, generosa, magnífica, real y verdaderamente divina de Jesús: ¡Tomad y comed todos de él!—¡*Omnes*, todos! ¡Todos hoy! ¡Todos mañana! y hasta el fin de los siglos: ¡todos!

Adorad la ciencia infinita de Jesús, su pers-

Yo os pido la gracia y tomo la resolución de dedicarme muy seriamente al gran deber de honrar vuestra presencia por la visita y la adoración; de prepararme á esta audiencia; de no quitar de ella sin absoluta necesidad un solo minuto; de estimar este tiempo en su justo valor; de emplearlo con la fidelidad y el piadoso apresuramiento del amor y de la gratitud.

¡Oh Jesús, quedaos!

¡Vos siempre aquí abajo en vuestro Sacramento!

¡Vos siempre en el cielo en vuestra gloria!



LA UNIVERSALIDAD
DE LA EUCARISTÍA.

¡Para todos!

I.—ADORACIÓN.

«¡Tomad y comed todos de él!»
«¡Bebed todos de él!»

ADORAD á Nuestro Señor en el don universal que hace de su Eucaristía, y oid en la alegría, el amor, la admiración y en el silencio de la más profunda adoración, esta palabra liberal, generosa, magnífica, real y verdaderamente divina de Jesús: ¡Tomad y comed todos de él!—¡*Omnes*, todos! ¡Todos hoy! ¡Todos mañana! y hasta el fin de los siglos: ¡todos!

Adorad la ciencia infinita de Jesús, su pers-

picacia toda divina: Él abraza con su mirada de Padre á todos aquellos de todos los tiempos y de todas las naciones que, hasta el fin, nacerán de su sangre y entrarán en su familia; y les prepara el único pan que podrá alimentar su vida sobrenatural y satisfacer sus apetitos divinos.

Adorad la omnipotencia de Jesús que va á depositar en el sacerdocio de sus Apóstoles y de sus sucesores el poder de reproducir su grande acción, y de multiplicar sin fin el Sacramento de su cuerpo multiplicado más allá de toda medida. Adorad los ardores, la exuberancia de su amor que le arrastra verdaderamente fuera de todos los límites de lo posible y de lo creíble, y hace brotar de su corazón y de sus manos, para no cesar jamás de correr, las olas de su Eucaristía con que quiere cubrir al mundo y envolver á las almas.

Adorad; admirad, alabad, bendecid; callaos; ¡amad! ¡amad!

Después, ved con qué generosa fidelidad, en qué magnífica plenitud, realiza bajo vuestros ojos el don de la Eucaristía.

Él la da á todos: ¡tantos cuantos son, en tantos se convierte! Por numerosos que sean, hay siempre más Hostias que cristianos. Si

éstos son cien ó mil, los copones se llenan, y cuando todos los convidados han sido saciados con este pan de la verdadera vida, queda todavía para los que tardan, para los enfermos, para las necesidades imprevistas; y la Iglesia, cual madre vigilante, tiene siempre en los graneros de sus Tabernáculos inagotables provisiones de trigo para los pueblos á quienes debe alimentar.

¡Qué potencia! ¡qué bondad, para multiplicar á tal grado la gloria más preciosa, la maravilla más completa, la más bella obra maestra de las manos divinas, que vale todo el cielo y que es el mismo Dios!

Hay en nuestra patria más de veinte mil iglesias; en cada una un copón; poned en cada copón veinte Hostias; añadid á estas iglesias todas las de las otras partes del mundo católico; contad, si podéis, el número de estas Hostias adorables, puestas al alcance de los cristianos por el amor y el poder de un corazón devorado por la necesidad de darse para hacerse amar. ¡Oh Jesús! ¡oh Jesús! ¿Habréis puesto más estrellas en el cielo que Hostias en nuestras iglesias? ¿Hay más hojas en nuestros espesos bosques, y más granos de arena sobre las playas del Océano?

Ha dicho de Vos el Profeta inspirado: «Abrís la mano y llenáis á vuestros hijos de este pan consagrado, de este pan de bendición»; y, una vez abierta, vuestra mano no se cierra ya; ella es una fuente profunda, un mar sin límites, un océano sin playas, el océano de la Eucaristía.

Dándose á todos, Jesús se da plenamente á cada uno, y el don del uno no disminuye la plenitud del don hecho al otro. Este es el triunfo de su bondad.

Así como el sol, repartiendo por todas partes una misma luz y un mismo calor, produce á un mismo tiempo mil diversos efectos, animando aquí la vida de los seres sensibles, haciendo crecer allí los vegetales, fecundizando la tierra y secando las aguas malsanas, haciendo florecer el suelo y madurar el verjel, dando á cada fruta su sabor, á cada flor su brillo y su perfume, así la bondad de Jesús en el don universal de su Eucaristía.

La Mesa santa se rodea de cristianos de todas edades, de todas condiciones, que tienen cada uno diversas y particulares necesidades. La misma hostia dada á todos corresponde á los deseos, á las necesidades especiales de cada uno; y ella es quien, como el sol de las almas,

fecundiza y madura todos los frutos; es ella quien hace abrirse y colora todas las flores del jardín de la Iglesia: al joven cristiano de nobles ardores; á la Virgen émula de los ángeles; al hombre fiel á Dios en la labor de la vida; á la mujer cristiana, madre de las almas, aun más que de los cuerpos; á la vejez resignada y llena de esperanza. Es ella quien da al sacerdote su autoridad, al religioso la fuerza de la mortificación voluntaria, al misionero el heroísmo de la abnegación sublime. Y así como ella se da con una liberalidad real y una generosidad inagotable, así obra infatigablemente, tan perseverante como generosa, amando, en una palabra, «amando hasta el fin» y hasta los extremos límites de un amor que parece no deber conocerlos.

¡Oh amor! ¡oh tesoro! ¡oh prueba del amor! Jesús dado, Jesús que dais así el Sacramento que os contiene todo entero, yo os amo: ¡ah! ¡haced que yo muera en este momento si he de vivir sin amaros!

II.— ACCIÓN DE GRACIAS.

«¡Tomad y comed todos! *Omnes!*»

En este don universal y magnífico, mirad cuán abundante parte tenéis para vosotros personalmente, á fin de crear en vuestro corazón un foco poderoso de reconocimiento.

Cuatro mil años tuvieron que transcurrir para preparar el primer don de Dios al mundo; y he ahí que este don se renueva cada día para vosotros en la comunión, sin aparato, sin pompa y casi sin ser anunciado: sin embargo ¿no es el mismo Verbo quien viene con tanto poder y amor? Pues bien, contad cuántas veces ha hecho Jesús para vosotros esta encarnación de amor de la comunión!

Fijaos primero en el día de vuestra primera comunión: ¿no os acordáis de la dulzura de ese primer don, de sus larguezas, de su real munificencia, de su tierno amor?

Después, contad las comuniones de vuestra juventud y las que ahora hacéis quizás todos los días. Todos los días Jesús renueva para vosotros, sólo para vosotros, el don supremo preparado para los deseos de todos los Patriarcas y la pureza y la humildad de María; más

que esto, preparado y hecho por primera vez en la Cena por el amor del Verbo encarnado, y venido hasta vosotros al precio de su pasión y de su muerte.

¡Ah! gracias, gratitud, amor para el don inexplicable de Jesús!

¡Y ved con qué perseverancia se da siempre á vosotros! Siempre tan pronto, tan solícito; siempre tan bueno, siempre espontáneo, siempre gozoso: recordad los años que hace que le estáis recibiendo; muchas veces le habéis recibido con un corazón tibio, ya ocupado por los afectos terrestres ó por otros amores, y quizás con un corazón culpable; vosotros le habéis desdeñado desde hace mucho tiempo, olvidándoos de su amor, haciéndoos sordos á sus solitudes: á pesar de todo, ¿no vuelve á vosotros con un amor tan puro, tan ardiente y tan tierno como el primer día?

Ved las operaciones de gracia, los progresos magníficos, las fructificaciones innumerables que este don ha hecho en vosotros. En otro tiempo, como bálsamo refrescante y puro, moderaba los ardores de vuestras pasiones hirvientes; hoy os sostiene en vuestros trabajos y reanima vuestro valor debilitado; ya era para vosotros humildad, ya pureza; unas veces era

dulzura, otras firmeza y energía; en vuestros disgustos era consuelo, en vuestras pruebas esperanza, y alivio en vuestros abatimientos; en todo sufrimiento, en fin, en todo dolor, paciencia, resignación y abandono.

No hay nada bueno ni que desearse pueda que no hayáis encontrado en este pan de amor, si lo habéis buscado en él: de suerte que el mismo don, tantas veces repetido, se multiplicaba más á sí mismo y hasta el infinito, variándose y transformándose según vuestras necesidades de cada día.

Este es el momento oportuno de bendecir y de dar gracias en la efusión del reconocimiento al amor que os lo ha dado: acordaos con cuidado; no temáis deteneros sobre cada una de sus larguezas misericordiosas. ¡No olvidéis nada! ¡Todo á su precio! Aunque no hubieseis comulgado más que una vez, vuestro reconocimiento debería ser eterno. *¡Benedic anima mea Domino et noli oblivisci omnes retributiones ejus!*

III.—PROPICIACIÓN.

«¡Tomad y comed todos de él! *Omnes!*»

Dejad á vuestra alma abrirse á un amor de compasión hacia Jesús; porque su don no es comprendido. Su bondad parece haberle arrastrado demasiado lejos, y el deseo de probaros su amor á toda costa, haberle cegado sobre los intereses de su honor y de su propia gloria.

Dándose á todos con una prodigalidad tal, Nuestro Señor se expone á ser tratado como una cosa común y sin valor, á ser considerado como cosa de poca monta y despreciado; y aun por los mismos cristianos, por los que le reciben y le aman en una cierta medida.

El maná del desierto habia excitado el asco de los israelitas precisamente á causa de su abundancia. Así la Eucaristía; es para nosotros un pan sin encanto, un alimento sin sabor, porque nos es ofrecido todos los días y le encontramos sin gran trabajo. El gran peligro de la comunión frecuente consiste en la comunión tibia, con las preparaciones de rutina y las acciones de gracia sin amor.

Examinaos sobre este punto y ved qué disposiciones lleváis á la comunión.

¿Qué tiempo, qué método empleáis para la preparación y la acción de gracias? ¿Cómo os portáis en ellas?

¡Ah! ¡Nuestro Señor debería contarnos entre aquellos hijos á quienes ha alimentado y elevado á un sublime honor, y que lo han despreciado!

El segundo peligro de deshonor que corre este don al ser prodigado por la bondad de Jesús, es caer en manos sacrilegas.

Oh divino Maestro, amor generoso y crédulo, ¿queréis daros á todos? ¿A todos sin excepción? ¿A todos sin examen anticipado y sin juicio público de autoridad?

¿Aun á los pecadores? ¿Aun á los traidores? ¿Aun á los hipócritas? ¿Aun á los Judas del colegio sacerdotal?

¡Sí; á todos y aun á Judas y á todos los que han de perpetuar su odiosa figura! Yo me daré sin resistencia, sin defensa posible, sin infligirles la menor vergüenza exterior; yo guardaré su honor; yo mismo serviré á darles un renombre de piedad: ¡á todos! ¡Yo quiero ser entregado á todos! Ellos comerán sin duda su condenación; valdría más para ellos no haber nacido que cometer tan negro sacrilegio: sin embargo, si vienen, yo me dejaré prender;

pues mejor prefiero ser maltratado por algunos, dejando á todos la facultad de venir libremente y mostrando así hasta dónde va mi amor, que poner barreras ante los sacrilegos, en que podría detenerse la timidez de los buenos.—¡A todos!

¡Oh maestro bondadosísimo! ¿Pensáis en las espantosas consecuencias de esta promesa á que os arrastra vuestro amor?

¿No veis esas multitudes de herejes y cismáticos?—¡A todos!

¿Y esos sacerdotes malos, usureros, impúdicos, rebeldes á sus obispos, que usurpan las santas funciones y suben al altar?—¡A todos!

¿Y en la Pascua, esas multitudes que tienen que guardar alguna cosa del cristianismo sin practicar sus austeros deberes, y que vienen á recibirlos sin renunciar á sus malas costumbres, sin abjurar de los odios antiguos, sin hacer las restituciones, después de las confesiones sin contrición como sin firme propósito, é imponiendo apenas una tregua de algunos días á sus faltas cotidianas?—¡A todos!

¿No tenéis horror, oh Jesús, de pasar por todas esas manos, de sufrir tratamientos tan indignos y de afrontar todas estas ignominias?

—¡Oh! sí; mi corazón está abrevado de amar-

gura: tal idea me hace estremecer; este cáliz no se puede beber sin arrojarme en una agonia mortal. Sin embargo, yo me daré á todos, á fin de que los buenos que son débiles y vacilantes en el bien se decidan á venir á mí sin temor; y los malos acaben por dejarse vencer por tanto amor!

Pero espero de mis amigos el consuelo, la reparación; que ocupen ante mí el lugar de mis enemigos y honren mi don, á quien ellos desprecian. ¡Al menos vosotros, vosotros que sois mis amigos, tened piedad de mí, y «recibid mi Eucaristía en memoria de mí.»

IV.—SÚPLICA.

«Tomad y comed todos de él: *Omnés!*»

Al daros así á todos, oh Jesús, testificáis con una evidencia innegable el deseo que tenéis de venir á vuestras criaturas, de vivir en ellas y de serles todo gracia, todo apoyo, todo socorro, todo bien. Esto es en vuestro Corazón una necesidad que vuestro amor hace más y más imperiosa, un hambre que se reenciende sin cesar. Vos queréis, con un deseo tan ardiente como vuestro mismo amor, comer esta Pascua

con nosotros. Y nos llamáis, nos solicitáis, nos hacéis buscar, suplicáis y aun amenazáis: ¡Tomad y comed todos de él!

Pues bien. Yo quiero responder á vuestro llamamiento, satisfacer vuestro hambre, suplicándoos por vuestros propios méritos, por vuestro Corazón y por todo el amor con que está abrazado para los hombres, que toquéis y ganéis á todos los que rehusan obstinadamente vuestro adorable don, y á los que yendo os consideraríais dichoso, para hacer su felicidad, para su salvación, para la paz de su corazón y el honor y el consuelo de su vida.

¡Jesús! ¡Don de Dios, manifestaos á los infieles y á los herejes, á las masas indiferentes ó incrédulas de nuestra patria; manifestaos, atraedlos, ponedlos de rodillas conquistados y subyugados alrededor de vuestra santa Mesa!

Haced que todos vengan, á lo menos en la Pascua, y que no encuentren la muerte de su alma, precisamente á la hora en que les ofrecéis el don de vida.

¡Oh Jesús! os pido por vuestra santidad, y por vuestra misericordia, que todos los que os reciban, lo hagan con fe, con piedad, con amor, con la conciencia purificada de todo pecado grave, con el corazón desprendido de todo

afecto culpable, con una sincera voluntad de permaneceros fieles.

Tocad y convertid á los sacrilegos, que se preparan á traicionaros, ó alejadlos, por favor, por el terror de vuestras justicias, á fin de que no lleven sobre vuestra Persona tres veces santa sus manos impías.

Y en cuanto á mí, puesto que queréis daros tan frecuentemente, ser mi pan cotidiano y el sostén de mi labor de cada día; puesto que queréis penetrar en mi vida y haceros de ella una parte integrante, y ser su alma, su motor y elemento indispensable; puesto que queréis ser todo mío, participar de mis trabajos, llevar á medias todas mis cruces y gustar conmigo todas mis alegrías, pues bien, yo os lo prometo y os pido que al instante me deis la gracia de ser fiel á esta promesa; no faltaré jamás voluntariamente á una sola de las comuniones que Vos me permitís por la autoridad de vuestros ministros.

Yo me purificaré más y más del pecado; me desprenderé cada día más de las servidumbres del mundo, de los lazos de mi amor propio, y haré esfuerzos constantes hacia la vida sinceramente cristiana, para merecer recibirlos dignamente cada día y aprovecharme de las

gracias contenidas en vuestro Sacramento.

¡Y Vos seréis todo, todo para mí!

Para evitar el pecado, yo os recibiré.

Para corregir mis defectos, yo os recibiré.

Para cumplir mis deberes de estado, yo os recibiré.

Para soportar mis penas, yo os recibiré.

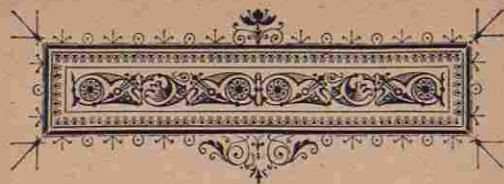
Para ser caritativo y devoto, yo os recibiré.

Y mi oración de cada instante, la que quiero haceros con mi corazón y mis obras, aunque mis labios hayan enmudecido, es la vuestra, oh Jesús, la misma que me habéis enseñado y que encierra todo.

¡Dadme, sí, dadme mi pan de cada día! el pan de la vida, el pan de la fuerza, el pan del honor, el pan de la verdad, el pan del amor, el pan de la inmortalidad; dadme vuestro don, ahora y siempre mientras esté en este mundo, en la Eucaristía; cuando vuele al cielo, en la gloria.



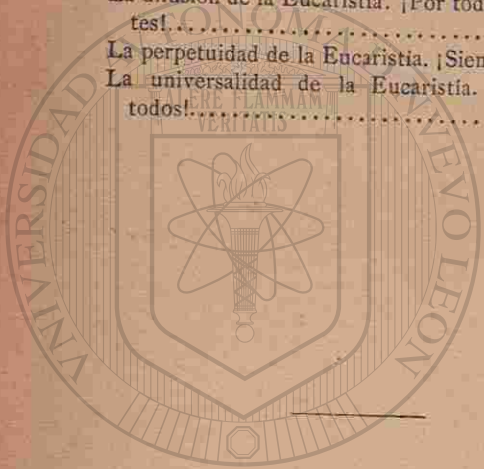
UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE ESTUDIOS



ÍNDICE.

	Páginas.
PRÓLOGO.....	5
INTRODUCCIÓN. — Consideraciones prácticas sobre la Adoración del Santísimo Sacra- mento.....	11
La Institución de la Eucaristía:	
I.—El Hecho.....	63
II.—La Obra maestra de Dios.....	76
III.—El Sacerdote.....	89
IV.—El Sacrificio.....	102
La Eucaristía. Memorial de la Pasión.....	124
El Santísimo Cuerpo de Jesús.....	146
La preciosa Sangre.....	154
El Corazón de Jesús en la Eucaristía.....	169
Las Cinco Llagas.....	193

	<u>Páginas.</u>
El Estado Eucarístico.....	228
La difusión de la Eucaristía. ¡Por todas partes!.....	247
La perpetuidad de la Eucaristía. ¡Siempre!..	259
La universalidad de la Eucaristía. ¡Para todos!.....	273

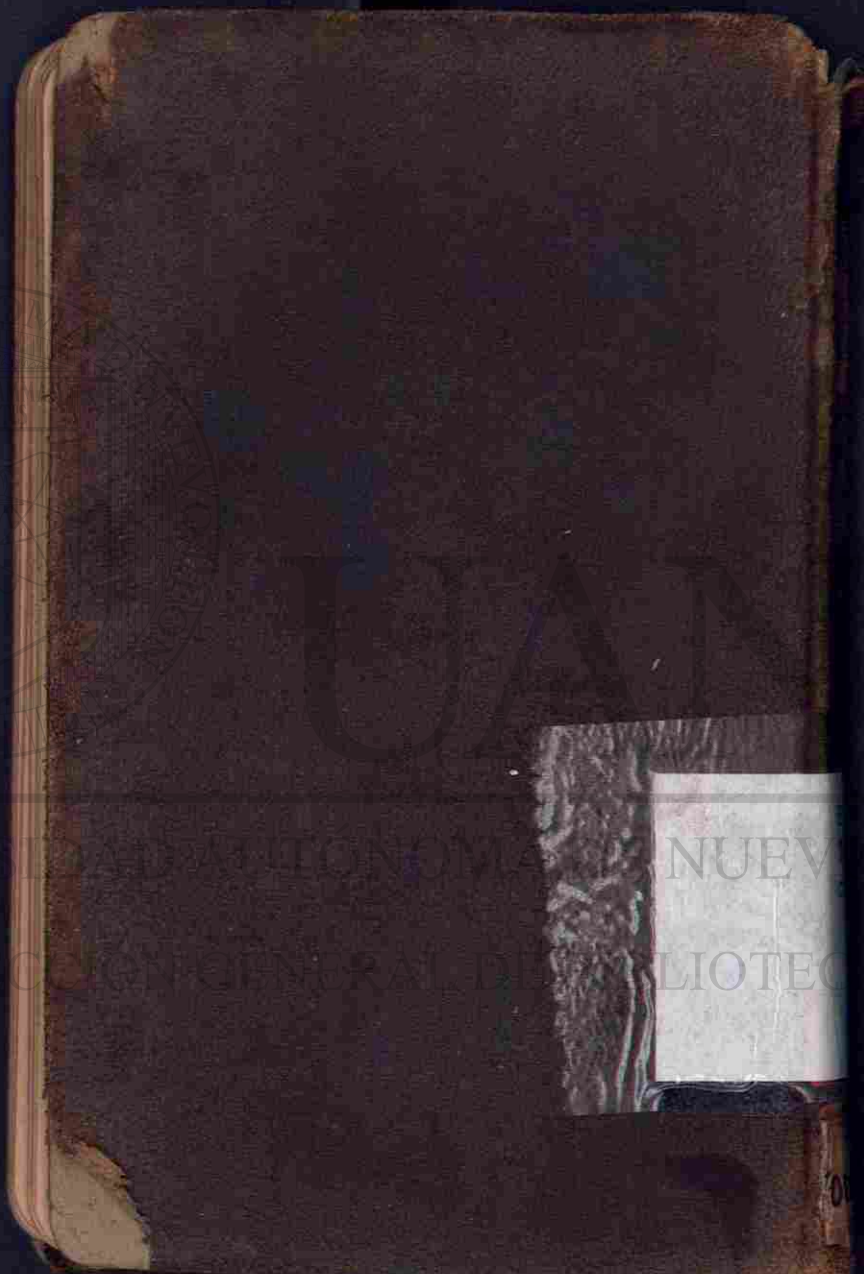


UANL

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN



DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



NUEVA
LIOTECA

10